

01065

1
2ej.

LITERATURA E IDEOLOGIA

TESIS PARA OPTAR POR EL TITULO DE

MAESTRO EN LENGUA Y LITERATURA INGLESAS

PRESENTADA POR

ALBERTO LOPEZ VILLARREAL

CIUDAD UNIVERSITARIA

MEXICO, D.F.

**FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
EQUIDAD Y EFICIENCIA**

1991



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

"A la injusticia de la Creación
se agrega la de la nominación..."

"La naturaleza no será en adelante
más que una cantidad cualquiera
y desdeñable, objetividad que
pertenece más o menos a un sujeto,
acusativo gobernado por la dictadura
de un nominativo que, lejos de
nombrarla de una vez por todas,
no dejará de manipularla..."

"Se trataría en cada caso de una
reificación, en la que la teoría
reduplicaría lo que debería
comprender."

Irving Wohlfarth "Sobre algunos
motivos judíos en Benjamín",
en Acta Poetica.

"La razón es y debe ser sólo
la esclava de las pasiones."
David Hume.

INTRODUCCION

A estas alturas del siglo, en que las llamadas ciencias formales y sociales han tomado entre sus manos prácticamente todos los terrenos del saber y la cultura, en que la verdad se enarbola como principio y basamento de toda descripción de los fenómenos naturales y sociales, no se ve reducida en un ápice la desconfianza de un núcleo de estudiosos en los campos científico, social y filosófico. La desconfianza gnoseológica preconizada por Descartes, lejos de disminuir ante el floreciente desempeño de la ciencia, la verdad por antonomasia, se ha atrincherado en una sorda resistencia en distintos campos. Habiendo constituido esta desconfianza sistemática el principal recurso metodológico de los cuerpos teóricos del siglo XIX, principalmente aquéllos de Nietzsche, Marx y Freud, quienes parten del presupuesto de que la conciencia del hombre es, en el mejor de los casos, una máscara y de que la realidad disfraza astutamente sus más sencillos principios,¹ tras de que Einstein desechó conceptos de la naturaleza ya seculares y nos mostró la relatividad de elementos juzgados hasta entonces rígidos y objetivos, tales como el tiempo y el espacio, a pesar de ello, esta actitud ahora se vuelve aguerridamente en contra de dichos cuerpos de conocimiento y los combate. Se vuelve contra la ciencia moderna en general, su terreno predilecto y su producto más exquisito, y viene a llamarla una ideología más, históricamente relativa,² que sostiene un statu quo

1 A Map of Misreading, Harold Bloom, Oxford University Press, New York, 1975, p. 86.

2 La Redacción de La Nouvelle Critique, no. 15, citada por Michel Löwy, Sobre el método marxista, Grijalvo, México, 1975, p. 30.

contra el natural desarrollo y la dirección histórica del hombre moderno.

Tras la ciencia han venido atrincherándose algunos de los elementos más reaccionarios de la sociedad moderna. Esta institución ha tenido que dar gradualmente cabida en sus dominios a actitudes anteriormente excluyentes, al punto de admitir posturas extremas, tales como la franca experiencia subjetiva³ y, una vez revolucionaria, allá, en los siglos anteriores, ahora constituye uno de los pilares más fuertes de la reacción.⁴ Las pseudociencias prosperan, así, en el silencio cómplice de la sociedad mundial de científicos.⁵

La ciencia ha venido a relevar a la religión, y la relación que mantienen sus adeptos con ella, dogmática hasta el fanatismo en ocasiones, es la misma que tenía el individuo con la iglesia en épocas anteriores. Durkheim llega a decirnos que incluso las ideas esenciales de la lógica científica son de tipo religioso "sólo que la ciencia les da un nuevo tratamiento".⁶

Se ha entronizado a la verdad, como si ésta fuera un concepto objetivo, real, invariable, y no uno plásticamente ahorrable; en su

3 Bunge, Mario, Seudociencia e ideología, Alianza Ed., Madrid, 1985, p. 80.

4 Feyerabend, Paul, Science in a Free Society, Verso Editions, London, 1978, p. 63.

5 Bunge, op. cit., p. 180.

6 Durkheim, E., The Elementary Forms of Religious Life, citado por Michael Mulkay en Science and the Sociology of Knowledge, Allen and Unwin, London, 1979, p. 4. El subrayado es mío.

nombre se dicen todo tipo de mentiras y se cometen toda serie de tropelías. La ciencia se ha arrogado la posesión de ella como usufructuaria prácticamente única. Sin embargo, el especialista, al hablar de un hecho científico, apenas está creando una imagen racional del mundo, se trata, pues, apenas de una hipótesis, que no es en sí "ni verdadera ni falsa, sino que sólo puede ser más o menos oportuna; en último caso, afortunada y conveniente".⁷

En el caso de la teoría literaria, los estudiosos han ido a extraer teorías, metodologías y conceptos de las ciencias formales y de la semiciencias; lo han hecho elementos formalmente de "avanzada", pero conservadores en el fondo, tratando de aherrojar con ello, bajo su microscopio, al fenómeno literario. Se ha buscado una "objetividad" literaria como si ésta última fuera una entidad concreta, un objeto real, y no una serie de prácticas, un componente ideológico.

Los estudiosos se han aplicado teorías y conceptos extraños a los textos considerados como literatura, suponiendo que el método y la teoría científica producen, por mero contacto, resultados científicos, sin tomar en cuenta la naturaleza del objeto de estudio al que se los apliquen.

Se ha tratado, por otro lado, de elevar también a la hermenéutica a un estatuto científico. Proponer una interpretación - sea de un texto, de una institución, de un acontecimiento histórico o de un comportamiento- es finalmente apenas elaborar un modelo

⁷ Jorge Serrano, La objetividad y las ciencias, ed. Trillas, México, 1981, p. 235.

semántico a partir del cual se podrá intentar dar cuenta del funcionamiento del objeto estudiado en un momento dado. Sin embargo, el análisis del método hermenéutico conduce inevitablemente al cul de sac que se ha dado en llamar "círculo hermenéutico": no se puede proponer una interpretación sino en la medida en que el individuo se apoye en una preconcepción del objeto por interpretar. Pero si esta interpretación debe ser susceptible de progreso, también debe poder esclarecer sus propias presuposiciones o presupuestos, es decir debe rendir cuenta de la precomprensión sobre la cual descansa; ésta, sin embargo, está en función de la situación del sujeto intérprete misma, es decir, del sujeto hermenéutico. Una interpretación adecuadamente explicada supone, pues, una comprensión exhaustiva del sujeto por sí mismo (!).

La teoría que se ha derivado de la hermenéutica, la teoría de la recepción, igualmente ha mostrado sus limitaciones demasiado pronto. No sólo es su objeto de estudio muy parcial y restringido -el individuo enfrentado no al texto, una entidad externa, sino a lo que él ve frente a él como texto, el individuo frente a su texto-, además también es evidente que su marco teórico se encuentra inmerso en lo que se han llamado pseudociencias, semiciencias y ciencias emergentes (Bunge), como la hermenéutica, la psicología fenomenológica, la sociología.

A pesar de que se arguye que "interpretación" antes quería decir 'traducción' y que, esencialmente, aún lo es"⁸ y que después de Nietzsche y Freud es imposible pretender regresar por completo a la

8 Bloom, op. cit., p. 86.

modalidad de la interpretación que busca restaurar el significado objetivo del texto, algunas corrientes aún insisten en ello.

¿Cómo es explicable que a estas alturas sigamos aún en la "oscuridad" epistemológica, y que en el campo de la literatura aún se luche por obtener un status riguroso, cuando no científico?

La respuesta la encontramos en el terreno ideológico: La única verdad válida en nuestros días es la verdad científica, o lo que más se le parezca.

Por ello, los ideólogos (que lo sean conscientemente o no) de los distintos campos del saber y la cultura que someten su objeto de estudio a parámetros científicos, salen adelante siempre airosos, auxiliados por una tradición milenaria de sometimiento a las instancias que manejan La Verdad sobre la tierra.

No sólo tenemos frente a nosotros, a decir de algunos, una huérfana vocación mística (siendo el texto algo así como la palabra codificada de una Instancia Divina), sino la autosujeción al orden estricto y férreo de la consabida, funesta figura paterna, llamada en este caso Texto.⁹

¿Qué es lo que La Ciencia aportaría a nuestro quehacer literario, como para que se la invoque con tamaño fervor?: La Razón. Teniéndola de nuestro lado, tendremos una existencia justificada y una ocupación "a la altura". Ella nos lavará del pecado de la

9 Irving Wohlfarth, "Sobre algunos motivos judíos en Benjamin", en Acta Poética, núm. 9-10, México, 1989, passim.

inspiración, de la subjetividad y el sentimentalismo plasmados en el texto literario.

Los distintos intentos de constituir una teoría literaria han venido a aportar elementos valiosos para la comprensión del fenómeno literario en general; no se me malinterprete. Yo mismo utilizo sus aportaciones en el salón de clase como auxiliares heurísticos. Lo que pongo de manifiesto en este lugar es la inconveniencia y el contrasentido de considerar sus intentos como rigurosos esquemas teóricos, así como de elevarlos a la categoría de ciencia con intenciones, digámoslo así, extraliterarias, sobre todo porque dicha actitud es a todas luces insostenible y dañina.

He llevado a cabo este estudio con ayuda de teóricos en ocasiones un tanto cuantados en sus posturas; esto no sólo porque la posición imperante que impugno es extremada (y de esta manera se comprenderá mejor lo absurdo de sus pretensiones), sino porque entre mis objetivos está el de probar la relatividad de cualquier postura, incluso de la mía, en un mundo en el que sólo puede existir el conocimiento ya socializado, interpretado por una comunidad -humanizado diría Marx, aunque para respaldar la postura contraria-, instrumentalizado, en el mejor de los casos: una teoría sólo es una teoría, sólo es válida o inválida, pertinente o no, sólo explica una serie de hipótesis, que son hipótesis y que necesitan ser explicadas, en el marco social e histórico de una comunidad científica dada.

Las leyes de Newton fueron verdaderas hasta que la comunidad científica fue comprobando que las leyes de la relatividad de

Einstein, que contradecían a las de Newton, eran ciertas (éstas no lo fueron tales, por supuesto, en el momento en que Einstein las descubrió o en el momento en que hubiera podido comprobarlas en la soledad de su laboratorio). Aún hay algunos postulados einsteinianos que no han sido verificados (y algunos que han sido por el momento refutados, pues han resultado ser falsos en el seno de la comunidad correspondiente). La verdad sólo puede ser aquélla que los instrumentos especializados, las teorías pertinentes y la comunidad científica vean, comprueben y anuncien como verdad, y no una categoría superior que raye en lo metafísico o en lo divino, en lo absoluto.

En el terreno social las cosas se complican un poco (un poco solamente puesto que el fenómeno es más palpable) porque al parecer, al igual que en el mundo de la política, la verdad más audible, la más convincente es, según toda evidencia, la del (los) grupo(s) que formule la más conveniente, la más funcional para -digámoslo en una palabra- el momento histórico que se vive; curiosamente, siempre son los grupos de poder los que la imponen.

Así las cosas, lo que propongo implícitamente a lo largo del presente trabajo es mantener en todo tiempo y frente a toda construcción cultural teórica una actitud crítica y reservada, ya que los cuerpos ideológicos, así como la utilización ideológica de las distintas manifestaciones "no ideológicas por naturaleza" no desaparecerán de la cultura en tanto que la cultura, es decir, el homo cultus, crea tener metas y fines, y que trate de imponerlos como "lo válido".

En el primer capítulo de este trabajo, expongo las diferentes posiciones de los teóricos de la literatura en el presente siglo con respecto al lugar que deben ocupar los estudios literarios en relación con la ciencia; menciono igualmente las distintas estrategias de que se han valido para "unir" ambos campos: la importación indiscriminada de métodos y de terminologías, así como los argumentos de que se valen para poder afirmar que los estudios literarios constituyen una ciencia, aunque muy particular, una ciencia sui generis.

En el segundo capítulo, hago referencia a los problemas que subyacen a una posición tal. Analizo someramente los vocablos de ciencia y de teoría, que no siempre se manejan rigurosamente. Menciono también los problemas que enfrentan los epistemólogos en este respecto. Acto seguido, señalo algunas particularidades que deberán tenerse en cuenta en todo momento al tratar el fenómeno literario, la ideología, entre otras, omnipresente en estos dominios. Paso luego a analizar dos intentos hermenéuticos muy conocidos, un tanto menos constringentes que los revisados en el primer capítulo, concebidos en la segunda mitad de este siglo: la hermenéutica "de horizontes" de Gadamer y la hermenéutica basada en la intencionalidad de Hirsch. Veremos someramente algunos problemas de fondo y de concepción de la hermenéutica.

En el tercer capítulo, examino tanto a los predecesores como a los exponentes germanos principales de la teoría de la recepción. Se revisan las aportaciones, las dificultades que enfrentan, así como

las limitaciones y objeciones que se argumentan en su contra. Para cerrar el capítulo, y siguiendo con la gradación progresiva de libertad interpretativa, hago mención al trabajo de Eco y su modelo teórico de "apertura" frente a la obra de arte, de igual manera, recuerdo el desconstruccionismo preconizado por Bloom, Hartman y de Man, entre otros.

En el cuarto capítulo, retomo lo dicho anteriormente en relación al aspecto eminentemente ideológico, relativo, que se encuentra detrás del fenómeno literario en general, detrás de cualquier sanción de un texto como "literario" o "no literario", señalo la incompatibilidad irrecusable entre lo científico y lo literario, el aspecto ideológico de la ciencia y su desarrollo en la sociedad, el papel monopolizante que juega en ella actualmente, la ciencia como la religión del siglo XX, la objetividad como un valor de naturaleza ideológica, la desmitificación del método científico, las ventajas del anarquismo en todo campo del saber, la escuela como aparato estatal de perpetuación ideológica, la hiperescolarización de la sociedad como garantía de sujeción, la literatura de la sumisión y la mediatización refetichizante de la crítica, los megamodelos o genios extraordinarios como imposiciones nacionales, la no existencia objetiva del mínimo vestigio literario que se pueda estudiar seriamente, la institucionalización de la interpretación.

En el último apartado, cito una postura que, aunque imposible de adoptar o respaldar, tanto por el distinto ámbito en que nuestro quehacer ha sido analizado siempre (no va en nada con las reglas de nuestro juego...), como por la milenaria tradición racionalista de la

civilización occidental; me sirve, en cambio, como contrabalance de choque para recolocar, sobre una superficie más llana y objetiva, en un trabajo posterior, el planteamiento del fenómeno literario en una dinámica que tome en cuenta e integre los aspectos ideológicos y sociales, omnipresentes en cualquier pequeña incisión teórica de ese mundo inmenso que a tantos nos maravilla. La literatura.

LAS PRETENSIONES CIENTIFICAS DE LA CRITICA Y DE LA TEORIA LITERARIAS EN ESTE SIGLO.

En medio de una profunda crisis, motivada, entre otras cosas, por el resquebrajamiento de las premisas de un positivismo desvelado, fracturado ya por las continuas sacudidas de una ingenua y desventurada fe científica, teniendo como base una minuciosa revisión de los fundamentos metodológicos de todas las ciencias, surgen los primeros críticos literarios que pretenden seriamente hacer una ciencia de la literatura.¹

En un terreno sembrado de escepticismo, la amplia reacción que se produjo contra el positivismo llevó a los investigadores, por un lado, a revivir las tendencias irracionalistas. La teoría neokantiana del conocimiento insistía en la función capital de la empatía en las disciplinas que Víctor Erlich denomina "místicas"; mientras que, por otro, se intentaba "elevar" los campos de estudios sociales e interdisciplinarios a un nivel científico, para sacudirse de encima el epíteto de chismorreo.² La primera tendencia fue aplastada por esta última.

1 Erlich, Víctor. El formalismo ruso, Seix Barral, Barcelona, 1974. p. 72.

2 Causerie, palabra utilizada por Jakobson, citado por Todorov, Tzvetlan, en el prefacio de Teoría de la literatura de los formalistas rusos, Siglo XXI, México, 1978, p. 27.

La teoría literaria, según André Lefevère,³ ha utilizado tres estrategias básicas, fácilmente discernibles, en su requerimiento de fundamentos científicos. Estas son:

1) la importación ecléctica, silvestre, de términos y conceptos científicos de otras disciplinas; en este caso, el observador se encuentra frecuentemente con una mezcla amorfa de importaciones de dos disciplinas o más, sin que se tome en cuenta su compatibilidad (los sustentores de esta corriente consideran que una poética de la literatura debe derivarse inevitablemente del exterior de la literatura).

2) la persecución de un ideal lógico-positivista de la ciencia, compulsión obsesiva por la formalización y por la construcción de modelos (estrategia adoptada por los estructuralistas y gramáticos del texto), y

3) la presunción de que hay un tipo de comprensión particular de los estudios literarios: la ciencia literaria sería una *ciencia* algo diferente de las otras disciplinas científicas, *sin* que dejase de ser científica. Esta visión es la que suscribe la hermenéutica y se la identifica "por la ampulosidad retórica de su estilo y por el uso exuberante de conceptos vagos".⁴

Lefevère afirma que ninguno de los tres artificios puede proporcionar esas bases científicas: La primera, porque convierte a

3 Lefevère, André, *Literary Knowledge*, van Gorcum, Amsterdam, 1977, p.29.

4 *Ibid.*, p. 32. La traducción es mía, así como la de prácticamente todas las citas de textos en idioma extranjero en este trabajo.

la literatura en una mina de materiales para usarse en la construcción de teorías extraliterarias. La segunda tampoco puede funcionar porque es "reduccionista" y "fiscalista". La tercera, porque considera un progreso acumulativo en el conocimiento.

Sin embargo este autor, en el momento de proponer su alternativa, cae en los mismos errores que cometen los críticos cuyas estrategias recusa: movido por lo que Bachelard llama el complejo de la cultura y por la ingenua suposición de que lo científico es factible de aplicarse en cualquier objeto de conocimiento, nos propone:

"No hay razón para que la metaliteratura (término que usa para referirse a la disciplina que debe establecer postulados sobre la literatura) no pueda aspirar a ser científica".⁵

Su propuesta, más endeble aún que la de algunos de los críticos que rechaza, es la de una ciencia cuyo fin sería "describir y analizar los factores que hacen posible la comunicación entre lector y autor".⁶ César González nos dice atinadamente, comentando esta propuesta, que "hacer descripciones, comentarios y traducciones no es hacer ciencia" y que, por el contrario, "esa es la crítica a la que estamos familiarizados".⁷

5 Ibid., p. 53.

6 Ibid., p. 84.

7 González, César, Función de la teoría en los estudios literarios, UNAM, México, 1982, p. 27.

Según Jens Ihwe,⁸ las aproximaciones teóricas de la literatura pueden observarse en tres direcciones: 1) las que definen a la literatura en función de su esencia y se limitan a cuestionarse qué propiedades, si no se encuentran éstas en el terreno de lo lingüístico, hacen de un texto un texto literario. La respuesta es dada dentro del campo de la forma y contenido: la forma (es decir: "ciertas peculiaridades en el orden de sus elementos", "aquello que puede ser captado lingüísticamente") es la expresión del contenido (quien sostenga lo anterior, sin embargo, ignora el hecho de que sólo se puede hacer justicia a la forma tomando en consideración el contenido, cuya expresión está en la forma); 2) las que tratan de establecer un conjunto de condiciones por medio de las diferencias sistemáticas resultantes en la estructura de tales textos con respecto a otros (el concepto de desviación -deviance- juega un papel central en esta postura, destinada al fracaso, según el autor, por la imposibilidad de sostener la categoría de un discurso sui generis del discurso literario); 3) las que intentan establecer una teoría literaria en el mismo marco conceptual que la lingüística; esa diferenciación establecería qué textos deben aceptarse como literarios. Sin embargo, con tal procedimiento no es posible generalizar suficientemente. Su respuesta está en la aceptación, concepto pragmático que presupone a la persona que acepta el texto.

Otra clasificación de los estudios literarios es la de Walter Mignolo, según el cual hay tres orientaciones: 1) la ciencia

8 Ihwe, Jens. "Linguistics and the Theory of Literature", en Linguistics and Neighboring Disciplines, (ed.) R. Bartsch y T. Venneman, North Holland, Amsterdam, 1975, p. 133.

descriptiva, como la de Wellek y Warren; 2) la ciencia imanentista de Jakobson y seguidores, cuyo propósito principal es establecer una definición de literariedad, que presta menos atención al aspecto metodológico y epistemológico, y 3) la sostenida por Schmidt, Ihwe y Van Dijk, que prestan especial atención a las cuestiones sobre la formación de conceptos y teorías, en la base filosófica de una ciencia teórico-racional de la literatura basada en la filosofía analítica de la ciencia.⁹

Otra más, es la de Todorov.¹⁰ Habría tres escuelas o corrientes: 1) la que se centra en el texto, en la que se inscribe el formalismo y el estructuralismo; 2) la que se ocupa del estudio de los contextos, como sucede con la teoría de los actos de habla, y 3) la que trata de abarcar tanto el texto como sus contextos. En la primera, se encontrarían formalistas, estructuralistas, el grupo Omega y el primer Jakobson. En la segunda, Todorov, Ohmann, Fowler. En la tercera, Schmidt, Van Dijk y Lotman.

Tomemos esta última, por tomar alguna.

9 Mignolo, Walter. Elementos para una teoría del texto literario, Crítica, Barcelona, 1978, p. 307.

10 Todorov, Tzvetan. Les genres du discours, Seuil, Paris, 1978, p. 46.

LOS QUE ESTUDIAN EL TEXTO.

Los formalistas.

La primera escuela que se aparta del "romanticismo" de la crítica literaria nace en Rusia, en un marco cultural que sufría cambios profundos: "una tendencia hacia el análisis estructural, el movimiento moderno en el arte y la crisis epistemológica".¹¹ En esa coyuntura, brota el movimiento formalista, "como un despertar de la era del troglodita a la del alumbramiento científico".¹² Los jóvenes científicos rusos creen descubrir, repentinamente, la razón de su malestar cultural: la falta de fórmulas, ecuaciones y logaritmos que legitimaran su sensibilidad en el corazón de su cuerpo teórico y en los análisis literarios mismos, que ahora habrían de ser, por contacto, irremediablemente "objetivos". Sin embargo, la nueva y saludable actitud incendiaria no trajo consigo las innovadoras respuestas a las preguntas que siguen aún de pie frente a nosotros, esperando, a pesar del ardoroso ánimo con que se expresaran. La emergencia espontánea de esta corriente tiene su explicación en la inevitable reacción a un estado de crisis. Eijembaum comenta: "El formalismo y el futurismo se encuentran históricamente ligados entre sí. El renacimiento en la poética (...) resultó de una serie de hechos históricos, entre los que destacan la crisis de la estética

11 Erlich, *op.cit.*, p. 397.

12 Gilbert Durand. "Los gatos, las ratas y los estructuralistas", en Posibilidades y límites del análisis estructural, Editora Nacional, Madrid, 1981, p. 245.

filosófica y el viraje brusco que se observa en el arte que, en Rusia, eligió la poesía como terreno apropiado".¹³

La escuela de los formalistas es la primera que pretende seriamente tener como objetivo la constitución de una teoría de la literatura, y que considera sus trabajos como científicos.¹⁴ Eijembaum afirma:

"Lo que nos caracteriza es el deseo de crear una ciencia literaria a partir de las cualidades intrínsecas de los materiales literarios".¹⁵

D. W. Fokkema nos dice asimismo: "El formalismo se basa en la creencia de que el estudio científico de la literatura es completamente posible y adecuado". Y dicha creencia: "es común a muchos teóricos literarios, aunque no siempre con la intensidad tan marcada de los formalistas".¹⁶

Jakobson, por su parte, reclamó, ya desde 1919, la necesidad de que la "ciencia de la literatura (nauka literaturi)" se considerase verdaderamente una ciencia. Oponiéndose a los críticos de la vieja escuela, escribe:

13 Boris Eijembaum, "La teoría del método formal", en Teoría de la literatura de los formalistas rusos, p. 23.

14 Fokkema, D.W. Teorías de la literatura en el siglo XX, Cátedra, Madrid, 1984, p. 22.

15 Eijembaum, op.cit., p.27.

16 Fokkema, op.cit., p.24.

"Los especialistas de la poesía del pasado imponen habitualmente sus propios hábitos estéticos a este pasado; de allí su inconsistencia científica".¹⁷

Sin embargo, el científicismo que se supone habrán de enfrentar a la actitud indiscretamente volátil, desesperadamente superficial de los viejos críticos, no se puede percibir más que en el entusiasmo ingenuo con el que van insertando neologismo tras neologismo, fórmula tras fórmula, así como una serie de términos malhincados, con ultra nuevas, inesperadas, contradictorias acepciones. Por otro lado, vulgarizan y extienden el sentido de los vocablos que suelen ser muy precisos. El uso que le dan a la palabra ciencia, por ejemplo, nos hace ver que este término en sus escritos no debe ser considerado de ninguna manera como riguroso ni unívoco. Eijembaum llega a hablar incluso de una ciencia periodística (!) "compuesta por la teoría simbolista y por los métodos de la crítica impresionista".¹⁸ Si la crítica creadora "eliminó la objetividad científica en aras de la apreciación, el academicismo literario a partir de ahora pecaría del defecto contrario".¹⁹ En su devoción elogiada, pero desencaminada, el historiador de la literatura ahora "sólo está deseoso de ceder su derecho al juicio crítico, sacrificar la jerarquía de valores y su sentido de la perspectiva".²⁰ Sin embargo, lo que esto viene a causar es un "factualismo mezquino", "acumulación penosa, a la par

17 Jakobson, "La nouvelle poésie russe", citado por Buxó, Pascual José. Introducción a la poética de Román Jakobson, UNAM, 1978, p. 19.

18 Citado por Erlich, op. cit., p. 230.

19 Erlich, ibid., p. 343.

20 Ibid., p. 360.

que estéril, de fragmentos inconexos de conocimiento, sin esfuerzo visible de una integración y una interpretación plenas de sentido: éste era el procedimiento prevaleciente del academicismo literario ruso".²¹

Seguramente que la liberalidad con que se maneja el término científico puede resultar más que incómodo para el crítico actual; sin embargo, habrá que argumentar que a partir de entonces habría de ser utilizado como simple bandera para jalonar las nuevas pretensiones respecto a los lineamientos a seguir, contrapuestos a los de la crítica imperante hasta esa época, por lo que dicho término debe entenderse más como la designación de ese espíritu cándido, resuelto, que debía desplazar, condenar al ostracismo a la crítica silvestre. Esta última, en palabras de Jakobson, es un "tipo de policía que (...) se apodera al azar de todo lo que encuentra en la casa del inculcado, así como de los transeúntes con los que tropieza en la calle al salir (...): toma vida personal, psicología, política, filosofía(...), creando un conglomerado de investigaciones artesanales".²² El crítico ruso nos dice en su artículo sobre El realismo artístico:

"Hasta no hace mucho tiempo, la historia del arte y, en particular, la historia de la literatura era una causerie y seguía todas las leyes de ésta; pasaba alegremente de un tema a otro. La causerie no conocía la terminología científica, y utilizaba las palabras del lenguaje corriente, sin pasarlas por el tamiz de la

21 Loc. cit.

22 Jakobson, citado por Buxó, op. cit., p. 17.

crítica, sin delimitarlas con precisión, sin tener en cuenta su polisemia".²³

Habrá que puntualizar, es cierto, que algunas de las afirmaciones de esta corriente vienen a despertar, al poner el dedo - aún incierto, es verdad, pero agresivamente desafiante-²⁴ sobre cuestiones nunca formuladas. Así, Schklovski observa, con sus pequeños ojos deslumbrados: "La creación de una poética científica exige que se admita como presupuesto que existe una lengua poética y una lengua prosaica, cuyas leyes son diferentes; idea probada por múltiples hechos. Debemos comenzar por esas diferencias".²⁵

Por otro lado, son los formalistas rusos quienes, sin llegar a manifestar claramente lo que distingue a esta nueva ciencia, presentan ya, como objeto de su estudio, no las obras literarias concretas, sino la literariedad (literaturnost', Eijembaum²⁶), que sería aquella serie de elementos que permite darle la categoría de

23 Citado por Todorov, Teoría de la literatura de los formalistas..., p. 27.

24 Erlich nos muestra, a lo largo de su libro, el tono "petulante", "innecesariamente beligerante", "las exageraciones pesadas" y "la machaconería del recurso" en las publicaciones formalistas. Hasta el punto de que "muchas de las afirmaciones del Opojaz, "hechas al calor de la polémica, no pueden tomarse al pie de la letra", op.cit., p. 401.

25 Citado por Todorov, Teoría de la literatura de los formalistas..., p. 27; el subrayado es nuestro: ya veremos más tarde cómo esto no es cierto y veremos los términos "obvios", ideológicos, en que se basan estas afirmaciones..

26 Citado por Erlich, op. cit., p. 233.

obra literaria a un trabajo escrito.²⁷ Con este cambio de objeto no habrían de evitar ni de afinar nada; sin embargo, esa incomodidad con respecto al objeto de estudio se empieza a hacer patente. Dicho autor admite igualmente: "En nuestro trabajo científico, apreciamos la teoría sólo como hipótesis de trabajo, con cuya ayuda se indican y comprenden los hechos".²⁸ Sin embargo, las voces en desacuerdo no tardan en dejarse oír por doquier. Hay quienes dicen incluso que su teoría puede "buscar y analizar todos los elementos de la obra, salvo los literarios".²⁹

Con una frecuencia hasta molesta, y por añadidura indistintamente, estos nouveaux scientifiques utilizan la palabra teoría (recuérdense, para ello, tan sólo los títulos de muchos de sus artículos y libros: La Teoría del Método Formal, La teoría formalista rusa de la prosa, etc.), sin haberla definido estrictamente en ningún momento.³⁰

Podría argüirse que un cuerpo teórico debe ser juzgado de acuerdo con los resultados que produzca: Todorov mismo no puede menos que terminar por admitir: "Se objetará que la imagen de la literatura que surge de sus análisis es relativamente pobre y que no supera el grado de complejidad de un relato mítico", y se apresura a justificarlos: " Sin embargo, esta impresión de simplismo en los

27 "Para los formalistas lo esencial no es el problema de método en los estudios literarios, sino el de la literatura considerada como objeto de estudio", loc.cit.

28 Loc. cit.

29 Alberto Corazón, citado por Buxó, op. cit., p. 2.

30 César González, op. cit., p. 49.

resultados se debe a la complejidad estructural de la obra literaria, forma superior de expresión de nuestra civilización" (?).³¹

Medvedev y Bajtin nos dicen que el formalismo nació y murió rápidamente. "¿Cómo puede ser explicada la desorganización y disolución del formalismo en tan corto tiempo? (...): Porque nació en la época de la disolución del simbolismo. Fue la ideología de aquellos movimientos literarios que emergieron para desintegrar el futurismo y, en parte, el acmeísmo".³² Así, el formalismo sólo puede ser cabalmente comprendido como un movimiento de rebeldía, de oposición. Surge para romper con los movimientos anteriores, luego desaparece, dejando tras de sí algunos logros de importancia, según algunos autores.

La teoría literaria, dice Wellek, es en "absoluto inconcebible sin algunos juicios de valor". Los formalistas, aunque no pudieron presentarnos una "equilatación mesurada", una "redondeada" (*sic*) de la literatura, no dejan de tener el mérito de haber elaborado algunos de sus aspectos más "esenciales".³³

Finalmente, haciendo un resumen de lo que fue el formalismo, Medvedev y Bajtin nos dicen: "Los no formalistas levantan mucho menos críticas, y la revisión incesante de sus principios básicos es llevada a cabo por los formalistas mismos (...). En general, el

31 Todorov, Teoría de los formalistas..., p. 17.

32 Medvedev, P.N., Bajtin, M.M. A Critical Introduction to Sociological Poetics, The Johns Hopkins University Press, Washington, 1978, p. 230.

33 Citado por Erlich, op. cit., p. 407.

formalismo jugó un papel productivo, fue capaz de formular los más importantes problemas de la crítica literaria con una agudeza tal que no pueden ser evitados ni ignorados en lo sucesivo; es cierto que el formalismo no resolvió estos problemas, pero precisamente sus mismos errores, su arrojo y constancia hicieron mucho para dirigir la atención hacia los problemas que se fueron formulando".³⁴

Los estructuralistas

Los estructuralistas surgieron tras el "manifiesto estructuralista" del número ocho de la revista Communications. Esta corriente comparte con los formalistas el amor desmedido por la ciencia, así como el celo por amancebar a ésta con la literatura, caiga quien caiga; comparten una acerba oposición a las tendencias idealistas del quehacer literario que llevan a un campo "más allá del lenguaje" y a los autores que consideran a la literatura "como el reino de las ideas, emociones, caracteres, acontecimientos, etcétera a los que el lenguaje proporciona sólo una 'forma' accesoria".³⁵

Los estructuralistas se oponen a esta manera de estimar la literatura, ya que tal postura presupone que el lenguaje no es esencial en ella, y que debe ser visto tan sólo como un medio que facilita el acceso a la verdadera literatura.

34 Medvedev y Bajtin, op. cit., p. 245.

35 Lubomir Dolezel, "In Defense of Structural Poetics", Poetics, (Holanda), 8, 1979: no. 6, p. 528.

La comprensión de los fenómenos literarios desde el punto de vista del modelo lingüístico es la base del estructuralismo. Barthes nos llega a hablar de la "homología" entre lenguaje y literatura (en la medida en que ésta sea una suerte de vehículo privilegiado del relato). Afirma, así, "que ya es casi imposible concebir a la literatura como un arte que (...) hubiera usado al lenguaje como un instrumento para expresar una idea" y para cerrar toda salida: "La literatura, y en especial hoy, ¿no hace un lenguaje de las condiciones del lenguaje?".³⁶ Afirma haber visto la prueba de ello en la tipología actancial propuesta por A.J. Greimas, bajo la cual los "sujetos" mismos opuestos a los predicados verbales no dejan de someterse al modelo oracional y descubre de esta manera "las funciones elementales del análisis gramatical en la multitud de personajes".³⁷

La escuela estructuralista afirma que el texto literario mismo es "un objeto de conocimiento suficiente" y "la manifestación de una estructura abstracta",³⁸ susceptible de un estudio científico y capaz de proporcionarnos la explicación objetiva y seria del fenómeno literario. Y que "... podemos proponer que se llame ciencia de la literatura" al estudio de esta estructura (...), "y crítica literaria a ese otro discurso que asume (...) la intención de dar un sentido

36 Barthes, Roland, Todorov, Tzvetlan y otros. Análisis estructural del relato, Premia Editora, México, 1982, p. 10; el subrayado es nuestro.

37 Loc. cit.

38 Todorov, Tzvetlan. Poética, Losada, Buenos Aires, 1975, p. 17.

particular a la obra".³⁹ El objeto de esta nueva ciencia será, de nuevo, la literariedad, es decir, "las propiedades de ese discurso particular que es el discurso literario".⁴⁰

Iser, acerbo crítico de este movimiento, afirma que el concepto de estructura ha resultado ser "la ideología científica de nuestro siglo".⁴¹ Afirma que el problema se presenta en el momento en que el concepto de estructura resulta insuficiente, puesto que, si bien puede auxiliar en la descripción de los textos, no puede describirlos; mucho menos explicarlos. Las funciones del texto, así como el lenguaje, "sólo son significantes por medio de la aplicación; las estructuras del texto literario sólo son pertinentes a través de la función de dicho texto".⁴²

Para George Mounin, el término de estructura sólo ha servido en aspectos superficiales o marginales y se ha aplicado de manera mecánica a cualquier relato.⁴³ Nos muestra, convincentemente, "la fragilidad de tantos 'estructuralismos' literarios" y nos dice:

"Como todo lo que nos rodea tiene determinada estructura, es decir, se compone de partes básicas que se organizan entre sí según

39 Barthes, Roland. Crítica y verdad, Siglo XXI, Buenos aires, 1972, pp. 57-8.

40 Todorov, Poética, p. 22; el subrayado es nuestro.

41 Iser, Wolfgang. "The Current Situation of Literary History", citado por González, op.cit., p. 53.

42 Loc. cit.

43 Mounin, George, La literatura y sus tecnocracias, F.C.E., México, 1983, p. 44.

determinadas reglas, buscar estructuras en la obra literaria es forzosamente encontrar estructuras; muchas estructuras incluso".⁴⁴

Y nos aclara:

"En una novela, en un poema, en una obra de teatro, se encuentran decenas, incluso centenas, de estructuras. Buscarlas y descubrirlas puede ser un agradable ejercicio intelectual. Se pueden encontrar, incluso, estructuras que no están objetivamente en la obra; que son elaboraciones surgidas de las inquietudes del investigador. Al pasar por alto ciertos elementos, y amplificar otros, selectivamente, es posible demostrar muchas cosas".⁴⁵

González opina, por su lado, que el concepto de estructura puede dar cuenta del texto "en sí mismo" (en la mejor de las actitudes, digamos), pero no de éste en "funcionamiento", para lo que sería necesario "pasar del texto en sí mismo al estudio de sus contextos".⁴⁶ Admite, sin embargo, que el estudio que realiza la poética estructural tiene el gran mérito de acentuar las propiedades más generales del conjunto de textos literarios, así como de establecer que la comprensión de la literatura no es la suma de las interpretaciones individuales, sino que se necesita (¿se necesita?) establecer principios generales y reglas.

Creo que las descripciones estructuralistas se han venido realizando sobre la base de supuestos ideológicos que no siempre

44 Ibid., p. 41.

45 Loc. cit.

46 González, op.cit., p. 53.

pueden sostenerse en el presente, según veremos más adelante; por añadidura, estos supuestos no han sido suficientes: "los análisis estructurales están limitados a sólo algunas clases de discursos, los análisis no son explícitos, los niveles de análisis no están explícitamente distinguidos";⁴⁷ igual suerte corren muchos de los términos acuñados. Así, para Gérard Genette, la teoría no viene siendo sino una generalización de la crítica (!).⁴⁸ Esta última es el diálogo entre un texto y un individuo; pero el individuo es incapaz de analizar la multitud de datos que se encuentran en la obra y que sólo con la ayuda de la semiótica, de la lingüística, la estilística, el análisis del discurso, etc., pueden ser percibidos. Genette opina, oponiéndose a otros estructuralistas, que el objeto de la teoría literaria sería no sólo las obras literarias existentes, sino la totalidad de las virtualidades literarias.⁴⁹

Sigfried Schmidt considera, a su vez, que la poética estructural no ha sido sino un movimiento de consideración hacia el análisis racional y explícito de la literatura, pero no más que eso.⁵⁰ El apologista Hrushovskii comenta que "la poética estructural es el estudio sistemático de la literatura como literatura, pues trata la

47 van Dijk, Teun A., "Advice on Theoretical Poetics", Poetics (Holanda) 8, 1979: no.6, p. 589.

48 Genette, Gérard. Figures III, Editions du Seuil, Paris, 1972, p.15.

49 Ibid., p. 11.

50 Schmidt, Siegfried J. "Empirische Literaturwissenschaft as Perspective", Poetics 8, no. 6, p. 562. Este tipo de aproximaciones trata de sacudirse la "mitología burguesa idealista del arte" (el arte como misterio, etc.) y transformar el análisis de la literatura en una ciencia social por medio de términos metafísicos como empiricismo, teoriedad y relevancia.

cuestión de ¿qué es la literatura?(...), ¿cuáles son las formas y clases de la literatura?, ¿cuál es la naturaleza de un género o tendencia literaria? ¿cómo está hecho un cuento? ¿cuáles son los aspectos específicos de las obras literarias? ¿cómo están constituidos? ¿qué es el arte en el lenguaje? ¿cómo los textos literarios engloban fenómenos 'no literarios?';⁵¹ esto, por supuesto, no quiere decir que hayan encontrado las respuestas correctas. Jameson opina que, en todo caso, la utilización y justificación de un modelo lingüístico debe situarse siempre fuera de los reclamos y contrarreclamos de la validez científica o el progreso tecnológico, afirmación que suscribo a lo largo de este trabajo. El grupo Omega considera, sin meterse en honduras, literatura lo que el sentido común, la intuición, la herencia cultural consideran como literatura. Opinan, así mismo, que la poesía se caracteriza por poseer una determinada estructura semántica -condición necesaria y suficiente de "poeticidad". Su manera de proceder frente a la obra de arte es también por medio del "método científico". Sin embargo, es posible percibir contradicciones flagrantes a todo lo largo del cuerpo teórico que manejan. González nos dice: "Por un lado, hablan de una especificidad de la literatura, de algo especial, inherente a todas las obras literarias (una determinada estructuración semántica); por otro lado, consideran como literatura (...) lo que la institución de la literatura dice que es literatura".⁵² Estos dos criterios, agrega, son incompatibles, pues el primero es normativo,

51 Citado por González, op. cit., p. 54.

52 González, op.cit., p. 21.

mientras que el segundo toma en cuenta las determinantes históricas, sociales y culturales.

Dolezel, inadvertidamente, ingenuamente, pone el dedo en el centro ideológico del problema al decir que el estructuralismo tiene como papel cultural la Defensa de la Literatura como una Forma de Arte Autónoma indispensable para el desarrollo completo de la personalidad humana. Este tipo de discursos ampulosos, vacíos, ideológicos, son sostenidos por los tecnócratas del nuevo humanismo, como veremos.

Quizás haya que ver en los excesos de estas nuevas pseudo-ciencias los efectos de lo que Bachelard llama el complejo de la cultura, es decir, el complejo de la cultura occidental. Parodiando a Gilbert Durand,⁵³ yo diría que somos, en efecto, los herederos de una sociedad en la que la cultura parece como una mera propedéutica, como un aperitivo de la civilización técnica: "Pasamos insensiblemente de Montaigne a Descartes, pasamos de la edad metafísica (si no teológica) a las luces del positivismo". Los especialistas de este excedente cultural que está compuesto de lo dejado de lado por las ciencias de la naturaleza se encuentran entre nosotros un tanto acomplejados. "¡Cuántos literatos avergonzados ante el matemático triunfante! Incluso en una República de las Letras, hay que ver quién reniega de su sensibillidad, para tomar la fonética, la fonología, la lingüística. En la Republica de los Hombres, el ideal se cifra en el Robot. El literato se redime del pecado de la poesía

53 Durand, op. cit., p. 250.

manipulando con un frenesí conmovedor estadísticas, topología y álgebra de Boole".⁵⁴

Durand nos dice: 1) que una estructura no es, ni ha sido jamás, una forma estática y voluntariamente vaciada de sentido, la única a quien un cierto estructuralismo otorga la dignidad de estructura; 2) que, lejos de haber conflicto entre símbolo y estructura, esta última deriva del dinamismo e, incluso directamente de la posición "abierto" del símbolo; 3) por último, que "la figura", "el sentido figurado" es lo que organiza a las estructuras. El lenguaje tiene preeminencia sobre la lengua, el habla sobre la sintaxis; es la significación lo que orienta al signo.

"El estructuralismo es", nos dice Terry Eagleton,⁵⁵ "entre otras cosas, una más de la serie de teorías literarias que ha fracasado al intentar reemplazar la religión con algo más efectivo -en este caso, con la moderna religión de la ciencia-."

LOS QUE ESTUDIAN EL CONTEXTO.

Ciertos autores, basándose en la teoría de los actos de habla, recusan el carácter específicamente literario de los textos literarios, atribuyéndolo a las condiciones de la situación del habla. Para John Searle, por ejemplo, con la palabra literatura se designa un conjunto de actitudes hacia el discurso, no una propiedad

54 Loc.cit.

55 Una introducción a la teoría literaria, F. C. E., México, 1988, p. 149.

de ese discurso; por eso, no sería susceptible de un estudio científico.⁵⁶ Los conceptos de esta teoría, incluyendo el de las intenciones del hablante, se usan en el caso de la obra literaria, afirmando que en ella se dan todas las condiciones necesarias y suficientes para la realización de una clase particular de acto ilocutivo. Mary Pratt llama "falacia del lenguaje poético" a la idea de que la literatura es formal y funcionalmente diferente de otras manifestaciones verbales.⁵⁷ Se realiza así, de nueva cuenta, la superposición de una estructura teórica -creada para otro objeto-, en un objeto de estudio que, se presupone equivocadamente, comparte una misma naturaleza. Me parece que este tipo de metástasis teórica - en este caso también, como en la mayoría de las incursiones científicas en las interdisciplinas sociales- nos entrega una serie de contrasentidos en ocasiones inverosímiles. Dolezel nos hace ver que incluso conceptos abstractos, tales como intencionalidad, se han convertido en empíricos. Y agrega: "Postulados sobre intenciones empíricas de hablantes empíricos necesariamente requieren evidencia empírica para su verificación o falsificación".⁵⁸ Según esto, la intención de tal o cual autor no puede explicarse por medio de la teoría de los actos de habla.

Algunos críticos, tales como Ihwe, Todorov, Schmidt, Ohmann y Fowler, entre otros, aun cuando no suscriben los postulados de la

56 Searle, John. "The Logical Status of Fictional Discourse", New Literary History, vol. IV., 1975, p. 18.

56 Toward a Speech Act Theory of Literary Discourse, Indiana University Press, Bloomington, 1977, p. 33-7.

58 Dolezel, op.cit., p. 530.

teoría de los actos de habla, cuestionan que lo literario sea una cualidad intrínseca de las obras literarias. Declaran que estos textos no pueden ser clasificados dentro de ese ámbito a partir de una propiedad inherente, sino que la pertenencia de un texto al conjunto de los textos literarios depende de las normas socioculturales aceptadas dentro de una sociedad particular.

De esta manera, nos dice González, "la cuestión central se plantearía en términos de cómo una determinada obra ha llegado a tener un estatuto de instancia de la literatura, y para quién la tiene; ese estatuto, por otro lado, sólo es válido en cierto momento y en cierta situación".⁵⁹ Jens Ihwe nos dice que existe cierta actividad humana, que resulta de la concurrencia de ciertos factores, los cuales hacen de esa actividad una expresión llamada literatura. Esto, es consciente Ihwe, no sirve para explicar fenómenos, sino que más bien representa un objeto de investigación. "Es claro que no puede ser objeto primario de investigación, pues la expresión "literatura" usualmente aparece en contextos en los que las personas actúan bajo la presión de instancias culturales, instituciones de la sociedad. En estas circunstancias, es obvio que algo como el 'status literario' de una expresión verbal no existe".⁶⁰

Todorov, ante la pregunta ¿de dónde nos viene la certidumbre de que existe una entidad llamada literatura?, contesta: del aprendizaje

59 González, *op.cit.*, 55.

60 Ihwe, Jens. "On the Validation of Text-grammars in the 'Study of Literature'", en *Studies in Text Grammars*, (ed.) Rieser, Dordrecht, p. 313.

en la escuela.⁶¹ Así, la entidad literatura estaría dada por un corpus de textos lingüísticos que cumplen con una cierta función en una sociedad dada.

Ihwe, al abordar el tema de la especificidad de lo literario, opina que esta categoría en las expresiones verbales (la literariedad) no puede resolverse en el nivel de la estructuración lingüística, pues está probado que es imposible derivar, de cualquier manera sistemática, criterios diferenciadores en términos de esta teoría.⁶² Para él, lo que cuenta como literatura se forma por medio de "toda una cadena de procesos de selección y valoración, correlacionando las características formales (estructurales) de una expresión con las funciones en los contextos o las estrategias de comportamiento específicos".⁶³

Decidir lo que es literatura por medio de características lingüísticas universales, nos dice Todorov, no es un procedimiento válido, puesto que, lingüísticamente, la obra literaria comparte rasgos con otros tipos de discursos no literarios. Lo que une a los textos en un todo o corpus literario no son sus propiedades lingüísticas, sino su uso, su función en la vida social.⁶⁴

61 Todorov, Tzvetlan. "La notion de littérature", en Langue, discours, société, Seuil, Paris, 1975, p. 353.

62 Ihwe, op.cit., p. 336.

63 Ibid., p. 328.

64 Todorov, "La notion de littérature", p. 364.

France Vernier⁶⁵ (al igual que Fowler⁶⁶ y Ohmann⁶⁷) opina que el concepto de literatura lo recibimos institucionalmente: un texto es literario porque existe todo un aparato (escritores, editores, críticos, maestros, etcétera) que le atribuyen ese status: "en este complejo proceso (que por supuesto cambia con las alteraciones de la estructura social y de una sociedad a otra) las intuiciones de buena formación desempeñan un papel pequeño, mientras que las instituciones (regidas por las clases dominantes) y el proceso económico son muy importantes".

Esta escritora formula escuetamente el problema:

"Se trata de saber si la literatura o lo literario puede ser analizado científicamente por la crítica (y en qué nos avanzaría el hecho de que así lo fuere) y, en caso contrario, si dicha crítica está consagrada a no ser más que una práctica ideológica, un discurso que dobla a otro discurso".⁶⁸

Y nos advierte de partida que el recurso de la simple importación de métodos o conceptos científicos prestados de otras ciencias -que no han sido constituidas como tales sino a partir del momento en que su objeto ha sido definido científicamente-, no puede

65 L'écriture et les textes, Ed. Sociales. Paris, 1974, p. 13.

66 "Preliminaries to a Sociolinguistic Theory of Literary Discourse", Poetics 8, no. 6.

67 Mencionado por González, p. 58.

68 Vernier, France. ¿Es posible una ciencia de lo literario?, Akal editor, Madrid 1975, p. 6.

ser válido puesto que no puede transformar por ese solo hecho una práctica ideológica en ciencia, y está muy lejos de hacerlo.⁶⁹

Las premisas que elabora en su trabajo vienen a ser las siguientes: 1) el fenómeno literario es un hecho social, 2) hay que situarlo entre las superestructuras, 3) como tal, el conjunto del fenómeno definido como literatura mantiene ciertas relaciones con otros elementos de las superestructuras y, en última instancia, con la infraestructura, sin que, a priori, nada autorice a privilegiar como primero o determinante uno u otro de los elementos que componen el conjunto del fenómeno (textos, escuela o edición).

Sin embargo, esta autora no puede tampoco liberarse del complejo cientificista y nos propone, al final de su trabajo, el objeto científico siguiente: "la naturaleza histórica (!) de las diversas meditaciones, variables según las épocas y los modos de dominación de las ideologías dominantes, por las que pasan las relaciones entre la infraestructura, otros elementos de las superestructuras y el fenómeno literario en una época dada y en una sociedad dada".⁷⁰ A partir de este punto se podrían determinar las leyes que rigen estas relaciones.

De esta manera, para France Vernier, la situación de la crítica literaria es la siguiente: mal entendida por los estudiosos, que hasta ahora han llevado a cabo una serie de actividades que no pueden escapar del terreno de lo ideológico (ella tampoco), sigue

69 Ibid., p. 15.

70 Ibid., p. 76.

encontrándose en un estado larval, situación que los críticos -sería de una ingenuidad imperdonable no percibirlo- se han visto obligados a ocultar con mayor cuidado, teniendo como marco el florecimiento del capitalismo y sus saludables refinamientos, disfrazando más astutamente su eterna imposición de modelos -al igual que todos los ideólogos en cualquier orden dado- por medio de la superposición de marcos teóricos extraños, haciendo pasar como "obvio" presupuestos como el de que la ciencia "cura" todo campo de conocimiento de un "morboso estado silvestre" inicial, en el que la sensibilidad y el capricho reinan con su oblicua mirada de canibal enamorado. Sin embargo, esta autora es incapaz de llevar hasta las últimas consecuencias su razonamiento, y nos propone como tarea "científica" -en realidad una misma práctica ideológica disfrazada más astutamente por argumentos más refinados, agazapados cuidadosamente tras el materialismo histórico, ideología "liberadora"-, en realidad, lo siguiente: el observar desde una apertrechada atalaya el ruidoso parpadear de dicha mirada, al fin "objetivamente crítica", "científicamente impecable".

LOS QUE ESTUDIAN EL TEXTO Y EL CONTEXTO.

Los críticos que se incluyen bajo este apartado no niegan las características estructurales del texto, pero opinan que el colocar la atención en ese terreno no basta para dar cuenta cabal del fenómeno literario.

Schmidt propone "una futura ciencia empírica de la literatura", basada en: a) el deslinde de "la recepción" y "la interpretación", b) la presentación de un objeto de estudio que sería "el ámbito total de la comunicación literaria, o sea, la producción de textos, los textos, la recepción y reelaboración de éstos", c) el desarrollo de la ciencia literaria que debe desarrollarse hasta llegar a ser una "ciencia interdisciplinaria de la comunicación".⁷¹ Para él, existe la literatura, que es un dominio de acciones orientadas hacia ciertos objetos: las obras literarias; el dominio se llama literatura. Puntualiza que la literariedad, así como la literatura (no se evitaría ningún escollo al "cambiar" de objeto de estudio) sólo puede definirse pragmática e históricamente, no semántica ni estructuralmente, puesto que los textos se conciben, nacen y funcionan en relación con los individuos de una sociedad dada. Opina que esta actividad social no puede ser comprendida sino en este ámbito. El análisis que se base en los rasgos abstractos de un texto tendrá que tomar otros factores en consideración. En su artículo "Towards a Pragmatic Interpretation"⁷², nos comenta que sería más racional definir la literatura y su papel en la sociedad de manera homóloga a la ficcionalidad: siguiendo un criterio puramente pragmático.

Este argumento sobre la autonomía relativa de las prácticas literarias permite, según González, poner en duda la postulación de

71 Schmidt, op. cit.

72 Incluido en Pragmatics of Language and Literature, van Dijk et al., North Holland, Amsterdam, 1976, p. 161 y 175.

que el objeto de los estudios literarios sea el objeto de estudio de las formaciones sociales en su conjunto.

De ser así, "tendríamos solamente una definición funcional de literatura; (... empero,) lo literario necesita de una doble definición o, más bien, de una definición desde dos puntos de vista: el funcional y el formal o estructural".⁷³

Van Dijk nos dice, igualmente, que es imposible considerar los textos literarios aislados de su desarrollo histórico.⁷⁴ Así, la fundación de la nueva disciplina tendrá necesariamente que llevarse a cabo en ese terreno. Considera a la crítica literaria anterior como pre-, si no anti-, teórica y, por lo tanto precientífica. Define el objeto de la poética como el conjunto de prácticas culturales en las cuales se producen y se usan los textos; bajo cierto número de condiciones textuales y contextuales, el proceso por el cual se produce un texto, se lee y sobre todo se acepta como texto literario, es también el objeto legítimo, y de hecho muy importante, de la investigación poética.

Es precisamente a causa de estos factores sociales o contextuales que es imposible afirmar que exista la noción de "lenguaje poético", puesto que ninguna forma de lenguaje es usado exclusivamente en los textos literarios o le es ajena a éstos; no es sino un cierto conjunto de textos, en un contexto preciso, lo que

73 González, *op. cit.*, p. 76.

74 Van Dijk, "Advice on Theoretical..."

determina las condiciones bajo las cuales un lector asume que dicho corpus debe ser considerado (leído) como Literario.

El objeto de estudio, el complejo sistema socio-cultural, incluiría toda una serie de participantes con sus funciones precisas (escritores, profesores, lectores, críticos, etc.), así como sus actividades (escritura, enseñanza, lectura, comentario, etc.) y los resultados objetivos de estas actividades, es decir, los discursos, las reglas, convenciones y estrategias que determinan estas actividades o los discursos que de ellas resultan. De ahí que la teoría debería incorporar tanto las teorías acerca del contexto como las condiciones pragmáticas, cognocitivas, sociales, históricas y culturales para el funcionamiento de la literatura. De esta manera, habrá una teoría de la comunicación literaria, que incluiría la teoría del desempeño literario, y una teoría del contexto literario.

Sin embargo, van Dijk es consciente de que una teoría de la comunicación literaria con una formalización y axiomatización completas no puede ser formulada. Propone, así, una poética que será una ciencia social, puesto que sólo se llegará a las explicaciones adecuadas de los fenómenos literarios si una teoría de las estructuras textuales está íntimamente relacionada a las teorías de la interacción verbal, insertas en la psicología social. En su artículo "Pragmatics and Poetics"⁷⁵, van Dijk afirma que gran parte de lo que se trata de analizar en el terreno de la poética, estaría en el estudio pragmático del texto literario

75 Incluido en Pragmatics of Language and Literature.

Turi Lotman ha desarrollado una teoría del arte sobre la base de la lingüística estructural, la semiótica, la cibernética y la teoría de la información. La estructura del texto artístico es su obra más conocida. En ella, el autor propone una teoría literaria basada en la teoría semiótica de la comunicación. Lotman parte de la base de que el arte es un medio más para que el individuo interactúe con su sociedad. Este hecho se lleva a cabo por medio de la recepción y la emisión de señales que proporcionan información. Si el arte es un sistema que recibe, almacena y proporciona información, entonces puede considerarse como un lenguaje. Y si el arte es un tipo de lenguaje, entonces cada obra particular es un texto.

Lotman se pregunta en este punto qué tipo de lenguaje es el arte. Según su razonamiento hay tres tipos: los naturales, los artificiales y los sistemas modelizantes secundarios. El arte estaría inserto en esta última categoría, al igual que los rituales, las costumbres religiosas, las costumbres y el comercio.

Sin embargo, la explicación que nos da de esta última categoría, según Ann Shukman,⁷⁶ no es una explicación ni de lo que es sistema modelizante secundario ni de qué manera el arte es un lenguaje; pues, nos dice, si el arte, la religión y las costumbres son lenguajes porque la conciencia humana es lingüística, entonces cualquier actividad mental consciente debe también ser lenguaje por definición. De igual manera, deja Lotman sin contestar la pregunta de qué nivel de abstracción se está hablando cuando se asevera que el arte es un

76 Shukman, Ann. Literature and Semiotics. A Study of the Writings of Yuri M. Lotman, North Holland, Amsterdam, 1976, p. 120.

lenguaje: ¿Es de la totalidad de manifestaciones del arte? ¿o algún sistema que subyace en la multiplicidad de las obras reales? Este autor le atribuye a la literatura un lenguaje particular que se superpone a la lengua natural; ésta tendría así, un sistema propio de signos y reglas para una cierta combinación, que transmitiría mensajes que no pueden comunicarse por otros medios.

A Lotman, empero, se le imputan serios errores en su cuerpo teórico: el término lenguaje se entiende en ocasiones como código, (sistema abstracto común al emisor y al receptor) y, en este caso, el lenguaje sería algo que existe antes de la creación de un texto concreto y que es común a ambos polos de la comunicación",⁷⁷ como invariante común a un grupo de textos, como invariante, como valor (Lotman considera que el arte es inseparable de la verdad --?--), como estilo y género, como modelo del mundo.⁷⁸

Para Lotman, el texto artístico posee una estructura compleja, que está en relación directa con la cantidad de información que transmite. González observa que si se sirve de la cantidad de información de un texto como elemento para evaluar lo artístico de esa obra, se deja de lado un aspecto que no debe estar ausente en el estudio de los fenómenos culturales: lo simbólico.⁷⁹

Según Shukman, se pueden percibir dos contradicciones básicas en la obra de Lotman: 1) Hay ciertas confusiones respecto a las nociones

77 Ibid., p. 122.

78 Ibid., p. 122-5.

79 González, op. cit., p. 36.

de lenguaje y texto, que se ocasionan en la no distinción entre la descripción de un fenómeno, concebido como realmente existente, y los acercamientos metodológicos a ese fenómeno. 2) La dicotomía entre el objetivo de hacer una descripción estática del fenómeno literario y el de hacer una descripción relativista que tenga en cuenta la obra de arte en interacción con el trasfondo cultural.⁸⁰

Sucede, además, lo que habíamos mencionado al principio de este capítulo: Se amalgaman términos y conceptos de distintos cuerpos teóricos y es difícil, en ocasiones, integrarlos coherentemente dentro de un mismo sistema. "Las seis diferentes interpretaciones de lo que es el lenguaje del arte (...) muestran distintos niveles de abstracción, y del uso que hace de estas nociones algo contradictorio e incompatible. Lotman toma conceptos de la teoría de la lengua de Saussure, de la teoría de Helmslev y de Jakobson. Se llega a tener, en ocasiones, solamente una mezcla de nociones aisladas".⁸¹

Lotman, en todo caso, considera la literatura como un sistema semiótico-histórico, coexistente con otros sistemas semióticos y en una compleja interrelación que conforma la cultura de cualquier época. Así, la teoría literaria es parte del estudio de la cultura; como la cultura es histórica por definición, los conceptos sobre literatura están sujetos a las leyes del cambio.

Los críticos en este apartado coinciden en considerar los estudios literarios como interdisciplinarios. Para Schmidt se

80 Shukman, op. cit., p. 147-8.

81 González, op. cit., p. 37.

utilizaría principalmente la historia del arte, la sociología y la antropología.⁸² Para van Dijk, por su parte, debería usarse el estudio de la lingüística, los estudios del discurso: la psicología, la psicología social y la comunicación de masas.⁸³ Dolezel habla de un "Complejo de ciencias de la literatura". Lotman habrá de analizar "los lenguajes" con un enfoque multidisciplinario.

Estos autores, sin embargo, siguen considerando necesarios los análisis formales, aunque enmarcados en teorías del discurso más amplias.

Mignolo opina igualmente que el estudio de los textos literarios debe tomar en cuenta tanto los aspectos formales como los funcionales.⁸⁴ La pregunta sobre qué es la literatura no puede responderse, dice, con definiciones formuladas por el teórico, sino más bien con la construcción de marcos abstractos de referencia en los cuales el procesamiento de expresiones tanto verbales como literarias será manejado como procesamiento textual y operaciones de cualificación textual. Es decir que no sería tarea de la ciencia definir la literatura puesto que ésta se encuentra ya definida socialmente.

Los problemas que debe enfrentar la teoría literaria, según este autor, son el del objeto de estudio y el de la forma de la teoría: 1) Especificar las condiciones del objeto de estudio (especificidad

82 Schmidt, "Empirische...", p. 565.

83 Van Dijk, op.cit., p. 598.

84 Mignolo, op.cit., p. 312.

literaria o literariedad) y describir las condiciones empíricas en las cuales se manifiesta la literariedad en los distintos períodos históricos. 2) Explicar la forma de la teoría, su alcance y su ámbito operativo.

Al indagar sobre la especificidad de lo literario, surge inmediatamente la cuestión del aprendizaje de la lengua y de la literatura. Surgen de aquí varias inconsistencias: una, pensar que la literatura es un sistema paralelo al sistema de la lengua, la otra es pensar en una competencia literaria paralela a la competencia lingüística. Las diferencias aparecen ya desde el momento de comprobar lo temprano e inconsciente del aprendizaje de la lengua y lo tardío y consciente del aprendizaje de la literatura; además, entre uno y otro, hay que considerar una serie de niveles que median entre la lengua y la literatura, es decir, los grados de conceptualización en el manejo creciente de estructuras conceptuales no verbales. Al comprobar esta diferencia es útil recurrir a las nociones de sistema primario (el de la lengua) y sistema secundario (el de la metalengua de la literatura).

Mignolo opina que hay que separarse de las teorías lingüísticas de la literatura, para pensar en teorías literarias de la lengua. De esta manera, sería dentro de la teoría del texto literario donde comenzaría a bosquejarse el terreno: el del sistema primario y las estructuras verbales del no-texto, que dan cuenta de los procesos de la lengua (la lingüística) y el sistema secundario y las estructuras verbales del texto, que se ocuparía de la semiotización tanto en el caso del emisor como en el del receptor de los textos literarios

(teoría literaria). De aquí que haya que abandonar el terreno de la especificidad literaria en los fenómenos puramente verbales. En este punto, se configuran tres aspectos en la distinción de texto y no-texto: a) la inscripción de estructuras verbales en el sistema secundario (es decir, texto y texto secundario) es el resultado de un proceso intencional que denomina semiotización o semiosis, b) este proceso no depende exclusivamente de las formas que adquieren determinadas estructuras verbales como, por ejemplo, las metáforas, sino también del conocimiento por parte del emisor y del receptor de los códigos pragmáticos que regulan las formas de semiotización (en el caso del texto literario es necesario contar, además, con una metalengua literaria en la cual se constituye el concepto de literatura y en la que se "decide" el tipo de estructura verbal que puede o no ser semiotizada, que debe serlo de cual o tal manera. El proceso de semiotización que permite explicar la literariedad por las relaciones entre texto y no texto y entre texto y metalengua exige también relacionar la semiosis con un sistema comunicacional, en el cual ésta se cumple en la interacción de un organismo emisor y de un organismo receptor. En el ámbito metodológico, puntualiza que habrá que definir bien el término de teoría. Más adelante nos dice que hay dos maneras, al menos, de acercarse al fenómeno literario. Una mediante la construcción de modelos abstractos, y otra tomando los hechos tal como ocurren y describiéndolos en sus particularidades. Sería así, según este autor, el proceso de semiotización el objeto de estudio de la teoría del texto literario; su teoría se sitúa también dentro del esquema de la comunicación.

González en su libro llega a las conclusiones siguientes: La ciencia literaria o teoría literaria no puede existir porque el objeto de estudio que las constituiría (la literatura) no existe, es sólo una abstracción. Lo que existe realmente son los textos literarios, que él define como "cierto tipo de prácticas" que operan sobre el lenguaje y sobre lo imaginario, "cuya unidad no se realiza más que en ciertos niveles de funcionamiento y de inserción en la estructura social".⁸⁵ Al igual que Vernier, opina que literatura no es un concepto producido, sino una noción ideológica.

En las últimas tres páginas de su libro, sin embargo, insólitamente, nos viene a informar que "a pesar de todo" (todo es lo mencionado en la 156 páginas anteriores), él considera que el estudio científico sí es posible, si se entiende "el estudio de los textos en una problemática científica (!), es decir considerados en los marcos de la sociedad que los produce, que los hacer circular, que los lee; considerados en todas sus determinaciones sociales, políticas, ideológicas, familiares, sexuales, económicas, etc."

Se apoya, para ello, en conceptos vagos, tales como intuicionismo, perspectivismo, y afirma que cada interpretación, si bien parcial, histórica, puede tener validez (? -la validez que puede tener cualquier afirmación ideológica); por otro lado, y "desde una perspectiva amplia", el planteamiento de la hermenéutica actual -su respuesta- "no difiere del aquí llamado estudio científico de la literatura", puesto que "la hermenéutica no es un método sino un "tipo de reflexión susceptible de ser utilizado en todas las

85 González, op.cit., p. 156.

disciplinas(...) que tratan sobre la realidad humana". Me parece verdaderamente difícil sostener, con ayuda de los términos que he subrayado en este párrafo, términos relativos por completo, plásticos y operativos sólo en un terreno eminentemente ideológico, que una disciplina científica pueda fincar sus bases en algo tan vago como un tipo de reflexión, cualquiera que éste sea. Ideología de nuevo.

Como hemos visto a lo largo de este apartado, el mero deseo de convertir una disciplina en científica no se ve coronado con el éxito por el sólo hecho de aplicarle un método extraño o la terminología propia de un campo científico que se ha constituido como tal a partir de la constitución de su objeto de estudio, un objeto real y no un concepto social, variable histórica e ideológicamente.

Así, para González, será el signo el objeto de estudio científico y la hermenéutica su tipo de reflexión, que se podrá utilizar "siempre y cuando se emplee conscientemente, de manera controlable (...) y se asuma de entrada la historicidad de las interpretaciones". De esta manera, el científicismo hace presa también, inesperadamente, de César González.

Terminamos este apartado recordando las palabras de Walter Mignolo quien, sin haber acudido a la ciencia ni a sus impercederos "beneficios", concluye jovialmente su libro diciendo que si hemos destacado tanto la importancia de los modelos y de las referencias sobre la construcción de teorías, ello se debió a la convicción de que la ciencia, como las humanidades o la literatura es precisamente un asunto de imaginación.

OTROS INTENTOS. LA HERMENEUTICA.

EL TERMINO CIENCIA Y EL TERMINO TEORIA.

Los intentos por definir el término de ciencia, así como el de teoría¹, por delimitar el terreno de lo científico, por encontrar las diferencias entre las ciencias exactas y las ciencias humanas², etc., han sido múltiples y nunca del todo exitosos. Nos encontramos, al entrar en el ámbito de la teórica, sobre una superficie insegura, resbaladiza, y no sobre el entablado de baile del tan suspirado terreno de la inalterable certidumbre científica. Se han hecho divisiones, clasificaciones y esclarecimientos que no convencen por completo. La ciencia ha sido dividida en 1) ciencias eidéticas y ciencias reales, 2) en ciencias matemáticas y ciencias sociales, en 3) ciencias exactas y ciencias humanas, en 4) formales y fácticas, en 5) formales, empírico-formales y hermenéuticas, etc. La impresión que produce la lectura de los autores que tratan de definir y clasificar el campo científico, así como de exiliar disciplinas de este dorado Shangrilá, es siempre la de una confusión permanente, aunque cada uno de ellos pretende haber encontrado la respuesta definitiva. Las definiciones no son suficientemente precisas ni unívocas, y las clasificaciones utilizadas corrientemente no vienen a aportar una

1 Ver, para los problemas que se enfrenta a este respecto, a Desanti, Stephen. La philosophie silencieuse ou critique des philosophies de la science, Seuil, Paris, 1975.

2 Algunos dudan, incluso, que se pueda establecer esta diferenciación; de ser posible, ésta sería relativa e histórica (de nuevo, ideológica).

solución al problema de la especificidad; son, a lo mucho, sólo hipótesis generales que caen ante los primeros embates.

Veamos, como ejemplo, dos definiciones de un término que, por antonomasia, no debería presentar ningún problema: el término de ciencia. 1) Una definición clásica: "ciencia es un conjunto de verdades (acciones, principios, leyes) fundamentales, provistas de demostraciones, estrechamente vinculadas entre sí"³. 2) Y la definición de K. Popper⁴: "ciencia es una actividad social destinada a formular, corregir y transformar nuestro conocimiento del mundo natural y social". Aparentemente estas dos definiciones no son contrarias; sin embargo, parten de concepciones enteramente distintas. Mientras que la primera concibe la realidad como algo que está allí con sus verdades, esperando que alguien las descubra, la ciencia como un cuerpo ya constituido, erigido y estático (postura, en nuestro días, insostenible), la segunda la ve como algo dinámico y provisional. Partiendo de la afirmación de que el hombre comprende el mundo natural en los mismos términos en que comprende una obra de arte, Popper sostiene que las ciencias naturales, al igual que las ciencias humanas, están condenadas a fracasar en su intento por alcanzar una comprensión última⁵. De esta manera, la corroboración o la refutación de las teorías es llevada a cabo continuamente por la comunidad interpretativa científica en el nivel que Mignolo denomina comprensión hermenéutica (de exégesis o interpretación), que es una

3 Más adelante comentaremos los presupuestos obvios en que se basan estas definiciones.

4 Objective Knowledge, Clarendon Press, Oxford, 1971, p.80.

5 Ibid. p. 185.

comprensión de primer grado (el Verstehen de A. Dilthey). El nivel de comprensión histórica de una teoría (que se intenta explicar históricamente, no refutar ni respaldar su contenido) es, sin embargo, en tanto que reconstrucción racional sobre estos hechos, igualmente una comprensión teórica (el Erklären de A. Dilthey)⁶. Así, las diversas disciplinas científicas se van desarrollando cuidadosamente en sus terrenos correspondientes, cosechando frutos parciales, cuya validez tiene un carácter provisional, harto fugaz en ocasiones.

Como se puede ver, el procedimiento de velar ciertas zonas y sobrecolorar otras (procedimiento del que a duras penas escapará teórico literario -o pensador- alguno), con el fin de poder incrustar el campo literario en una barriada científica, no nos llevará a gozar de la Gloria sobre la tierra. La verdad es que, creemos, difícilmente habrá engrandecido nuestro placer (queremos pensar que quien se encuentra atado a la literatura es por lazos de fruición y no por otros motivos) con una razón fría y anatomizada, dudosamente habrá desplazado un ápice ese malestar cultural que lo aqueja.

El término de teoría no corre mejor suerte. Se ha manejado bajo tres acepciones distintas: 1) como un conjunto de proposiciones de estatuto demostrativo que encadena en un sistema las propiedades de un dominio de objetos; 2) como un sistema coherente de hipótesis cuya formulación explícita permite establecer las conexiones con un campo de fenómenos previamente explorado, y 3) como un conjunto de

6 Mignolo, Walter. Teoría del texto e interpretación de textos, UNAM, México, 1986, pag. 23.

determinaciones que caracterizan una estructura capaz de unificar en un sistema coherente las leyes de un dominio de fenómenos⁷. Esta tercera acepción es la que posee el sentido fuerte del término.

En el campo de la literatura, algunos autores, mucho menos rigurosos, llegan a entender dicho concepto simplemente como "una reflexión sobre los principios generales del fenómeno literario"⁸, concibiendo, así, la interpretación crítica de obras particulares en una estrecha relación con la teoría (?)⁹. Mignolo, al comentar esta postura, opina que el término así entendido corresponde, por el contrario, a lo que él llama comprensión hermenéutica, mientras que la comprensión teórica designaría una actividad que tiene por objeto "la formulación, refutación y modificación de hipótesis y de teorías"¹⁰. Los estudiosos que hemos citado en el capítulo anterior caen, en general, en las dos primeras maneras de comprender el término teoría. Los que se acercan a la tercera postura, la más rigurosa, serían van Dijk, Ihwe y Schmidt, quienes se ocupan con mayor cuidado de la formulación de conceptos teóricos y epistemológicos serios¹¹. En lo literario, Todorov -por agregar a la

7 Desanti, op.cit. pp. 110-115.

8 Wellek, R. "Literary Theory, Criticism and History", en Concepts of Criticism, N.H., Yale University Press, 1963, p. 20.

9 "No hay crítica sin teoría ni teoría sin crítica": Wellek, R. ibid. p. 40.

10 Mignolo, Teoría del texto... p. 19.

11 Walter Mignolo afirma que la totalidad de los estudios literarios utiliza el sentido débil del vocablo. El comprende la teoría en el sentido fuerte cuando las interrelaciones se establecen de manera deductiva; en el débil, cuando éstas se establecen de manera sistemática pero no deductiva. Ibid. p. 41.

lista tan solo un nombre más (un intento más)-, encuentra por su lado tres tipos de teorías literarias: la semántica, la sintáctica y la verbal. En la primera encuentra, a su vez, tres tipos de teorías: la ornamental, la afectiva y la simbolista¹². Las teorías verbales pueden caber en la primera definición de Desanti; entre las semánticas, la ornamental se puede igualmente incluir en este grupo, la afectiva y la simbolista se localizarían en la segunda manera de entender el término. Las teorías sintácticas estarían en la segunda acepción. De esta manera, las "teorías" a que alude Todorov no lo son en el sentido fuerte del término.¹³

NUESTRO PROBLEMA.

El problema, como se podrá suponer, es especialmente escabroso en el caso de las ciencias sociales o humanas, fácticas o hermenéuticas, en las que se presentan otro tipo de dificultades. El punto crítico lo constituye, reiteramos, su objeto de estudio. Este forma parte de los fenómenos sociales, que son históricos, hecho que los hace relativos, subjetivos, sujetos a los vaivenes políticos e ideológicos de un momento determinado; contribuye también a este imbroglio el hecho de que existe una identidad parcial entre el sujeto y el objeto de conocimiento en estas ciencias y el hecho de

12 Todorov, Tzvetan. Les genres du discours, p. 99 y ss.

13 Este aspecto ha sido analizado también por González.

que las teorías llevan en sí una serie de implicaciones políticas e ideológicas que repercuten en la sociedad donde se producen¹⁴.

Resumamos: han sido numerosos los intentos por constituir un cuerpo riguroso que sea capaz de abarcar el complejo fenómeno literario. Las estrategias a que han recurrido los estudiosos han resultado inadecuadas no sólo porque éstos enfrentan de una manera equivocada el problema, sino simplemente porque enfrentan un problema que no existe. Abrazan, así, la creencia de que la falta de rigor en el ámbito literario es debida a la ausencia de una teoría y/o de un método conveniente, por lo que caen en el error de importar bases científicas de otras disciplinas; caen así en el exceso de la formalización y construcción de modelos, o bien acuden a cubrir cualquier resquicio con la manida salvedad de que la ciencia literaria es una ciencia diferente a las otras, una ciencia sui géneris.¹⁵ Arremeten, de esta manera, con armadura de hierro, lanza en ristre, unos molinos de viento que, desgraciadamente para su desportillada emulación, no son más que eso, molinos de viento sin pretensiones extraliterarias.

Los juegos malabares de que se han servido los distintos investigadores hasta la fecha son verdaderamente ocurrentes. Sin embargo, para la constitución de una ciencia, tienen que coincidir, irremediablemente, tres elementos:

14 Lowy, Michel. "Objetividad y punto de vista de clase en las ciencias sociales" en Sobre el método marxista, Grijalvo, México, 1974, p. 18.

15 Este es el caso en el que se encuentran la historia, la sociología y la psicología, entre otras disciplinas.

1) La ciencia debe tener como campo de estudio un objeto real, y no un objeto ambiguo, ideológico, definido socialmente y cambiante con el tiempo según se den cambios en la sociedad.

2) Debe, igualmente, establecer una serie de postulados que sirvan para interrelacionar un orden dado de fenómenos-objeto o una serie de hipótesis que se manejen estructuralmente dentro de un sistema coherente de leyes, es decir, debe establecer una teoría.

3) Esta disciplina científica debe igualmente tener un método específico para su campo de estudio, una serie de procedimientos que conduzcan a comprobar la validez de las teorías de dicho cuerpo.

Los estudios literarios, al no poder aportar ningún recurso para el cumplimiento de la primera condición, han puesto un desmedido énfasis en la transplatación de las dos últimas, tratando de suplir así, con una superabundancia de teorías remendadas, términos irreductibles e inadecuados procedimientos, la existencia de un objeto de estudio que no es *real*, sino producido, es decir, relativo, móvil, histórico, en una palabra, ideológico¹⁶.

IDEOLOGÍA Y LITERATURA.

Antes de pasar a ver, en nuestro recorrido por algunos de los principales exponentes teóricos actuales, dos importantes intentos que se han realizado en el campo de la interpretación, mencionemos

16 El mero hecho de que un enunciado sea declarado literario, tiene como base la existencia de un juicio de valor que no es espontáneo, personal, sino que engloba una sobredeterminación cultural.

por adelantado algunas de las implicaciones ideológicas de la literatura.

La ideología como objeto de investigación, aunque en la actualidad ya estudiada con mayor atención en el campo de las ciencias humanas, puede considerarse relativamente reciente. Su escrutinio creciente en nuestros días es un producto característico de las sociedades llamadas "burguesas". Pierre V. Zima nos dice que la aparición de las ideologías (y no de la ideología o de la ideología dominante) coincide con el auge de una sociedad de mercado individualista cuya indiferencia fundamental por todos los valores no económicos constituye la base de un pluralismo tolerante que favorece la coexistencia y la concurrencia de valores heterogéneos y frecuentemente incompatibles.¹⁷

Carlos Reis opina, por su lado, que estudiar el campo de lo ideológico es siempre enfrentarse a un espacio de sentidos cruzados y de proliferación de discursos tributarios de ideologías que se enfrentan y se confrontan ininterrumpidamente.¹⁸ Se está tratando de auscultar un organismo viviente que se halla formado prácticamente por cada sector de la sociedad; cualquier pequeña incisión provoca reacciones airadas.

No es una mera coincidencia que en estos tiempos de valores heterogéneos la lingüística, la estilística, la semiótica (en

17 V. Zima, Pierre. "Du discours idéologique au discours théorique: dualisme, ambivalence et indifférence", en Degrés, 37, 1984.

18 Reis, Carlos. Para una semiótica de la ideología, Taurus Ediciones, Madrid, 1987, p. 14.

particular la narratología) y la teoría del texto hayan suscitado en los planos teórico y epistemológico, una reflexión profunda del estudio de la ideología.

La ideología y el arte se encuentran indisolublemente ligados en todos niveles, como ya lo hemos mencionado, el arte siendo todo él una entidad puramente ideológica;¹⁹ hemos igualmente observado cómo esto ha motivado que la crítica tenga que ocuparse de la obra de arte con el fin de convertirla en inocua, de recuperarla para el sistema en el que deba interactuar, y ¿cómo lo hace en la actualidad? Poniendo el énfasis en el aspecto formal y soslayando casi por completo su contenido social, filosófico, histórico, es decir, precisamente ideológico. Al hacerlo, la crítica cae -¿de qué manera podría evitarlo, por lo demás?- en diversas posturas ideológicas evidentes, algunas de ellas demasiado extremas como para ser insertadas seriamente en un sistema.

Los nombres de Ignazio Abrogio, Lucien Goldmann, Teun A. van Dijk, François Rastier, Philippe Haucon se contarían entre las filas de los que se han ocupado en estudiar dichos problemas. Estos críticos tratan de evitar igualmente -una postura ideológica más, por supuesto- los equívocos de un historicismo extremo y los de una sociología de contenido, incapaces de valorizar los procesos discursivos que concretizan la representación ideológica; han tratado de orientar el estudio de la ideología (o de las ideologías, como se

19 Terry Eagleton nos dice incluso que hablar de literatura e ideología como dos fenómenos separados resulta completamente innecesario, puesto que "la literatura es ideología", op. cit., p. 35.

prefiera) en un sentido diverso al que adoptaron, por ejemplo, Marx y Lenin en sus comentarios sobre Balzac y Tolstoi. Así, en la actualidad, no se trata de leer la literatura como un puro documento económico-social, sino de "observar la interacción dialéctica entre los sentidos ideológicos y las estrategias discursivas, sin perder de vista el riesgo de imanentismo que oculta 'la situación en la que los textos son efectivos'";²⁰ además hay que advertir que las posiciones ideológicas pueden ser clasificadas por la identificación de rasgos intertextuales o puramente formales. La literatura y la ideología se encuentran íntima, indisolublemente ligadas.

UNIDADES IDEOLÓGICAS O IDEOLOGEMAS.

Como lo demuestra Carlos Reis en su obra, no sólo la crítica literaria sino la presencia de sentidos ideológicos en la obra literaria misma deben ser considerados en el marco de una discursividad propia, a la que no son ajenas las condiciones particulares de producción, sistematización y codificación. La máquina que es el lenguaje sería, así, a decir de Rossi-Landi, "interna respecto a la ideología, tal como la máquina de la respiración es interna al organismo, o como las máquinas industriales son internas al capital constante y éste es interno a la producción, la cual a su vez es interna respecto a la reproducción social".²¹ Bajtin mismo ha dicho repetidamente en sus escritos que la palabra

20 Jameson, F. The Political Unconsciousness. Ithaca, Cornell University Press, 1982, p. 283.

21 Rossi-Landi, F. La ideología, Ed. Labor, Barcelona, 1980, p. 236.

misma es el fenómeno ideológico por excelencia. Este autor puntualiza: "La palabra es neutra frente a toda función ideológica específica, pero puede cumplir funciones ideológicas de todo tipo: estético, científico, moral, religioso".²²

Carlos Reis nos dice que la condición dialógica e intertextual del discurso ideológico no puede ser tratada convenientemente al margen de un concepto dotado de gran relieve en un contexto. Opina, así, que la designación de las unidades llamadas ideologemas han podido ayudar a desterrar esas prácticas operatorias llamadas immanentistas y llevar a "una correlación dinámica del sistema literario con otros sistemas, como es el caso del ideológico".

El concepto de ideograma, sin embargo, implica un dinamismo estrechamente relacionado con componentes histórico-sociales y, de esta manera, nos vemos de nuevo en un terreno subjetivo que Bajtin denomina intertextualidad, que sería la "pluridiscursividad ideológico-literaria (...) sólo analizable a partir de (...) la aceptación de su autonomía relativa".²³

De esta manera, es difícil estar en desacuerdo con las palabras de Charles Morris, quien tras analizar la triple dimensión (semántica, sintáctica y pragmática) de la semiosis, los sistemas de signos, los procesos de significación o de formulaciones discursivas y haber vinculado el discurso ideológico a éstos, nos dice: "Desde la cuna hasta la tumba, desde el amanecer hasta el crepúsculo, el

²² Citado por Carlos Reis, op. cit., p. 18.

²³ Citado por Kristeva, J. en algún lugar de su libro Recherches pour une sémanalyse, Ed. Seuil, Paris, 1969.

individuo contemporáneo está sometido a un fuego ininterrumpido de signos, por medio de los cuales las otras personas persiguen sus fines. Se le dice lo que debe creer, lo que debe aprobar y desaprobar, lo que debe hacer y no hacer. Si no es cuidadoso, se convertirá en un robot dirigido por los signos, pasivo en sus opiniones, sus juicios, su actividad".²⁴

La descodificación de los signos ideológicos se traduce pues en una dinámica de acción y reacción: en el terreno interno a la obra de arte, al aceptar la posibilidad de una manifestación artística, no sólo se adopta una orientación ideológica (el arte siendo todo él ideológico), sino que ésta intenta actuar sobre su receptor y el mundo que lo rodea; como es fácil deducir, el fenómeno de apreciación estética está también íntimamente ligado a la ideología, considerada así como motor y factor de una práctica persuasiva. Son sólo las estrategias de la persuasión las que pueden variar y optar por disfraces más o menos sutiles, capaces de asegurar el compromiso entre la eficacia y la preservación de la especificidad artística.

A todo esto, deben agregarse las instancias externas que nos señalan arbitrariamente qué leer; metodológicamente, se nos ata con un cómo leer.

EL TECNOLOGISMO LITERARIO.

24 citado por Bekle, Herbert. Sémantique, A. Colin, Paris, p. 62.

John Fekete, en su libro The Critical Twilight procede a examinar los momentos decisivos en la evolución de la teoría crítica en Norteamérica con el fin de destacar algunos rasgos distintivos de las transformaciones en el campo ideológico. Más que aplicarse en demostrar la derivación de la ideología de la existencia social, Fekete se ocupa en demostrar la adecuación casi completa de la ideología con el proyecto social dominante, y conjuntamente su efectividad y popularidad.

Según este autor, es evidente que la tradición cultural moderna ha ido evolucionando como un tipo de estética que no tiene una capacidad real para la crítica. Se ha desplazado más bien a una posición ideológica como la forma contrarrevolucionaria apropiada para el designio tecnocrático de la sociedad neocapitalista de nuestros días.²⁵ Una filosofía que inicialmente señalaba "lo que debía ser" ha pasado a ser una dialéctica de lo que este autor llama actividad potencial, confinada al terreno y a la dinámica existente de lo que actualmente "debe ser". La teoría crítica actual (la de los años setentas), nos dice Fekete, expresa el desapego moderno por el "objeto", expandiendo por otro lado los terrenos de la teoría, rasgo correspondiente al papel expansivo de la apropiación cultural en el modo neocapitalista de producción de la vida social y de la autoridad como una ideología mayor. Habla, asimismo, de la insensibilidad estructural creciente de la teoría ante la inhumanidad de la práctica social dominante que hace evidente la "bancarrota" de este tipo de humanismo.

25 The Critical Twilight, Routledge and Kegan Paul, London, 1977, p.

Menciona igualmente el fetiché de la tecnología, fetiché que han compuesto en el campo de la literatura los críticos literarios desde los años veinte hasta los setenta -momento en que escribe- y que es abstraído de todos los otros aspectos de las posibilidades sociales. El fetiché ha crecido hasta convertirse en una "religión tecnocrática secular" que obstruye específicamente el potencial del hombre para ser un sujeto histórico autoconsciente, encontrando material para tal obstrucción en las que se han llamado tendencias objetivas de desarrollo histórico actual.²⁶

Es, según este autor, en este contexto en donde la estructura básica de la teoría crítica moderna es construida virtualmente como un paradigma socio-científico que concretiza los ámbitos tradicionalmente separados de la precisión y de la imaginación y que "tal vez prefigura estratégicamente transformaciones en otras ciencias sociales".²⁷

Esta tendencia, dice, tiene un complemento en una "actividad de pasividad" que, expandiendo los contextos, busca una armonización manipulativa de los campos cultural y psíquico.²⁸

Sucede pues que los imperativos de tipo ideológico y científico de coherencia vienen a significar para esta tradición cultural un cuestionamiento de todas las "otras" formas de objetividad, que son "comparadas" con el cuerpo de integración armónica propio. La

26 Ibid., p. 195.

27 Ibid., p.XVI.

28 Ibid., p. 204.

problemática central, así, está estructurada por cuestiones de unidad y de equilibrio, de orden y de estabilidad. Siguiendo estos lineamientos, se va estructurando una totalidad sin lucha ni movimiento histórico, es decir, sin las condiciones necesarias para el desarrollo del sujeto social. Se estructura así lo que el mismo Karel Kosik a llamado la falsa totalidad del estructuralismo, según la cual la realidad es comprendida sólo en la forma de un hecho acabado y no subjetivamente como una praxis humana "objetivante".

Se da, de este modo, nos dice, la transición del acento romántico en la producción creativa al acento moderno en el consumo creativo.

Fekete afirma más adelante que si la función del arte genuino es "desfetichizar", puede decirse que el programa de la teoría crítica moderna es la "refetichización". Esto es cierto, nos dice, para el estructuralismo en general. "El estructuralismo no es la metodología neutral, inteligible in vacuo, sino que representa un movimiento de la teoría que nos aleja de la praxis en vivo".²⁹ Y agrega más adelante: "Las versiones francesas del estructuralismo, en particular, recapitulan la obsesión comptiana con "estabilidades" e "invariantes" en el contexto de los peores excesos de racionalismo dogmático".³⁰ El significado, para esta versión del estructuralismo, viene a estar limitado a los más superficiales niveles de significación; lo que nos mueve y sostiene, suelen decir, es el sistema. Seríamos, según esta corriente, meros portadores de sus

29 Ibid., p. 195.

30 Loc. cit.

determinaciones. Se olvida, empero, que estas estructuras y sistemas no son cosas muertas, sino los productos y formas de la actividad humana, complejos vivientes de las relaciones humanas y mediaciones objetivas, que deben mucho a la inspiración e intención humanas y están siendo, minuto a minuto, sostenidos en su significado por un consenso humano. Se desvía la atención del hecho de que los seres humanos han alterado, alteran y alterarán lo que Fekete llama sus "objetificaciones". De esta manera, "el estructuralismo no encuentra más que investigar fuera del orden, los códigos del orden, las reflexiones sobre el orden y la experiencia del orden".³¹ La problemática crea, así, sus propias soluciones metodológicas de exégesis científicamente rigurosa, una lectura realista, hecha posible por la supresión de los límites de la formalización. Tal científicismo niega que la objetividad pueda ser otra cosa que el esfuerzo por la propia objetividad humana. Como lo hace notar Lefebvre en algún lado, el estructuralismo es el proyecto de estructurar la sociedad existente y "estabilizarla" o inmovilizarla dentro de estas estructuras dadas, todo siendo definido y fijo.

Desde este punto de vista, el "científico" estructuralista, colocándose metodológicamente en la cima de un observador trascendente, pretende poseer cognitivamente un poder privilegiado que el tecnócrata ejercita en la práctica social. Así, se encuentran ambos individuos en armonía con esa tendencia general de las sociedades occidentales por la producción y consumo de información con fines de asumir una mayor importancia. Esto lleva a Fekete a

31 Ibid., p. 190.

decir que "la semiótica estructuralista se revela como el complemento teórico de la semiosis cultural neocapitalista (...); es un positivismo que acepta esta semiosis como la ontología eterna del ser social".³² Agrega más adelante el autor que los estructuralistas hacen uso de nuestra conciencia inadecuada de niveles operativos de determinación para eliminar al sujeto que es un problema histórico y no categórico y que se convierte en categóricamente decisivo sólo para un fetichista epistemológico. De manera que la tarea de todo trabajo intelectual sería la de "articular las posibilidades de nulificación e iluminar y condenar la dominación de lo dado".³³

Asimismo, Fekete nos previene del peligro de caer en lo que Adorno ha denominado "pensamiento topológico", es decir, la categorización mecánica que "conoce el lugar de todo fenómeno y la esencia de ninguno"³⁴

Por último, El autor nos pone en alerta respecto al conocimiento alienado que transforma toda observación hecha desde una visión capitalista como un sistema dentro de un sistema, argumentando que el trabajo intelectual indispensable a llevar a cabo es de tipo crítico; habrá que negar, rechazar, subvertir todas las formas de dominación y explorar todas las opciones a la mano de una acción emancipadora, que resulte extratéticamente efectiva.

32 Ibid., p. 197.

33 Ibid., p. 202.

34 Loc. cit.

Veamos ahora otros intentos, ahora en el terreno hermenéutico, de definir y fijar el fenómeno literatura en la sociedad contemporánea.

LA TEORÍA INTERPRETATIVA DE GADAMER.

Hans-Georg Gadamer ha publicado el tratado más substancial sobre teoría hermenéutica en Alemania en lo que va del siglo. Su obra ha sido comparada con la Encyclopädie de Boeckh (Leipzig, 1877) y, el título, que algunos consideran irónico en mayor o menor medida, va precisamente dirigido contra la preocupación del siglo XIX por la verdad objetiva y por el método correcto. Contra esta preocupación, Gadamer arguye que no puede haber una metodología de la interpretación porque ésta no es, después de todo, una ciencia (Wissenschaft) cuyo fin sea el conocimiento objetivo y permanente. La verdad no puede residir, como lo pensaba Boeckh -entre tantos-, en un genuino reconocimiento del significado del autor, el reconocimiento de lo reconocido (das Erkennen des Erkannten), puesto que este ideal irrealizable e ingenuo pasa por alto que cada supuesto reconocimiento de un todo es realmente una visión nueva y diferente, en el cual la propia historicidad del intérprete es la diferencia específica. La historicidad de la comprensión (die Geschichtlichkeit des Verstehens) es lo que ha pasado por alto el siglo XIX. Ningún método puede trascender la propia historicidad del intérprete, y ninguna verdad puede trascender esta verdad central.³⁵

35 Wahrheit und Methode, Ed. Mohr, Tübingen, 1972, p. 31.

Lo nuevo en la teoría de Gadamer no es su tesis central, que ha sido adoptada ampliamente y probablemente tiene más seguidores que críticos, sino la manera en que presenta su visión, pues "introduce conceptos nuevos y da a las palabras usuales nuevos significados"³⁶

El libro empieza dando un detallado panorama crítico de las teorías críticas anteriores. Luego, basándose en el historicismo radical de Martin Heidegger, se opone a la Nueva Hermenéutica, a la Nueva Crítica y a la aún más reciente Crítica Mítica, las cuales impugnan la prerrogativa del autor a ser el determinante del significado textual. Gadamer, por el contrario, basa su antiintencionalismo parcialmente en la estética (como los Críticos Nuevos) y no en el inconsciente colectivo (como los Críticos Míticos), sino primariamente en las teorías de Heidegger.

Gadamer le debe gran parte del vocabulario y del contexto de su exposición a Heidegger, como lo confiesa él mismo: "La distancia en el tiempo sólo puede ser pensada en su productividad hermenéutica después de que Heidegger ha dotado de un sentido existencial a la idea de entendimiento".³⁷ Y acepta deber a Heidegger la adopción positiva del conocimiento históricamente distorsionado como algo real y fenoménico, en contraste con el pseudo-conocimiento académico que es abstracto y construido. A causa de la historicidad de nuestro ser, la rehabilitación de las condiciones originales de un texto es una empresa inútil. Lo que es rehabilitado a partir de un pasado extraño

36 David C. Hoy, The Critical Circle, University of California Press, Berkeley, 1978, p. 92.

37 Gadamer, Op. cit., p. 50.

no es el texto original. Por supuesto, en su continua e inevitable alienación, el texto tiene una existencia meramente secundaria.³⁸

Sin embargo, la nueva hermenéutica de Gadamer, aunque nos propone un reemplazo de la tradicional (arrasando prácticamente con Schleiermacher, Humboldt, Droysen, Boeckh, Steintal, Dilthey y Simmel), su proposición puede ser más destructiva en sus implicaciones que lo que él mismo supone, por lo que mencionaremos adelante.

En verdad, se cree que probablemente no haya otro crítico más preocupado por la naturaleza de nuestras interpretaciones en la actualidad. Sin duda la popularidad de Gadamer en años recientes se debe no poco a su postura radical sobre la naturaleza del entendimiento. En su obra Verdad y método, Gadamer ataca la vigencia de un método no sólo para el estudio y el análisis de la literatura, sino para llegar a la "verdad" de un texto. El "y" del título de su libro no debe ser interpretado en su sentido conjuntivo sino en el disyuntivo.³⁹ Aun cuando el blanco principal de su obra en este sentido es el método experimental de las ciencias naturales, el ataque de Gadamer al método es completamente aplicable al campo literario.

Para este autor, el método es algo que el sujeto aplica a un objeto para obtener un resultado específico. En el caso de las ciencias naturales, el resultado ha sido -erróneamente, según nos

38 Ibid., p. 159.

39 Holub, Robert C., Reception Theory, Methuen, London, 1984, p. 37.

dice él mismo- asociado con la verdad. La recurrencia a la hermenéutica tiene la intención de contrarrestar esta asociación perniciosa. Contra la tendencia de la ciencia moderna de absorber la reflexión hermenéutica en sí misma y hacerla útil a la ciencia, Gadamer propone la hermenéutica como una orientación correctiva y metacrítica para sobrepasar las limitaciones de todos los esfuerzos metodológicos.⁴⁰ Mientras que la hermenéutica en el pasado ha sido asociada con la exégesis, con la psicología de la comprensión (Friedrich Schleiermacher) con la metodología en las ciencias humanas (Wilhelm Dilthey), Gadamer reclama un estatuto universal para ella. El está interesado en explicar la comprensión (*Verstehen*) en sí, no en relación con una disciplina particular, sino como la esencia de nuestro ser en el mundo. En este sentido, su trabajo es considerado como un intento de mediar entre la filosofía y la ciencia al ir más lejos de "los horizontes restringidos de interés de la metodología teórica y científica".⁴¹

LA HEGEMONÍA DE LA CIENCIA

Las preocupaciones de Gadamer son, pues, filosóficas y ontológicas. Verdad y método introduce la hermenéutica no para entregar un método nuevo y mejorado, sino para cuestionar la metodología y su relación con la verdad (¿la "verdad"?). Para hacer posible a la hermenéutica este nuevo objetivo, Gadamer enlaza dos

40 Georg-Hans Gadamer, Philosophical Hermeneutics, University of California Press, Berkeley, 1976, p. 38.

41 Gadamer, Wahrheit... (epílogo), p. 514.

narrativas en su libro. La primera, que está influida fuertemente por M. Heidegger, nos habla de la tradición filosófica occidental en forma de una caída de la gracia y la posibilidad de una futura redención. El método científico, en tiempos precartesianos, no había llegado a manejar con destreza la idea de verdad. Sujeto y objeto, el ser y el pensar, no estaban claramente diferenciados como los estarían tiempo más tarde. Con el advenimiento del dualismo cartesiano, la enajenación del hombre moderno -la cual había sido reconocible mucho antes de Descartes- llegó a ser la piedra de toque de la filosofía occidental. La labor de la actividad especulativa, silenciosa al permanecer protegida por los mandarines culturales y sociales, desde el siglo XVII hasta nuestros días, ha sido la de esconder y justificar la alienación de la mente y de la materia, sujeto y objeto, al suministrar una base filosófica al método científico. La actividad científica, nos dice, siempre ha tenido algo de cartesiano en sí. Es el resultado de un método crítico que busca sólo permitir lo que no puede ser puesto en duda. En este contexto, la filosofía de Kant viene a proporcionar la "última apología epistemológica" para las ciencias naturales con su Critica de la Razón pura.

Para destacar la hegemonía del método científico de las ciencias naturales, Gadamer dedica la primera sección de su libro a la crítica de la Conciencia Estética. La exclusión del arte de "la verdad" y la reducción de la esfera estética al reino de las meras apariencias (Schein), así como los varios intentos de asociar o reasociar al arte y a la verdad son el resultado de la dominación del modelo epistemológico científico, el cual desacredita todas las

posibilidades de conocimiento que se encuentran fuera del nuevo método. El arte constituye así una esfera que sufre una marcada devaluación frente al método privilegiado; es también un área en la cual las deficiencias de ese método son flagrantemente visibles. El arte, por lo tanto, es precisamente el terreno de la filosofía que interesa más a Gadamer, puesto que al fin y al cabo lo que le preocupa es hacer evidente la oposición al método científico y narrar la ruptura de la tiranía de ese método.

LA HISTORIA DE LA HERMENEUTICA.

La segunda parte del libro de Gadamer tiene que ver con la historia de la hermenéutica. Para el autor, esta disciplina está generalmente asociada con la oposición al modo científico dominante del pensamiento. Gadamer opina que los orígenes de la hermenéutica están asociados a la preocupación por descubrir el correcto significado de los textos. Desde el inicio, la hermenéutica pretende revelar, a través de técnicas específicas, el significado original de los textos en ambas tradiciones, la literatura humanística y la Biblia. Su poder se llevaba a cabo en tres campos: subtilitas intelligendi (entendimiento), subtilitas explicandi (explicación) y subtilitas applicandi (aplicación).

Gadamer nos narra cómo los teóricos más importantes tratan de resolver el problema del entendimiento humano. Explica cómo cada uno de ellos es incapaz de desligarse del pensamiento "metodológico". Sin excepción, cada uno de estos exponentes recurre ilícitamente a la

objetividad y al conocimiento objetivo, reteniendo así la perniciosa dualidad sujeto-objeto inherente al método científico.

La resolución del dilema hermenéutico, dice, al igual que la resucitación de la filosofía occidental, involucra la superación Heideggeriana de un último obstáculo metafísico, la fenomenología de Husserl. Este último autor también consideró su filosofía como opuesta tanto al objetivismo como a la metafísica. Pero su crítica al objetivismo de las filosofías anteriores fue, según Gadamer, realmente "una continuación metodológica de las tendencias modernas". El proyecto de Heidegger, por el contrario, fue concebido como un "regreso a los pedruzcos de la filosofía moderna y la resucitación del argumento griego del "ser".

Las consecuencias de la reformulación de la inquisición filosófica son enormes para la hermenéutica.

Mientras que para la ciencia y el método científico la historicidad (el hecho de ser histórico, finito, temporal) ha sido un obstáculo para el ideal del conocimiento objetivo, éste ha sido transformado precisamente en el factor que permite el entendimiento. Al repensar el misterio del ser, Heidegger destruye la exigencia exclusiva de la ciencia a la verdad y enfoca el proyecto de la hermenéutica en la naturaleza siempre histórica del entendimiento.

Gadamer entiende su contribución a la hermenéutica como la continuación del replanteamiento existencial de Heidegger. Mientras que las teorías anteriores habían rechazado las ideas preconcebidas, Heidegger clama que es precisamente nuestro estar-en-el-mundo, con

sus prejuicios y presupuestos lo que hace posible el entendimiento. El prejuicio, puesto que pertenece a la realidad histórica en sí, no es un obstáculo para la comprensión, sino la condición de la posibilidad del mismo: lo que es necesario es la rehabilitación fundamental del concepto de prejuicio y un reconocimiento del hecho de que hay prejuicios legítimos, si queremos ser justos con el modo de ser histórico y finito del hombre.

HISTORIA DE LOS EFECTOS Y EL HORIZONTE DEL ENTENDIMIENTO.

De esta manera, en contraposición con la teoría hermenéutica anterior, la historicidad del intérprete no es una barrera para la comprensión. Una reflexión hermenéutica debe tomar en cuenta su propia historicidad (die eigene Geschichtlichkeit mitdenken).⁴² Sólo se tratará de una verdadera hermenéutica cuando demuestre la efectividad (Wirklichkeit) de la historia a entenderse a sí misma. Gadamer llama a este tipo de hermenéutica historia de los efectos (Wirkungsgeschichte) y, de esta manera, nos exhorta a una nueva conciencia histórica de los efectos que reconocerá lo que de hecho está ocurriendo cuando nos encontramos con el pasado.

Al aclarar lo que implica la situación hermenéutica, Gadamer dice que: "ésta representa una postura que limita la posibilidad de visión". Introduce, a estas alturas, un término de Husserl, el término de horizonte. El horizonte describe nuestra situación en el mundo, pero no debe ser concebido en términos de una situación fija o

42 Ibid, p. 267.

cerrada; por el contrario, es algo en lo cual nos movemos y lo cual se mueve con nosotros.⁴³ Puede también ser definido en referencia a los prejuicios que llevamos con nosotros en un cierto momento, ya que éstos representan un horizonte sobre el cual no podemos ver. El acto de comprensión es descrito por un término acuñado por Gadamer, que es la fusión del horizonte (Horizontverschmelzung) propio con el horizonte histórico. Gadamer concede que el término de un horizonte separado en sí para, digamos, un texto literario es ilusorio, puesto que no hay una línea que separe el horizonte pasado del presente.

Sin embargo, esta ilusión, este proyectar hacia un horizonte histórico, "es una fase necesaria en el proceso de comprensión"; es seguido inmediatamente por una conciencia histórica que recombina "lo que ha venido a distinguir, con el fin de ser uno consigo mismo de nuevo". De esta manera casi Hegeliana, al parecer el comprender es la conciencia histórica "tomando conciencia de sí misma".

LA APLICACION.

La actividad de concientización está conectada con lo que probablemente es la contribución más original de Gadamer a la hermenéutica moderna. Recurriendo a la hermenéutica oficial para este paradigma, Gadamer insiste en que cada interpretación es una aplicación (Anwendung). El restaurar el subtilitas applicandi a la hermenéutica sin embargo no es un mero gesto hacia la recapitulación de la función original de la empresa interpretativa; más bien por el

43 Ibid., p. 271.

contrario, es una afirmación y no consecuencia lógica de los principios desarrollados en relación con la concientización efectivo-histórica. Comprender significa aplicar en el presente: la verdad es que esta comprensión histórica siempre ha contenido la idea de que la tradición nos llega hasta nuestro presente y debe ser entendida en esta mediación precisamente como dicha mediación.

La Hermenéutica legal no es entonces en realidad un caso especial sino que está por el contrario conformada para restaurar los amplios horizontes del problema hermenéutico y de este modo recuperar la unidad anterior de la hermenéutica, en la cual tanto el jurista como el teólogo se encuentran mano a mano con el estudiante de humanidades.⁴⁴

La controversia alrededor del concepto de Gadamer de aplicación parece ser otro caso de terminología provocativa que nos lleva a una disputa innecesaria. Según Robert Holub,⁴⁵ la aplicación no debe ser entendida como una praxis en el sentido marxista, como el rendimiento de una proeza física. Esto no implica una imperceptible toma del texto y aplicación del mismo en una actividad del mundo real, más bien está relacionada con lo que Ingarden llama "conversión", una simple actualización o un hacer presente para el intérprete; en este sentido una comparación podría ser hecha entre el director de teatro que interpreta un libreto, el llevarlo a cabo y, por otro lado, la actividad del lector al entender el texto. También podría entenderse la aplicación, dentro del marco de la analogía central de Gadamer,

44 Ibid., p. 293.

45 Holub Op. cit., p. 48.

entre el proceso de comprensión y el diálogo cuando nos enfrentamos a un texto, de acuerdo con este modelo entramos en conversación con un pasado en el cual el toma y da, las preguntas y las respuestas involucradas en una apertura hacia el otro extremo nos lleva a la comprensión. La aplicación entonces puede ser descrita como una mediación "entre el entonces y el ahora, entre el tú y el yo."⁴⁶ Visto como una concreción o mediación, el concepto de aplicación pierde un tanto su atracción original, y Gadamer en su recuperación del sentido perdido de la hermenéutica resulta ser mucho menos radical de lo que parece en una primera aproximación. Autores como Wieacker afirman que no puede haber la necesaria continuidad de tradición para influir o condicionar al lector a emitir respuesta o juicio "apropiados"⁴⁷ y que la aplicación no necesariamente estará presente en cada interpretación. Eagleton no puede evitar preguntarse en qué tradición está pensando Gadamer y a quién pertenece. Y afirma que su teoría sólo se podría sostener "suponiendo -enorme suposición- que en efecto existe una 'sola corriente central' en la tradición (...), que todas las obras 'válidas' participan en ella, que la historia constituye un continuo ininterrumpido, libre de ruptura, contradicción o conflicto decisivos, y que los prejuicios que 'nosotros' (¿quién?) hemos heredado de la 'tradición' deben ser celosamente preservados".⁴⁸ Gadamer supone que la historia es un lugar donde 'nosotros' nos sentimos como en nuestra casa, que la obra del pasado ahondará (no veo por qué no habría de diezmarla) nuestra comprensión actual, y que

46 Gadamer, Wahrheit..., p. 298.

47 Citado por Hoy, op. cit. p. 102.

48 Op. cit., p. 93.

lo extraño es ocultamente familiar. Eagleton acusa a la teoría de Gadamer de ser "excesivamente complaciente",⁴⁹ de proyectar hacia el mundo un gran número de puntos de vista para los cuales arte significa los monumentos clásicos de "la rancia tradición alemana". A su parecer, Gadamer se fija poco en la historia y la tradición como fuerzas a la vez liberadoras y opresoras, como territorios desgarrados por conflictos y por el afán de dominio. Debería, de esta manera, mirar a la historia más como un campo de lucha, discontinuidad y exclusión, y no como una cadena continua, como un gran "club de quienes opinan igual". En el cuerpo teórico de Gadamer, habrá que someterse a la autoridad inglexible de La Tradición, y existen pocas posibilidades de retar a "esa autoridad"; nos es imposible dudar de la "bondad de su influjo".⁵⁰

Gadamer rehusa igualmente reconocer que el discurso está siempre adherido a un poder que dista mucho de ser benigno, y el discurso donde más palpablemente parece desconocer este hecho es el suyo.⁵¹

El principal problema del libro de Gadamer es que trata cuestiones muy generales. Describe la actividad de comprensión en general y no propone una filosofía epistemológica de la ciencia o una lógica de explicación científica. Igualmente nos deja sin haber propuesto un método; nos habla sólo de una metodología general.⁵² A Gadamer se lo ha acusado repetidamente de caer en un relativismo

49 Loc. cit.

50 Ibid., p. 94.

51 Loc. cit.

52 Hoy, op. cit., p. 53.

histórico muy serio, que no se puede pasar por alto. "El texto", nos dice, "solamente toma existencia real en el diálogo con el intérprete y la situación de éste es una condición importante para entender el texto" (!).⁵³ El subjetivismo en que cae en pasajes como éste es difícil de aceptar en el marco riguroso en que encuadra su teoría. Se lo acusa igualmente de haber transplantado a su sistema una cierta pasividad heideggeriana. El texto nos "hablará" correctamente si le dirigimos las preguntas correctas, nos "hablará" de nosotros y de la historia, lo cual no será "abandonar nuestra casa", sino "volver a ella".

El problema de los enfoques hermenéuticos en general es que presuponen la creencia fundamental de que la historicidad es la auténtica "esencia" del hombre (tiende asimismo a concentrarse en obras del pasado); para aquéllos que no lo crean así, los argumentos hermenéuticos vendrán a ser menos efectivos.⁵⁴ Las dudas que suscita nacen principalmente de esta perspectiva. Habrá que agregar incluso que con el propósito de tener un conocimiento desinteresado, objetivo, de la intención y significado del texto original, el observador debería suspender sus intereses propios, todos, su historicidad, por un momento. Algunos autores proponen, con el fin de escapar al relativismo histórico de la hermenéutica, que se reconozca la historicidad de la interpretación y al mismo tiempo que se promueva un concepto regulativo *ideal* de verdad respaldado por una

53 *Wahrheit...*, pp. 372-373.

54 Oskar Becker, mencionado por Hoy, *op. cit.*, p. 103.

comunidad real de investigadores.⁵⁵ Se ha argüido igualmente que Gadamer presupone condiciones implícitas de propiedad, así como valores concretos; esto trae problemas cuando desplaza su atención de la filología al entendimiento social e histórico, que es parte de su teoría hermenéutica de Verstehen. De esta manera, juzgan su hermenéutica mínimo como normativa, si no como reaccionaria, al enfatizar el papel que debe jugar la comunidad intersubjetiva de interpretación y especialmente la tradición.⁵⁶ La "verdad" sería, entonces, la interpretación consensual de una comunidad ideal de intérpretes. Según esta teoría, la verdad no sería la representación de la cosa misma, sino una función de acuerdo social (?).

Es propio de esta posición tradicional suponer que las obras literarias constituyen una unidad orgánica. El método hermenéutico busca encajar cada elemento de un texto dentro de un todo redondeado, mediante un proceso que recibe el nombre de "circulo hermenéutico": las características individuales son inteligibles en función de todo el contexto, el cual resulta inteligible a través de las características individuales. Por lo general, la hermenéutica no considera la posibilidad de que las obras literarias puedan ser difusas, incompletas e internamente contradictorias, aun cuando haya muchas razones para suponer que lo sean.

Uno de los problemas principales de la obra de Gadamer es, como hemos mencionado, su carácter teórico (de por sí no siempre

55 Karl-Otto Apel, mencionado por Hoy, ibid., p. 108.

56 Para mayores detalles sobre la crítica de sus conceptos y metodología, ver a Hirsch, E. D., Validity in Interpretation, Yale University Press, New Haven, 1967, p. 245 y ss.

consistente), su discusión metodológica, en un nivel abstracto y filosófico, si ndetenerse mayormente en el aspecto de método, es decir, el aspecto práctico de cómo leer un libro, con qué criterio debatir acerca de los distintos enfoques interpretativos. Los diversos críticos de su obra, al intentar aplicar sus principios generales en situaciones concretas encuentran muchos contrasentidos. La hermenéutica, creada para la interpretación de textos, con el fin de no caer en generalidades, en un relativismo, un normativismo o en un discurso potencialmente nihilista, debe estar vinculada estrechamente al aspecto práctico.

Finalmente, si bien su hermenéutica ve la historia como un diálogo viviente entre el presente, el pasado y el futuro, no parece darse cuenta del gran problema ideológico que se encuentra detrás de esa postura, puesto que el interminable diálogo de la historia es, como todos lo sabemos, un monólogo continuo en el que exclusivamente los poderosos hablan a aquéllos que están desprovistos de poder; en caso de darse un diálogo, no lo es de ninguna manera en condiciones iguales.

LA VALIDEZ DE LA INTERPRETACION. LA HERMENEUTICA DE E.D. HIRSCH.

La teoría hermenéutica tradicional del siglo XIX (Schleiermacher, Dilthey) considera la comprensión como un proceso de reconstrucción psicológica. El objeto a ser comprendido es el significado original de un texto que ha llegado a nuestras manos del pasado, de un pasado que ya no es accesible a nosotros de manera

inmediata. La reconstrucción, que sólo puede llevarse a cabo si se construye un puente entre el pasado y el presente y entre el texto y el intérprete, es supuestamente sólo psicológica cuando dicho puente consiste en las relaciones de dos personas: el autor y el lector. Para Dilthey, por ejemplo, el texto es la "expresión" (Ausdruck) de los pensamientos y las intenciones del autor; el lector-intérprete debe, así, transponerse en el horizonte del autor de manera que pueda revivir el acto creativo. El lazo esencial entre el autor y el lector -se dice-, sin importar cuán grande sea la diferencia temporal, es una humanidad común⁵⁷ o, si se prefiere, una base psicológica común o una conciencia genérica, que constituye el fundamento de una habilidad intuitiva que nos permite empatizar con otras personas.⁵⁸

La teoría hermenéutica que utiliza la noción de la reconstrucción psicológica continúa teniendo una fuerte vigencia en nuestros días. Incluso la corriente humanística que tiene como objetivo el de proporcionar una descripción de la personalidad y la mente de "los grandes hombres", así como la interpretación literaria que inmiscuye la biografía del autor e incluso la historia literaria tradicional que muestra los antecedentes y las fuentes que han influido en su pensamiento, implícitamente tienden a presuponer la teoría en cuestión.

57 Habría que ir tomando nota de la vaga terminología romántica empleada en este terreno.

58 Véase esta consideración también en "Hermeneutik als praktische Philosophie" de Hans-Georg Gadamer, en Zur Rehabilitierung der praktischen Philosophie, Vol. I, (ed.) M. Riedel, Freiburg, 1972, p. 334.

En el discurso de todos los días, en el cual las palabras sirven a otros propósitos que los que aparecen manifiestamente, el significado del hablante está determinado no sólo por el contenido de sus declaraciones, sino también por su intención de llevar a cabo alguna acción. El significado del autor parece, así, ser el terreno apropiado para explicar el significado de un texto literario. Sin embargo, las dificultades empiezan cuando hay que aclarar las nociones de "significado" y de "intención". El lenguaje literario es mucho menos ordinario que el discurso cotidiano, y su análisis nos proporciona un número adicional de preguntas en relación a una estética filosófica.

El ensayo "La falacia intencional" de William Wimsatt y Monroy Beardsley es considerado como el manifiesto fundamental del New Criticism angloamericano⁵⁹. Estos críticos, recusando implícitamente la noción de intención, argumentan que la mayor falacia se encuentra en la inferencia que se vale de la intención del autor como criterio para establecer el significado de los textos literarios. Recientemente E. D. Hirsch ha intentado defender un nuevo intencionalismo con base en su tesis sobre una nueva validez en la interpretación.⁶⁰ Su intento de basar filosóficamente la noción de intención recurre a la idea fenomenológica de intencionalidad desarrollada por Edmund Husserl.

59 W. K. Wimsatt, Jr., The Verbal Icon: Studies in the Meaning of Poetry, Noonday Press, New York, 1966.

60 En Validity in Interpretation, Yale University Press, New Haven, 1967.

La suposición de Hirsch es la siguiente: la interpretación práctica va a ser modificada, y para siempre, al justificar irrefutablemente la recurrencia a las actitudes y creencias del autor sobre su obra.

En un primer paso, Hirsch se deshace del autor de carne y hueso diciendo que todo lenguaje escrito es siempre independiente del plano subjetivo y personal que atañe al escritor, sus ideas y sus sentimientos, si bien se debe evitar el extremo opuesto, según el cual lo que diga el autor no es pertinente sino lo que tenga que decir el crítico acerca de su propia lectura del texto, pues si se suponía que el texto debía representar el punto de vista de alguien y si no era el del escritor, debía ser entonces el del crítico; éste usurpó, así, el papel de intérprete principal. Nos dice que el significado del texto cambia, incluso para el autor, desde un punto de vista histórico, de una época a otra y, psicológicamente, de una lectura a otra; existen aquellos escritores que incluso son incapaces de explicar su propio texto y en ocasiones se vuelven en contra de él para repudiarlo, como es el caso de Schelling. Aquí puntualiza Hirsch que habrá que distinguir entre significado (meaning) y significancia o relevancia (significance). El primero es lo representado por el texto; lo segundo designa la relación entre el significado y una persona, una concepción o una situación. De esta manera, lo que puede cambiar para los lectores no es el significado sino su relación con este mismo en los diferentes contextos. El autor, por su lado, como cualquier otra persona puede cambiar sus opiniones, preferencias o gustos. Así las cosas, lo que viene a experimentar un cambio es la relación que se tiene con el significado y no el significado mismo.

Este equívoco, nos dice, ha sido la fuente de una enorme confusión en la teoría hermenéutica.

Agrega luego que lo que un autor quiere decir no importa, sólo lo que diga su texto. Desde esta postura, la validez de la interpretación no es lo mismo que la inventiva de la interpretación; el primer término implica una interpretación del significado que está representado en el texto, mientras que el segundo, por el contrario, interpreta la relevancia.

Sin embargo, aquí nos enfrentamos al gran problema de esta teoría. ¿Quién será el encargado de decidir cuál es "el significado" de una obra dada? El autor mismo puede comunicarnos lo que trató de decirnos sin que este significado pueda claramente ser encontrado. Probablemente habría que recurrir al concepto del consenso público. Sin embargo, si este fuera unánime, no encontraríamos en ningún momento las dudas ni problemas de interpretación que nos asaltan y así, no sería necesaria la hermenéutica. El consenso, pues, no existe, y sería un error erigir un concepto normativo "estable" que sería, una vez más, una imposición, temporal además. En último término, "el significado público de un texto no es sino, más o menos, los sentidos que el público llega a establecer como verdaderos a partir del texto",⁶¹ nos da Hirsch como endeble respuesta.

El texto, por otro lado, en verdad no existe ni siquiera como una secuencia de palabras hasta que no ha sido construido por una lectura; hasta entonces, se trata meramente de una secuencia de

61 E. D. Hirsch, op. cit., p. 13, los subrayados son míos.

signos. Incluso en este primitivo nivel, los signos pueden ser interpretados de diferente manera y no es sino hasta que lo son que el texto nos "dice" algo.

Asimismo, puntualiza Hirsch, la intención del autor es a fin de cuentas inaccesible y habrá que cuidarse de no caer en el error de confundir un acto público (el lenguaje), con un acto privado (el pensamiento de un escritor). De esta manera, incluso si pudiéramos entrevistar al autor, podríamos aún argumentar: "Sí, ya veo que el autor quiso decir esto, pero lo que nos comunica ahora en persona es una opinión personal y no una pública". Se necesita tan sólo mencionar los llamados "significados inconscientes" para convencernos. El autor, por lo demás, frecuentemente no sabe lo que nos dice a través de su escrito. Ya Platón mismo argüía que los poetas no eran capaces de explicar algunos de los pasajes de sus propias obras, por poco elaborados que estuvieran. En una palabra: hay una diferencia entre el significado y la conciencia de ese significado. Y si bien la mayoría de los autores creen en la accesibilidad de su significado verbal -de lo contrario no escribirían-, ni él mismo ni el intérprete podrán jamás estar seguros de que la comunicación ha ocurrido u ocurrirá ni de qué manera. Recordemos, además, que el significado de un autor cambia incluso para él mismo. Así las cosas, "ni siquiera el autor puede reproducir su significado original porque nada puede traer de nuevo su experiencia original".⁶² Y Hirsch agrega: "Ya que la certeza genuina en la interpretación es imposible, el fin de una disciplina en este

62 Ibid., p. 17.

campo debe ser el buscar un consenso (?), basándonos en el hecho de que el significado correcto ha sido alcanzado probablemente".

Ya en estos argumentos, la debilidad de la teoría de Hirsch es patente. Pero sigamos: una vez que ha hecho a un lado al autor viviente para dejar como único objeto de estudio al texto mismo y a un creador "objetivo", "detenido" en la obra, que se "transluce" a través de ella, ¿qué sucede?

Ante la proliferación de lecturas y aproximaciones al texto, Hirsch trata de sobrepasar el escepticismo acerca de una correcta interpretación, intentando restaurar la intención del autor, que sí puede ser localizada, sobre todo si "se cuenta con la buena voluntad de los críticos y lectores" (!).⁶³ Es, así, que él, como tantos críticos, se ocupa en reafirmar la necesidad de objetividad en la interpretación con el fin de presentar una obra con límites al público en general. Enfrentado al peligro del escepticismo, su postura tal vez sea demasiado extrema en el sentido inverso. Habría que cuidarse de ser objetivo y no objetivista. Los intérpretes, al parecer, se hallan muy ocupados de que su interpretación sea aceptable para tantos lectores como sea posible. Se trata de tener la interpretación correcta en el bolsillo. El objetivismo teórico insiste, de raíz, en que hay un significado invariable que "debe" ser la meta de cada interpretación. Esto nos hace pensar que, mínimamente, hay algunas explicaciones de textos que son más verdaderas que otras. Y el hecho de que surjan continuamente nuevas interpretaciones hace las cosas más difíciles. Hirsch llega a un alto

63 Ibid., p. 54.

grado de dogmatismo al argüir que "no puede haber objetividad a menos que el significado sea invariable".⁶⁴ Esto debería evitar ese cúmulo de nuevos métodos y corrientes de interpretación que él llama "la Babel de las interpretaciones".⁶⁵ El significado del texto -que será lo que denomina el tipo intencionado (willed type)⁶⁶ -lo que el autor ha tenido la intención de decir)- es autoidéntico, determinado y reproducible, es decir, comunicable, no privado). El especialista llegará un día a discernir este significado, que es invariable y determinado, totalmente "neutro" e "impoluto" para los fines normativos del intérprete o para sus perspectivas sobre la importancia de la obra. En estas condiciones solamente, dice, se puede hablar de la validez de la interpretación. Sólo entonces.

Hace asimismo énfasis, más adelante, en la distinción entre entender (subtilitas intelligendi) e interpretar (subtilitas explicandi). El primer proceso, el de entendimiento, se refiere a la construcción del significado del texto, en sus propios términos, por parte del intérprete, mientras que el segundo se refiere a la explicación de este significado, al sentido, tal vez en diferentes términos que los utilizados en el texto, pero más familiares para el intérprete y su público.

Estos dos términos deben ser diferenciados de fases posteriores del proceso interpretativo como el juicio y la crítica, pues los dos primeros, en su terreno particular, tienen en común el significado

64 Ibid., p. 214.

65 Ibid., p. 127.

66 Ibid., p. 66.

del texto per se. A decir del propio Hirsch, la posibilidad de un válido entendimiento del texto se encuentra en las filosofías hermenéuticas de Heidegger y Gadamer. Ya a estas alturas nos encontramos con muchas dificultades, pues, mientras Hirsch encuentra que la distinción entre los fenómenos de entendimiento e interpretación es casi intuitivamente obvia y necesaria, otros la encontrarían mucho menos evidente. Llega más adelante a aceptar que en casi todo comentario casero de textos literarios, las cuatro funciones (entendimiento, interpretación, juicio y crítica) están presentes y son difícilmente discernibles entre sí. Los dos procesos primeros (entender e interpretar) casi siempre están mezclados. Hirsch tiene la seguridad de que un entendimiento "objetivo" es necesario porque a su parecer debe haber una estructura común de la que las diferentes interpretaciones partan (?). La verdad, empero, nos dice D.C. Hoy sobre esto, es que "no podríamos replantear los significados de un texto en diferentes términos a menos que lo hubiésemos ya entendido en los propios" y en relación a nuestra circunstancia, a nuestra individualidad. La idea de Hirsch de llegar a entender el texto en 'sus propios términos' puede parecer un ideal, incluso uno inalcanzable".⁶⁷ Es imposible reestablecer lo que quiso decir un autor, simplemente porque, aun cuando su intención fuera alcanzable, las condiciones culturales de su época deben pasar por mi cabeza, por mi propio lenguaje y por mis marcos de referencia cultural.⁶⁸

67 Hoy, op. cit., p. 65.

68 Observación de Eagleton, op. cit., p. 90.

Esta postura seguramente sería considerada por Hirsch como un "escepticismo extremo sin buena voluntad", que él deplora. Sin embargo, el error más grande que comete es el de pretender que el sentido de una obra sea uno solo, determinado e inmutable. El alega que esto es así, apoyándose en su noción de significado intencionado y que dicho significado es reproducible, es decir, compartible y determinado. Esto último no puede significar una definitividad o precisión absolutas, puesto que el mismo Hirsch admite que el significado puede ser determinado pero es ambiguo.⁶⁹

Desafortunadamente, la prueba de la posibilidad de un comentario objetivo y válido, según la teoría de Hirsch, gira sobre la idea de la determinación del significado, y la prueba de este último depende del primero. Esta circularidad hace necesario examinar más cuidadosamente sus términos. Hirsch se ocupa largamente de combatir la teoría de la autonomía semántica con el fin de establecer la intención del autor como el principal criterio de interpretación.

Así, al tratar de "entender" el texto, "los intérpretes deben estar completamente subordinados (subservient) a la voluntad del autor (?), porque el sentido de su discurso es el sentido que quiere entregar"⁷⁰ El crítico presupone claramente la teoría de sentido que conecta éste con la voluntad de un agente psicológico. Esta postura lo pone en oposición con las teorías crítico-literarias y epistemológicas que niegan tal conexión íntima entre la intención y el sentido; su postura en estos días es muy difícil de sostener.

69 Hirsch, op. cit., p. 39.

70 Ibid., p. 142.

Hirsch llega al punto extremo de decir que el "sentido es un asunto de conciencia, no de palabras".⁷¹ Para él, el significado verbal es "todo aquello que alguien ha querido transmitir por medio de una secuencia particular de signos lingüísticos y que puede ser transmitido (compartido) por medio de esos signos lingüísticos".⁷² Las palabras "todo aquello" dificultan la cuestión, pues la dejan completamente abierta. "Todo aquello" queda contrastado con los signos lingüísticos llamados palabras; de esta manera, se debe tomar como algo distinto de las palabras, incluso lingüísticamente independiente o neutral, ya que para Hirsch el significado del discurso central es determinante por la inferencia de las intenciones del hablante(!).⁷³

Hirsch nos dice más adelante que el significado verbal es de "tipo voluntario", es decir, un "sentido completo" que es voluntario y que puede incluir subsentidos conscientes o subconscientes. Un tipo, explica en el apéndice, es un "objeto neutral" o una idea. Y aún más, la idea expresada es el "género intrínseco" de este enunciado. Este "género intrínseco" es un término clave en la teoría de Hirsch y denomina ese significado que sigue siendo el mismo a pesar de la posibilidad de variación en el arreglo o selección de las palabras particulares en el enunciado. Sin embargo, el definir este término es imposible, pues esconde un círculo vicioso: el género es el propósito de una persona, lo que desea o intenta comunicar. En

71 Ibid., p. 59.

72 Ibid., p. 142.

73 Ibid., p. 4.

este caso se trata de una idea. Pero la "idea", nos dice, no debe ser interpretada demasiado general o abstractamente, pues es inherente al enunciado y es, así, lo que conforma el género intrínseco del enunciado.⁷⁴ Hirsch no toma en cuenta que nuestro conocimiento de las ideas no es independiente del lenguaje, sino que por el contrario depende de nuestra posesión del mismo.⁷⁵

Las palabras no pueden adquirir el significado a partir de las intenciones del hablante sino que tienen un significado autónomo. De lo contrario no enfrentaríamos ningún problema en este terreno.

Básicamente, entonces, el énfasis en la idea de que el único criterio a seguir es la intención del autor, no cambia en nada las cosas puesto que -haciendo a un lado el cuestionamiento de por qué la intención del autor deberá contar- ésta no puede ser llevada, en ningún momento, a un terreno seguro.

Nada de este campo de validez y falsificación nos lleva a pensar que, como Hirsch concluye, solamente hay un sentido del texto y, por lo tanto, una sola comprensión del mismo.

Eagleton nos comenta que el objeto de esta vigilancia es proteger la propiedad privada.⁷⁶ Hirsch opina que pertenece al autor el significado que tuvo en mente y que el lector no debe robarlo ni

74 Observación hecha por Hoy, *op. cit.*, p. 20.

75 Eagleton nos dice que creer que el significado consiste de 1) palabras y de 2) un acto de querer o intentar, sería como creer que siempre que abro a propósito la puerta, mientras la abro realizo silenciosamente el acto de querer, *op. cit.*, p. 88.

76 *Ibid.*, p. 89.

violarlo; concede que su punto de vista es realmente muy arbitrario, pero que sin este criterio nos quedaríamos sin norma de interpretación (situación a evitar a toda costa).

"La defensa que hace Hirsch del significado autorial", nos dice Eagleton, "se parece a ciertas defensas de derechos sobre tierras que comienzan remontándose al origen legal de la herencia a través de los siglos y terminan reconociendo que, si se retrocede lo suficiente, se ve que los títulos de propiedad se ganaron porque alguien peleó por ellos.⁷⁷

De este modo, el nuevo intencionalismo de Hirsh no nos aporta ninguna consecuencia práctica. Por el contrario, puede provocar un endurecimiento en las creencias de los críticos acerca de la corrección de su propia lectura del texto y el excluir otras posibles.

77 Loc. cit.

UNA NUEVA APROXIMACION: LA TEORIA DE LA RECEPCION.

La metodología propuesta por Gadamer ha encontrado una oposición importante entre los críticos, como ya hemos brevemente mencionado. Esto en sí no resultaría tan significativo y actual de no ser porque su hermenéutica filosófica ha servido de base para una nueva área de investigación de la teoría literaria: la teoría de la recepción.

Desde un principio, empero, se encuentra en estos nuevos terrenos el absurdo de la integración equivocada de un injerto mal entendido. Los términos -muy útiles para esta nueva corriente- de horizonte de expectativas (Erwartungshorizont) y de historia de los efectos (Wirkungsgeschichte) se encuentran concebidos, en el cuerpo teórico de Gadamer, en un nivel más abstracto y filosófico. Los teóricos de la recepción, una y otra vez, usan estos vocablos en un contexto práctico y, al leer sus trabajos, se llega a tener la sensación de que el impacto de sus teorías es verdaderamente el resultado de un malentendido. Aun cuando se pueda argumentar que la metodología siempre se encuentra implicada en cualquier definición de hermenéutica, Gadamer mismo no estaría de acuerdo.

Gadamer en su libro sólo habla de una teoría filosófica de la naturaleza del entendimiento, y su hermenéutica no entraña ningún método particular de crítica práctica. Al venirse tomando prestada su hermenéutica, lo que se lleva a cabo es la implementación precaria de

unos métodos armados al vapor por unos críticos entusiastas necesitados de una audaz metodología.¹

Sin embargo, es de suponerse que cualquier teoría crítica que enfatice el sentido y su recepción, más que la intención psicológica y su génesis, vendrá a tener una mayor afinidad con la tradición hermenéutica de Heidegger y Gadamer. Algunos críticos, tales como Emil Staiger y Hans Robert Jauss, estarían así más directamente vinculados a ella que otros, como los norteamericanos Stanley Fish y Harold Bloom por ejemplo quienes, a pesar de sus desviaciones, también se valieron de esta fuente extraña para encontrar los fundamentos teóricos de los cuerpos críticos que implementan.

Una de las controversias centrales de los hermeneutas alemanes contemporáneos ha sido el papel asignado a la tradición en la obra de Gadamer. La mayoría de los teóricos ha objetado su recurso de apelar a "lo clásico" para ejemplificar su historia de los efectos. Si bien es cierto que "lo clásico" para Gadamer es simplemente aquello que ha sido preservado porque "es digno de ser preservado", los críticos en general lo han acusado justamente de utilizar un término "que conlleva una serie de valores ideológicos, así como entraña las relaciones de poder inherentes en cualquier texto socialmente mediatizado o en el intercambio social".²

Otro reproche dirigido a Gadamer es el siguiente: puesto que el lenguaje por sí solo no es un instrumento neutro, su modelo

1 Grimm, Günter, Rezeptionsgeschichte: Grundlegung einer Theorie, Fink, München, 1977, p. 42.

2 Robert Holub, op. cit., p. 46.

dialógico, su comunicación ideal entre el pasado y el presente como "conversación entre dos hablantes", es tanto una distorsión de lo que realmente ocurre en la comprensión como un recurso ideológico que sirve para ofuscar las relaciones sociales concretas en las que se lleva a cabo la comunicación.³

Gadamer no se ha visto del todo desconcertado al enfrentar estas críticas; sin embargo, ha fracasado en integrar una perspectiva social en el cuadro teórico general, y esto sigue siendo la debilidad principal de su obra. Al igual que Heidegger, Gadamer parece admitir la historicidad sólo en un plano teórico abstracto. Günter Grimm nos comenta que Gadamer, al analizar textos concretos -un poema de Rilke, por ejemplo-, el término potencialmente radical de "estar-en-el-mundo" (in-der-Welt-sein) resulta insignificante; el autor nos entrega una crítica filosófica cercana a la más ahistórica lectura del New Criticism, por ejemplo.⁴

LOS PRECURSORES

Leo Löwenthal, por su lado, aboga por una aproximación que explore más eficientemente las características psicosociales de las estructuras sociales, basándose en el psicoanálisis freudiano. Es consciente, sin embargo, de que la experiencia humana está profundamente preconditionada, por lo que el análisis de la recepción de la obra de un autor implica una comprensión del proceso vital (Lebensprozess) de una sociedad. La literatura interactúa con la

3 Grimm Günter, *loc. cit.*

4 *Ibid.*, p. 44.

sociedad de una manera sedante: en ciertos grupos sociales, viene a satisfacer necesidades psicológicas que, de lo contrario, amenazarían el orden social. Así, el estudio de la recepción y del consumo de la literatura no tendría que ver sólo con el problema literario, sino que igualmente contribuiría a analizar una sociedad dada, puesto que examinaría "factores que, más allá del simple aparato de poder, ejercen funciones socialmente conservadoras que retardan toda erupción a través de su poder psíquico".⁵ Admite, asimismo, que no sería dialéctico reducir la función del arte a su papel en la pacificación ideológica y psicológica, y nos dice que al lado de estas características, también intrínsecas al arte, se encuentra la resistencia a la sociedad. El estudio de la recepción, de esta manera, conlleva una fuerza condicionada social y psicológicamente; tanto una ideología como una resistencia a la misma, tanto la gratificación de necesidades como el desplazamiento de la gratificación.

No obstante, una teoría de la recepción no sólo debería incluir los aspectos sociológicos, psicológicos e ideológicos, sino reflejar los problemas básicos de la historiografía. Así lo han dejado entender Hans Robert Jauss y otros exponentes de la escuela de Constanza. Los autores que preconizan esta postura han igualmente afirmado que el estudio de la recepción debería estar íntimamente ligado a la escritura de la historia: por qué un autor gana celebridad, cómo se perpetúa esta última en los distintos periodos,

5 Palabras de Löwenthal, citadas por Peter Hohendahl, en Sozialgeschichte und Wirkungsästhetik, Athenäum, Frankfurt, 1974, p. 74.

qué factores incrementan o disminuyen una reputación; todas estas interrogantes incumben al historiador tanto como al sociólogo o al psicólogo.

El crítico germano Julian Hirsch, aunque hace ya tiempo, se aplicó a la tarea de examinar cómo y por qué surge socialmente un juicio que inscribe a un cierto autor en el libro de los elegidos por "la fama".⁶ La manera en que expone el problema, de entrada, es ya radical con respecto a sus predecesores, ya que hasta entonces este ámbito era tratado desde el punto de vista individual: ¿Cómo un determinado sujeto gana reconocimiento y qué efectos tiene en su tiempo y en el futuro? La diferencia entre estas ópticas resulta radical, puesto que la interrogante tradicional plantea que hay respuestas objetivas, que la eminencia del individuo es un hecho objetivo y que el individuo en sí es el que determina el efecto; Hirsch, por el contrario, afirma que las condiciones que dan origen al efecto son precisamente las que determinan la eminencia del individuo. Se cambia, así, el énfasis del objeto (el individuo famoso) hacia el sujeto (el grupo de personas que le entregan la fama). De esta manera, en vez de caer en la trampa de un objetivismo engañoso, se enfrenta el problema directamente, desde un punto de vista teórico-receptivo, enfrentando los aspectos ideológicos.

El libro de Julian Hirsch ha sido retomado y ha influido considerablemente en los grupos de teóricos de la recepción.⁷ La fama

6 Julian Hirsch, Die Genesis des Ruhmes. Ein Beitrag zur Methodenlehre der Geschichte, Barth, Leipzig, 1963.

7 La primera edición de su obra data de 1914.

para Hirsch involucra, pues, el reconocimiento de las masas, las instituciones que contribuyen al reconocimiento oficial de la "eminencia" en cuestión ocupan un primer lugar: las escuelas, la prensa, las revistas especializadas. Y no sólo vienen a conformar las opiniones y los puntos de vista, sino que, en algunos casos, si un grupo de inconformes intenta expresar su discrepancia, será agredido por adoptar posturas fuera de "la norma". Para ilustrar este punto, el autor utiliza el ejemplo de un caso aparentemente inexpugnable: Shakespeare. El sujeto: un alumno insignificante, cualquiera. Durante todos los años de su enseñanza el sujeto recibe un entrenamiento consistente: Shakespeare es el más grande escritor de la lengua inglesa y uno de los mejores que la humanidad haya producido, al lado de Homero, Goethe, Cervantes, Bocaccio. Lo ha leído, además, en los periódicos y en las revistas, no es un engaño ni es un ardid escolar. El genio del escritor y su dominio de la técnica dramática se comentan por doquier. El sujeto difícilmente podrá suponer que exista una postura distinta al respecto; escapar a la vasta tradición de entusiasmo por Shakespeare es casi imposible, se llama sedición. Si una postura contraria fuera expresada sería tratada por los expertos como un sacrilegio.

De esta manera, Julian Hirsch nos muestra que el efecto de una obra o de un individuo es inseparable de la historia de su efecto y que son las condiciones sociales las que predeterminan el impacto y nuestro juicio. Demuestra, a la vez, que nuestros juicios sobre los individuos en el pasado se basan en un aspecto fenomenológico: se nos presentan según "parecen ser" ("deben ser", diría yo), y no según la manera en que son. Por ello, propone presentar, al lado de la

biografía de un hombre, una fenografía (Phänographik), es decir, el estudio del individuo en tanto que fenómeno, con el fin de poder ver más objetivamente su posición en la cultura. Es lo que más tarde (aunque sin la fuerte carga ideológica) Gadamer llamará historia de los efectos.

Levin Schücking más recientemente postula, por su lado, que más que la fama de los individuos, el centro de cualquier investigación sobre la recepción debe estar en el gusto.⁸ El autor entiende por gusto una receptibilidad para el arte, que no es una cualidad constante o un órgano universal, sino algo que va alterándose con el tiempo, de cultura a cultura, incluso en el seno de una sociedad dada. Tiene que ver con lo que él llama Zeitgeist (el espíritu del tiempo), el cual es responsable no sólo de la evaluación y, en algunos casos, de la canonización de obras y autores, sino también de la literatura escrita en esos tiempos. La tarea principal del perito literario sería, pues, la historia del gusto (Geschmacksgeschichte), de la formación del gusto (Geschmacksbildung). Una de las contribuciones centrales de Schucking tiene que ver con la pregunta: ¿cómo se puede determinar el gusto dominante en un período dado? Para responder a esta interrogante, introduce el término de estrato portador de la cultura (Kulturtragende Schicht), que estaría llevando a cabo las funciones de propagar los tipos portadores del gusto (Geschmacksträgertypen).⁹ El arte dependería finalmente de estos propagadores y su habilidad de imponerse dependería del grado de

8 Schücking, The Sociology of Literary Taste, Routledge and Kegan Paul, London, 1966. Su libro fue publicado por primera vez en 1931.

9 Ibid., p. 88.

poder que puedan ejercitar en el interior de la estructura social. Ellos son precisamente los que dominan el "mecanismo de la vida artística". El autor analiza posteriormente los medios -no sólo materiales (una editorial, la posesión de los medios masivos de comunicación, etc.), sino también de los medios "no materiales", de los que se vale esta institución.

Lo importante de este tipo de análisis preconizado por Schücking es el exponer el hecho de que todo, incluso lo que será heredado por nosotros como "el gusto de las épocas antiguas", "lo clásico", es sólo la elección de un pequeño grupo; de esta manera, lo que viene a canonizarse es la selección de unos individuos dados que se encuentran en una posición de poder. En palabras de Schücking: "no es lo bueno lo que se impone en la tradición; más bien es aquello que, por una razón u otra, logra pasar el tamiz de estos grupos lo que se considerará como bueno".¹⁰ De este modo, el autor afirma que lo que debe encontrarse en el centro del microscopio literario son las relaciones de poder en una sociedad.

Los trabajos de Löwenthal, Julian Hirsch y Schücking pasaron desapercibidos en el torbellino de las guerras mundiales y no es sino hasta los años sesenta cuando son retomados como alternativas a los métodos de análisis caducos por aquéllos que promueven un renacimiento de la sociología de la literatura y, más específicamente, de la sociología de los lectores.

10 Ibid., p.58.

LOS PRINCIPALES TEÓRICOS DE LA TEORÍA DE LA RECEPCIÓN LITERARIA.

Hans Robert Jauss.

Jauss surge a la luz internacional con su ya famosa conferencia "Literaturgeschichte als Provokation",¹¹ cuya intención "es la de chocar, la de anunciar una revolución en ciernes, la de proclamar el fin del ancien régime de la institución literaria".¹²

Los estudios literarios se han llevado a cabo, según Jauss, en dos direcciones. Por un lado, encontramos una serie de metodologías literarias que, como respuesta a la crisis de la historiografía, adopta principios que hacen problemática la escritura de la historia literaria. Al manipular erróneamente los métodos de las ciencias naturales, ese "positivismo" ha tratado las obras literarias como si fueran consecuencias de causas verificables y medibles. La reacción a ese positivismo literario en Alemania, die Geistesgeschichte (literalmente: historia del espíritu o de las ideas) resultó igualmente incapaz de conciliar la historia con la literatura. "La historia de las ideas tomó a la literatura (Dichtung), opuso la explicación causal de la historia a la estética de la creación irracional y buscó la coherencia de ésta en la recurrencia de ideas y motivos atemporales."¹³

11 Suhrkamp, Frankfurt, 1970, p. 7.

12 Bürger, Peter, Theorie der Avantgarde, Suhrkamp, Frankfurt, 1974, p. 136.

13 Jauss, op. cit., p. 9.

Por otro lado, las historias literarias actuales, escritas bajo la égida de tales metodologías han sido criticadas por su inadecuación teórica. Para evitar la crónica banal de fechas y obras, esta segunda alternativa elige entre organizar el canon literario en tendencias generales, géneros, etc., u ocuparse sólo de los autores principales por bloques. Ninguna tiene éxito: termina siendo una historia de la cultura con ejemplos literarios.

Al considerar el problema de la historiografía literaria desde otro punto de vista, el del intento de fusionar historia y estética, Jauss opone dos metodologías adversarias: el marxismo y el formalismo. Para el autor, el marxismo es una práctica literaria caduca, que pertenece a un paradigma esencialmente historicista-positivista; critica el término de reflejo (*Widerspielung*) en su mencionada conferencia, tachándolo de regresivo e idealista, culpando a Georg Lukacs y Lucien Goldmann de considerar a la literatura sólo como un pasivo espejo del mundo exterior. Opina que son más importantes, en este contexto, los resultados que una aproximación de este tipo puede arrojar, aplicada a los efectos y a la recepción.

Los formalistas, por otro lado, han introducido la concepción estética como una herramienta teórica para explicar una obra. Sin embargo, ve Jauss un gran freno en la tendencia de esta corriente hacia una estética del arte por el arte. Aun cuando logran entresacar un concepto de evolución, son incapaces de conectar esta evolución literaria con desarrollos históricos más generales.

La labor de una nueva historia literaria sería la de fundir exitosamente la corriente marxista y la formalista. Esto es posible

si se rescata la exigencia marxista de una mediación histórica y si se utilizan los avances formalistas en el terreno de la percepción estética. La encrucijada en donde, a su entender, se vienen a encontrar estas dos corrientes es la "estética de la recepción", nombre que le da a la teoría que él mismo formuló en los años sesenta. La literatura debe ser tratada como un proceso dialéctico de producción y recepción. Jauss utiliza el marxismo en el terreno histórico al insertar la literatura en procesos más profundos; el formalismo al colocar la obra literaria en el centro de su investigación. De esta manera, la literatura estará convertida en un significativo puente de mediación entre presente y pasado.

Uno de los términos que utiliza en la conformación de su cuerpo teórico es el de horizonte de expectativas (Erwartungshorizont), término utilizado anteriormente por Husserl, Heidegger, Karl Popper, Karl Mannheim y, en el terreno literario, por Gadamer, por lo que resulta un tanto cuanto vago y habría sido necesario, a nuestro parecer, redefinirlo antes de utilizarlo, cosa que Jauss no hace. Tras el vigoroso empiezo de su carrera con su "Provokation", Jauss se pierde en las siguientes publicaciones en cuestiones técnicas y en advertencias para evitar la caída en análisis psicológicos y, contra sus intenciones hermenéuticas, procede con un modelo objetivista, tomando la lingüística del texto como herramienta.¹⁴

El encuadre estructural de su teoría, se puede observar, es consistente, y debería contribuir con interesantes observaciones. Sin embargo, Jauss viene a circunscribirse exclusivamente a problemas

14 Robert Hulob, op. cit., p. 57.

domésticos de la literatura, sin separarse de ellos ni sacar deducciones en planos menos triviales. Más adelante, en los años setenta, se vale también de la lingüística estructural para apuntalar su teoría, sin que ello pueda tampoco rebasar un terreno trivial, doméstico. Posteriormente se mueve hacia lo que él llama "estética de la negatividad", hacia el placer del texto (Textgenuss), tomando una posición al lado de Barthes, aunque con sus pequeños matices, y hacia la experiencia estética productiva o "poiesis".¹⁵

Sin embargo, la obra de Jauss se puede percibir como una reversión general de sus hipótesis iniciales acerca de la recepción eliminando o alterando parte de las afirmaciones más cuestionables. Su obra ha provocado una fuerte reacción por parte de los autores germano orientales, quienes critican esta corriente como un subterfugio burgués que preconiza una supuesta libertad del lector en el enajenado mundo capitalista.¹⁶

Reinhold Viehoff.

Este crítico es uno de los estudiosos que ha demostrado la distancia entre lo ideal y lo real en las expectativas literarias críticas a través de una batería de análisis estadísticos y el agrupamiento de resultados, objetivando de esta manera el concepto de

15 Ibid., p. 58.

16 Véase a este respecto el excelente artículo de Karlheinz Barck "Crítica del problema de la recepción en las concepciones burguesas de la literatura", incluido en la compilación de ensayos sobre la teoría de la recepción titulado En busca del texto, compilado por Dietrich Rall, UNAM, México, 1987.

"horizonte de expectativas".¹⁷ En el proceso, Viehoff "descubre" que la categoría de Jauss es de dudosa valía. El modelo ideal que Jauss propone deja de lado, a su parecer, la dimensión extraestética, mientras que la evidencia reunida indica que esta dimensión determina las expectativas de un número significativo de críticos. De igual manera, la distancia estética que Jauss había postulado como el criterio para la evaluación pierde su validez si seguimos las conclusiones extraídas de este estudio, ya que el horizonte se muestra demasiado diferenciado para el tipo de medidas que Jauss propone.

Günter Grimm, por su lado, al comentar los resultados de campo de estas teorías, habla de la pretendida competencia que las variedades de la teoría de la recepción pretenden mantener frente a las teorías más orientadas hacia la hermenéutica, y cita a Norbert Groeben, quien afirma que el cambio en el paradigma de Jauss no tiene que ver con un desplazamiento que parte del modelo inmanente del New Criticism o del formalismo hacia las teorías de la recepción efectivas y funcionales, sino un cambio que se aparta de todos los esquemas hermenéuticos hacia una investigación basada en lo empírico.¹⁸

Wolfgang Iser.

La popularidad de la obra de Iser también está determinada - ¿cómo podría ser de otro modo?- por factores culturales generales que

17 Mencionado por Robert Holub, *op. cit.*, p. 97.

18 Grimm, *op. cit.*, p.137.

coinciden en ese momento. Iser escribe su primer trabajo, Die Appellstruktur der Texte, en 1970. Se trata originalmente, al igual que la Provokation de Jauss, de una conferencia que se llevó a cabo en la universidad de Konstanz. El impacto de su plática no fue, por cierto, tan intenso como el de Jauss, pero dio a conocer a su autor como uno de los más destacados teóricos de la "Escuela de Constanza". Su obra teóricamente más consistente apareció en 1976, bajo el título de El acto de leer. Teoría del efecto estético.¹⁹ Al igual que el trabajo posterior de Jauss, esta obra no levantó tanta controversia como el primer escrito, menos acabado, aunque más explosivo.

Las diferencias entre ambos autores, sin embargo, son muchas, aun cuando ambos se ocupan de la constitución de una teoría literaria que ponga énfasis no en el autor de la obra ni en esta misma, sino en la relación entre texto y lector. Sus ángulos de aproximación son, igualmente, muy distintos. Jauss se ocupa de una teoría de la recepción a través de la historia literaria; Iser -especializado en literatura inglesa- parte de las orientaciones del New Criticism y de la teoría narrativa. Jauss se respalda al principio en la hermenéutica y está fuertemente influido por Hans-Georg Gadamer; el impacto de Iser, por otro lado, lo ha constituido la fenomenología. Iser adopta el modelo básico de la obra de Roman Ingarden, así como un número de conceptos claves. Más tarde, al igual que él, Jauss se orienta hacia problemas de una naturaleza social e histórica. El examen que Jauss hace de la experiencia histórica, por ejemplo, se desarrolla de manera que las obras principales tienen esencialmente

19 Der Akt des Lesens. Theorie ästhetischer Wirkung. Fink, München 1976.

una función ilustrativa. Iser, sin embargo, se ocupa básicamente del texto individual y cómo se relacionan con él los lectores. Los factores históricos y sociales no se encuentran fuera de su campo de estudio, pero éstos se hallan subordinados o incorporados a consideraciones textuales. De esta manera, bien se puede decir que Jauss se ocupa del macrocosmos de la recepción, mientras que Iser se ocupa del microcosmos de la recepción.²⁰

Lo que le interesa a Iser sobre todo es encontrar la respuesta a la pregunta de cómo y bajo qué condiciones un texto tiene sentido para el lector. Al contrario de la interpretación tradicional, que trata de elucidar un sentido escondido en el texto, él propone considerar a éste como el resultado de una interacción entre el texto y el lector "como un efecto que se experimenta", no como un "objeto a ser definido".²¹

Iser considera que la obra literaria no es ni completamente el texto ni completamente la subjetividad del lector, sino una combinación de los dos. Traza, así, tres terrenos de estudio: 1) el texto en su potencialidad de permitir y manipular la producción de sentido (al igual que Ingarden, Iser considera el texto como un esqueleto de aspectos esquematizados que deben ser actualizados o concretados por el lector); 2) la investigación sobre el procesamiento del texto por el lector (se toman en cuenta muy especialmente las imágenes que se forman cuando se intenta construir un objeto estético cohesivo y consistente), y 3) la vuelta hacia el

20 Holub, Robert, op.cit., p. 104.

21 Iser, op. cit., p. 10.

aspecto comunicativo de la literatura para examinar las condiciones que provocan y gobiernan la interacción del texto-lector.

Al tomar en cuenta estas tres áreas, Iser espera aclarar no solamente cómo se produce el significado, sino también qué efectos tiene la literatura sobre el lector.

Con este fin, introduce términos adaptados o simplemente transplantados de otras teorías. En este sentido, el término más controvertido probablemente es el de lector implícito (impliziter Leser).²² Iser trata, con iguales dificultades, de dar cuenta de la presencia del lector sin tener que vérselas con lectores reales o empíricos, con lectores abstractos cuyos caracteres han sido determinados con antelación -como el superlector de Michael Riffaterre o el lector informal de Stanley Fish. Iser está, así, buscando un "modelo trascendental",²³ lo que podría igualmente ser llamado un "lector fenomenológico que incorpore todas las presuposiciones necesarias para que una obra literaria ejercite su efecto, a la vez que impida la interferencia empírica".²⁴

Al excluir al lector real y cualquier presuposición, sin embargo, Iser con frecuencia se acerca peligrosamente a definir su entidad en términos puramente literarios.²⁵ Llega, así, a decir que su concepto es "una estructura textual que anticipa la presencia de

22 Véase Link, Hannelore, Rezeptionsforschung: Eine Einführung in Methoden und Probleme, Kohlhammer, Stuttgart, 1977, p. 50.

23 Iser, op. cit., p.33.

24 Ibid., p. 34.

25 Hannelore Link, op. cit., p. 50.

un receptor sin necesidad de definirlo".²⁶ Sin embargo, es claro que si el lector implícito es solamente textual, resulta difícil diferenciarlo de lo que él llama "la estructura apelativa" (die Appellstruktur)²⁷ de una obra literaria, y llamarlo un "lector" no tendría mucho sentido. La funcionalidad equívoca de este concepto, como "estructura textual" y como "acto estructurado", es pues esencial si el término debe trascender el significado puramente inmanente. La introducción de esta definición dual dificulta las cosas. El definir el vocablo de esta manera le permite moverse ampliamente del texto al lector sin clarificar nunca ni la composición ni la contribución de cada una de las partes de esta mancuerna. El término de lector implícito puede evidenciar más que una sofisticación de tipo heurístico una falta de rigor, tal como sus oponentes han argumentado.

Más adelante, Iser toma como base el acto ilocutorio descrito en la teoría de los actos de habla (speech-act) de Austin y Searle. Nos dice que el acto del habla es un proceso que se realiza directamente, puesto que el emisor y el receptor comparten las mismas convenciones y procedimientos y este último comprende el significado por medio del contexto situacional. Menciona, sin embargo, que los textos literarios requieren de la resolución de numerosas indeterminantes; para estos textos, por definición, no pueden existir tales marcos de

26 Iser, op. cit., p. 34.

27 La estructura apelativa sería "la indeterminación, en el texto, que activa las ideas de un lector, determinándolo a un tiempo, para que se lleve a cabo la coejecución de la intención que yace en el texto" ("Die Appellstruktur der Texte", en Rezeptionsästhetik, Warning (ed.), Fink, München, 1975, p. 230. Este texto se encuentra igualmente en En busca del texto, compilado por Dietrich Rall.

referencia directos. Por el contrario, el lector debe primeramente descubrir por sí mismo el código que subyace en el texto ya que sólo así podrá llegar a extraer el significado. Como resultado de ello, las convenciones están fuera de sus contextos sociales, privadas de sus funciones reguladoras, y de esta manera se convierten en sujeto de escrutinio en sí. La literatura nos viene a decir algo de la realidad al ordenar sus convenciones de tal manera que éstas se conviertan en objetos de nuestra reflexión. Iser llama a este conjunto de convenciones "el repertorio del texto", que es el "territorio familiar" en el cual el texto y el lector se encuentran para iniciar la comunicación a través del repertorio, el texto literario reorganiza normas sociales y culturales, así como tradiciones literarias. Sin embargo, todo ello es "una reacción a los sistemas de pensamiento", pues la literatura maneja las posibilidades que "están excluidas del sistema", dándole la posibilidad a los lectores de "ver lo que normalmente no pueden ver en el proceso ordinario de todos los días".²⁸

Iser introduce también el término de estrategias, que son las estructuras que subyacen las técnicas superficiales y les permiten causar un efecto. La función de estas estrategias es la de "desfamiliarizar" lo familiar. Las divide en principales y secundarias, en tema y horizonte. Las dos primeras se refieren simplemente a las estrategias que saltan a la vista y que se mantienen en el contexto general. El segundo par tiene que ver con la selección desde múltiples perspectivas en un texto: la actitud del

28 Iser, Der Akt..., p. 54.

lector está condicionada por el horizonte establecido por lecturas pasadas y por otras perspectivas. La tensión entre tema y horizonte crea un "mecanismo que regula la percepción" aunque, advierte, el significado último del texto trasciende necesariamente cualquier perspectiva individual. Iser menciona que se podría constituir una "tipología en varias de las constelaciones de tema y horizonte. En el siglo pasado, por ejemplo, se encuentran más frecuentemente lo que él llama arreglos "seriales" y "de muestra", estructuras que impiden una orientación segura al cortar constantemente cualquier perspectiva o línea guía. Hannelore Fink nos dice, sin embargo, que las estructuras seriales que Iser identifica en el Ulises de Joyce y en el nouveau roman aceleran la alternación de tema y horizonte a tal grado que la referencia misma se vuelve problemática.²⁹ Las distintas aplicaciones de los arreglos de tema y horizonte, por lo tanto, representan estrategias textuales que ordenan -aun cuando su fin sea el de desorientar- las percepciones del lector sobre los elementos del repertorio, permitiendo la producción de un objeto estético apropiado.

Iser y su aproximación fenomenológica a la lectura.

Con el fin de complementar el repertorio y las estrategias que constituyen un modelo funcionalista de un texto literario, Iser desarrolla una fenomenología de la lectura. Introduce para ello el término ancilar de "punto de vista variable", concebido para describir la manera en la que el lector está en el texto, con el fin de sobrepasar la relación de lector externo-texto. Adopta entonces el

29 H. Link, op. cit. p. 53.

concepto de dialéctica de la protensión y la retención de Husserl para referirse a las expectativas modificadas y a los recuerdos transformados que van conformando el proceso de lectura: cuando leemos un texto, continuamente evaluamos y percibimos eventos en relación a nuestras expectativas para el futuro y contra el contexto del pasado. Un suceso inesperado nos hará reformular nuestras expectativas de acuerdo con este suceso y reinterpretar la relevancia que hemos atribuido a lo que ya ha sucedido. El punto de vista variable permite al lector, así, viajar a través del texto, descubriendo la multiplicidad de perspectivas interconectadas que se abren cuando hay una conexión entre ellas.³⁰

Al confrontar los diferentes signos del texto, los lectores tratan de establecer conexiones entre ellos que vayan dando coherencia a su actividad. Este proceso Iser lo llama construcción de consistencia. Los lectores tratarán de ir formando configuraciones (Gestalten) en el proceso de participación, en la producción de sentido. Si ocurre algo que vaya en contraposición con una configuración imaginada, el lector tratará de reacomodar las configuraciones de manera consistente a través de una serie de revisiones. La dialéctica entre la creación y ruptura de ilusiones, así como la oscilación relativa entre participación y observación son primordiales para la constitución de un objeto estético, así como dan cuenta de la experiencia del texto como un "evento vivo". Incluso si el intento del texto es el negar una consistencia -como es el caso de algunas novelas contemporáneas-, el lector aplicado a la producción

30 Iser, op. cit., p. 118.

de sentido llegará a esta conclusión sólo por medio del principio de construcción de consistencia.

Iser incursiona igualmente en un segundo terreno en relación con el proceso de lectura: la actividad de producción de imágenes. Al leer, el sujeto está continua e inconscientemente construyendo imágenes en un proceso que Iser ha llamado síntesis pasiva. Estas imágenes deben ser distinguidas de las percepciones que tenemos al enfrentarnos a una actividad empírica, puesto que la imagen trasciende lo sensorial. Se trata de algo que acompaña la lectura, algo aún no conceptualizado. Aquí el autor hace una clara diferencia entre las palabras percepción (Wahrnehmung) e ideación o imaginación (Vorstellung: literalmente, colocación frente a sí). La primera ocurre sólo cuando un objeto se halla presente y puede ser percibido, la segunda presupone la ausencia o no existencia de un objeto. El leer involucra un proceso de imaginación puesto que el lector debe producir el objeto (colocarlo frente a sí), generalmente concebido como un mundo sugerido por los aspectos esquematizados del texto. De la misma manera, las imágenes son producidas y rechazadas, son modificadas y reconstruidas en un proceso temporal complejo. El sentido, como producto final de este proceso, consiste, así, en la síntesis de varias fases, y puesto que las imágenes nunca pueden ser duplicadas exactamente, aquél nunca resulta ser el mismo. Según Iser, cuando nos apropiamos de una experiencia extraña basada en un texto, simultáneamente estamos respaldándonos en experiencias personales previas. Al asimilar la otra, la extraña, nos enajenamos de nosotros mismos. "La división, entonces, no se encuentra entre el sujeto y el

objeto, sino entre el sujeto y él mismo".³¹ El aportar este nuevo sentido "extraño" debería ser más bien considerado como parte de una conciencia hasta entonces no identificada. Entendida de esta manera, la lectura en realidad efectúa una agudización de la autoconciencia que se desarrolla en este proceso. Y es esta consecuencia terapéutica, casi psicoanalítica, de nuestro encuentro con el texto lo que Iser considera importante en tanto que producción de sentido.³² Esto permite al lector no sólo una totalidad que emerge de la interacción con las perspectivas textuales, sino que, al formular esta totalidad, nos vemos capacitados para formularnos a nosotros mismos y descubrir así un mundo interior que hasta entonces no había sido observado conscientemente. A estas alturas de su obra, Iser deja de analizar el proceso de lectura y el texto desde un punto de vista fenomenológico y funcional para volverse hacia la estructura comunicativa de la ficción. En la comunicación entre el lector y la obra literaria, hay dos desviaciones de la norma (tomando como punto de partida la comunicación entre dos individuos que tratan de llegar a un entendimiento). Primeramente, el lector es incapaz de comprobar si su comprensión del texto es correcta; en segundo lugar, no hay un contexto regulativo entre texto y lector para establecer la intención. Este contexto debe ser construido por el lector a partir de indicios o señales del texto. El texto ejerce un cierto control sobre el diálogo y la manera en que lo hace es uno de los más importantes aspectos de este singular proceso de comunicación: por medio de una función de regulación central constituida por los

31 Ibid., p. 140.

32 Ibid., p. 141.

espacios en blanco (Leerstellen). Iser nunca nos explica claramente, por cierto, lo que son estos espacios en blanco. Se tiende a pensar que esta falta de definición es intencional porque ha respondido a una crítica sobre la categoría indiferenciada de indeterminación (Unbestimmtheit) diciendo que tal categoría es extremadamente indiferenciada y "definirla la eliminaría en tanto que una universal que determina la comunciación".³³

El espacio en blanco debe ser llenado por el lector con el fin de unir los segmentos inconexos. El unir estos segmentos constituye precisamente lo que él llama un campo visual para el punto de vista variable. Este campo de referencia (que es la unidad mínima de organización en el proceso de comprensión, contiene segmentos que estructuralmente tienen el mismo valor, y su confrontación produce una tensión que debe ser resuelta por la reconstrucción del lector. Uno de los segmentos debe ocupar el primer plano, mientras que los otros deben ser secundarios. La resolución de esta tensión, según Iser, es igualmente llenar un espacio en blanco más, ya que el lector debe completar un encuadre abstracto para lograr este ordenamiento de segmentos. Una vez establecida una estructura determinada, los espacios volverán a aparecer, pero en el nivel de tema y horizonte. Los espacios en blanco o conexiones suspendidas en el texto y los vacíos o segmentos no temáticos en el campo de referencia del punto de vista variable trazan un rumbo para la lectura del texto al organizar la participación del lector por medio de la estructura de

³³ Iser, "Im Lichte der Kritik", en Rezeptionsästhetik: Theorie und Praxis, (ed.) Rainer Warning, Fink, München, 1977, p. 335. Este artículo se encuentra en español también en En busca del texto.

sus posiciones cambiantes. A un mismo tiempo impelen al lector a completar la estructura y, con ello, producir un objeto estético. La línea de espacios en blanco y vacíos permanece en el eje sintagmático y delinea el sendero en el texto. Sin embargo, al llenar los espacios, el lector adquiere una perspectiva desde la cual las normas sociales aceptadas por él o prevalecientes en su sociedad vienen a aparecer obsoletas o inválidas. Cuando esto ocurre, se lleva a cabo una negación.

Las negaciones no están marcadas en el texto, sino que más bien surgen de la interacción entre las señales textuales y las configuraciones producidas por el lector. Iser ve la calidad autorreflexiva de la prosa de Beckett como una perfecta ilustración de la utilización de las negaciones primarias y secundarias. La invalidación total de todas las imágenes construidas durante el proceso de lectura tiene como resultado el de llamar nuestra atención hacia la actividad misma de la comunicación en la que se está inserto. Las negaciones y los espacios en blanco son, así, los vehículos fundamentales por medio de los cuales la comunicación se lleva a cabo. En cierto sentido, nos dice, se puede comparar esta enmarcación con un doble no formulado de un texto formulado.

A lo largo de El acto de la lectura, nos encontramos con un lector competente y culto que, muy a pesar de Iser, está predeterminado tanto por su carácter como por su situación histórica. Su lector debe incluso estar a tono con las normas sociales y literarias del día.³⁴

34 Holub, op. cit., p. 100.

El lector debe igualmente ser un paradigma liberal, puesto que sólo que éste trate de deshacerse de "desviaciones" ideológicas podrá llegar a una lectura correcta: "entre más entregado esté el lector a una posición ideológica, menos inclinado se verá a aceptar la estructura de comprensión básica de tema y horizonte que regula la interacción texto-lector. No le permitirá a sus normas llegar a convertirse en temas, porque como tales se encuentran automáticamente abiertas a la vista crítica inherente en las posiciones virtualizadas que conforman el contexto..."³⁵

La entrega a una posición social impide de esta manera un entendimiento apropiado. El objeto de la lectura de los textos modernos, tales como los de Joyce y Beckett, sería permitir la asimilación de la "apertura del mundo" en la mente consciente del lector. Así, en palabras de Grimm, al incluir a la literatura postilustrada en un molde ilustrado, Iser empapa el modernismo de una mezcla de moralidad más congenial con las tradiciones liberales de la academia.

El haber abrazado un punto de vista liberal, sin embargo, no significa por mucho que Iser haya purgado su teoría de otras inclinaciones. La aserción misma de que los prejuicios son un obstáculo más bien que un factor que favorezca el entendimiento sería -para Gadamer por ejemplo- un punto bastante debatible. El promover un lector "sin prejuicios" no sólo resulta un escandaloso prejuicio en sí, sino una concepción por lo demás ingenua con respecto a las determinantes sociales. La línea entre el conocimiento y el interés

35 Iser, Der Akt..., p. 160.

nunca ha sido trazada (ni podría serlo) desde una posición idealista y "desinteresada" ("desinteresada" con respecto a qué).

Iser depende igualmente de un cierto tipo de texto y de reacción para su modelo. Una obra literaria exitosa, por ejemplo, no debería presentar sus elementos de manera muy obvia, de lo contrario su lector perdería de inmediato el interés. Se tiene la impresión, así, de que el autor está (o debe estar) manipulando furtivamente las reacciones del lector con fines terapéuticos o de ilustración. Parece imposible deducir, por otro lado, que el texto de Iser funcione como otra cosa que como una negación de las normas. Apenas encontraremos lo "ya familiar", se nos deja entender, la literatura se transformará en algo árido, en algo mecánico. De igual manera, no se puede estar del todo de acuerdo con él cuando, paradójicamente, nos dice que "el goce del lector empieza cuando éste empieza a ser productivo".³⁶ Una aseveración de este tipo parece ser un contrasentido en su sistema, puesto que nos ha venido diciendo que el lector siempre es productivo -¿cómo podría dejar de serlo, si él está construyendo y corrigiendo ininterrumpidamente el sentido de la obra?-. Este comentario sería, lo menos, un comentario discriminatorio hacia las formas de literatura y cultura popular que no exigen gran esfuerzo del consumidor.

Al modelo de Iser se lo ha culpado, al igual que la Crítica del juicio de Kant, de vacilar entre la presentación normativa y la proyección utópica; se dice que tal vez el problema se origine en la

36 Ibid., p. 108.

adopción de un punto de vista ahistórico y fenomenológico.³⁷ Al concebir la relación texto-lector en términos de conceptos constantes o atemporales, excluye Iser una integración de información histórica que no sea superficial o desmembrada. En el momento en que se aventura a hacer observaciones evaluativas o discutir textos actuales, la consecuencia es frecuentemente un cúmulo de inconsistencias.³⁸ Cuando quiere hablar de literatura y de normas literarias en términos históricos, su fenomenología se lo impide. La separación de los eternos conceptos de texto, lectura e interacción de sus contenidos históricos repite así un esquema familiar de filosofía idealista. De esta manera, nos vemos enfrentados a un modelo que se apoya en cualidades textuales como espacios en blanco y vacíos y con la reacción de un lector que es el producto de un desempeño abstracto.

Igualmente se ha culpado a Iser de entregarnos un análisis del texto en términos de sus indeterminaciones o con conjeturas sobre cómo un lector ideal es afectado, cómo lee o analiza las distintas estrategias autoriales o textuales. Holub llega a decir que el encontrar indeterminaciones en el texto o el elucidar cómo pueden salvarse éstas, no distingue mucho a Iser de las actividades de los críticos tradicionales que buscan la ambigüedad, la paradoja o la ironía. Y afirma que especular sobre las reacciones de los lectores que van llenando "vacíos" conlleva apenas un poco más que la

37 Zimmermann, Bernhard, Literaturrezeption im historischen Prozess: Zur Theorie einer Rezeptionsgeschichte der Literatur, Beck, München, 1977, p. 46.

38 Loc. cit.

interpretación del texto. El proyecto de Iser, al ser aplicado en un análisis, seguiría estando dentro de los límites de la crítica del texto,³⁹ Holub cita a Wallace Martin, quien afirma que Iser es un aliado más de los que desean revitalizar las afirmaciones fundamentales del New Criticism.⁴⁰

La adopción de un numeroso cuerpo de términos, tomados de las más distintas disciplinas, desde la teoría de sistemas hasta el existencialismo, ha sido criticada por sufrir de las mismas inconsistencias de las que hemos venido hablando a todo lo largo de este trabajo; esta adopción parecería servir tan sólo para evitar el rastreo de su relación estrecha con el New Criticism. Además, una vez que Iser ha definido un conjunto de términos y que procede a estudiar el texto con ayuda de otro costal de vocablos, no es del todo evidente que éstos puedan relacionarse tan sencillamente, incluso algunos parecen coincidir o traslaparse.

Igualmente se dice que las doctrinas del yo unificado y del texto cerrado se encuentran subrepticamente en la base de la aparente apertura de gran parte de la teoría de la recepción en general. Si bien el lector tiene la libertad de leer su texto como quiera, esta libertad va acompañada de rigurosas advertencias: el lector debe construir el texto a fin de darle una consistencia (?) interna. El modelo de lectura de Iser es funcionalista de manera radical: es necesario colocar las partes coherentemente en un todo (cosa que nos recuerda la teoría Gestalt en psicología: la búsqueda

39 Holub, op.cit., p. 106.

40 Loc. cit.

en un todo inteligible de percepciones inconexas). Esta pretensión es tan cuestionable y discutible como cualquier otra. De esta manera, no haría ninguna falta el lector en acción para suponer que las obras deben (o no deben) constituir unidades armoniosas. Con el fin de conseguir llevar al público a aceptar la manipulación de las obras de esta manera, se requieren no pocos conflictos sugerentes y choques de significado "mañosamente" procesados por la crítica literaria.⁴¹

Las indeterminaciones del texto no nos "obligan" a tomarlas en un sentido o en otro. Iser, sin embargo, supone (utilizando por lo demás un término reveladoramente autoritario:) que deben ser "normalizadas", a fin de que alcancen un sentido sólidamente estructurado. Abiertamente propone "reducir" el potencial polisemántico a cierto tipo de orden. Parecería que se está hablando aquí de una terapia de lectura "autocorrectiva".⁴²

Las objeciones más serias a la teoría de Iser, sin embargo, están situadas en el área de la determinación y la indeterminación. El centro de su proposición teórica es en sí el problema de la producción de sentido, quién o qué es responsable de ésta y hasta qué punto se encuentran los límites de dicha producción. La respuesta se halla enclavada, por desgracia, entre estos dos vocablos oscuros. El objetivismo afirmaría probablemente que sólo hay una manera de determinar el sentido: identificarlo con la intención del autor; sin embargo, ya hemos visto anteriormente que por este conducto no se hallará una salida; el subjetivismo por su parte nos diría que el

41 Eagleton, op. cit., p. 103.

42 Eagleton, loc. cit.

sentido es por completo el producto de la mente del lector individual. Iser intenta matenerse en una posición intermedia, alegando que el texto permite diferentes interpretaciones, pero restringe las posibilidades. El significado del texto se ve, entonces, como una entidad constituida por el lector bajo la guía de las instrucciones textuales. De esta manera, los lectores son aparentemente libres de concretizar de diferentes maneras o de crear distintos sentidos.

Por otro lado, Iser parece retractarse un tanto respecto a la libertad que ha concedido. Define, así, el sentido como "el lugar de encuentro (Treffpunkt) de las diferentes perspectivas narrativas".⁴³ Le pide más adelante a su lector que descubra el patrón subyacente en las conexiones que se encuentra entre los espacios en blanco, para impedir lo que llama la contribución "subjativa".⁴⁴ Más adelante, al hablar del "sentido indeterminado", sugiere que éste pertenece al texto más que al lector. Esta inconsistencia puede salvarse más o menos si tomamos en cuenta la afirmación que ha hecho de que las perspectivas, las estructuras y los segmentos son el resultado de la actividad del lector. Pero, si este es el caso, la determinación de estos elementos no podría ser de ninguna manera algo inherente al texto, sino algo que ya se inscribe en el terreno de la interacción entre el texto y el lector. Incluso si se justifican estos errores, resulta difícil entender lo que Iser quiere decir cuando escribe

43 Iser, Der Akt..., p. 35.

44 Ibid., p. 88.

acerca del "mensaje" de una obra,⁴⁵ o el "sentido último del texto".⁴⁶ Parece ser que Iser ha venido a cambiar la indeterminación que se encontraba en la construcción de sentido hacia el nivel potencial del texto, como nos lo afirma Bernhard Zimmermann.⁴⁷

Las cosas se van volviendo más inseguras conforme avanzamos. Llega el momento en que se nos dice que las "instrucciones para la producción de sentido" pueden ser en efecto "verificadas", aunque sólo sea desde un punto de vista subjetivo o, como él gusta de llamarlo, intersubjetivo. Así, llega el momento en su teoría en que no se puede realizar un paso en la interpretación o en el análisis estando sujetos al criterio de un solo elemento determinado.⁴⁸

Stanley Fish, en su aguerrido artículo contra Iser, afirma que la distinción entre determinación e indeterminación es pertinente sólo si se concibe como una distinción que existe en el texto, es decir algo que puede ser percibido de una manera no mediatizada. Arguye que, puesto que cada encuentro con el mundo -sea éste la "realidad" o el "texto"- conlleva convenciones de percepción, la determinación y la indeterminación vienen a ser categorías irrelevantes. No puede haber indeterminación porque no hay manera de que el lector pueda colocarse fuera de sus suposiciones con el fin de no verse atado a las posibilidades construidas en un sistema de

45 Ibid., p. 61.

46 Ibid., p. 70.

47 Bernard Z., op. cit., p. 57.

48 Stanley Fish, "Why no one's afraid of Wolfgang Iser", Diacritics, vol. 11, no. 1, 1981.

inteligibilidad. Por ello mismo, la determinación no es una designación significativa ya que toda la creación de significado depende de la "subjetividad" del lector, que opera dentro de las convenciones. Afirma que el modelo de Iser podría llevarse a cabo haciendo la distinción entre los elementos del texto y las contribuciones del lector. Igualmente está convencido de que lo que vemos o entendemos ha sido ya determinado por una perspectiva previa que nos permite ver y entender. El sistema de Iser, asegura, se halla basado en una premisa errónea.

Sin embargo, a pesar de sus inclinaciones "liberales" y la inconsistencia en su argumentación, Iser es, al lado de Jauss, uno de los más importantes teóricos alemanes en las últimas dos décadas, e incluso su proyecto completa de alguna manera el de Jauss. Su preocupación por los detalles de la interacción con los textos lo acercan a la actividad interpretativa tradicional, es cierto, aunque debe admitirse que, contrariamente a sus predecesores, Iser no ve este proceso como una sencilla apropiación de palabras impresas, sino como la fuente de actividades intelectuales y experimentales complejas.

OBJECIONES PRINCIPALES A LA TEORÍA DE LA RECEPCION

El ataque más fuerte hacia la teoría de la recepción ha venido, sin embargo, de las filas del marxismo y, más específicamente, desde los marxistas de la que fuera la República Democrática Alemana. Para los críticos germano orientales, la teoría de la recepción es en gran parte una reacción a una crisis en los estudios literarios burgueses -¿a qué otra cosa podrían imputárselo, encerrados en el materialismo

histórico como están? (à chacun sa bête noire)-. Se trata, dicen, de la bancarrota tanto del formalismo ahistórico como de las alternativas burguesas a un acercamiento marxista. No es de extrañar, pues, que el ataque lo hayan dirigido más hacia Jauss que hacia Iser, puesto que el primero no sólo delinea más precisamente los métodos occidentales, sino que se ocupa más directamente de la reintroducción de la historia en el centro de la tradición literaria, atacando parcialmente la interpretación marxista. Iser, con su posición más ahistórica, es visto más como el continuador de Ingarden, un caso más bien de decadencia de la crítica burguesa, inofensivo.

En el artículo de Karlheinz Barck titulado "Para una crítica del problema de recepción en las concepciones burguesas"⁴⁹ encontramos las siguientes cuatro direcciones metodológicas básicas de la teoría de la recepción y sus características:

1. La historia hermenéutica del efecto fue renovada en su tradición de la historia de las ideas como doctrina de la interpretación y de la comprensión por Hans-Georg Gadamer; ello con la pretensión de unir el concepto de la obra de arte autónoma con la historicidad de su comprensión.

2. La crítica del estilo y la teoría fenomenológica de la recepción, que someten el concepto de obra literaria a un proceso de fetichización, por medio del cual se cuestiona fundamentalmente la coherencia de la historia literaria.

⁴⁹ Publicado en la colección de ensayos germano orientales Gesellschaft, Literatur, Lesen, Aufbau-Verlag, Berlin, 1976; en español este artículo se encuentra en En busca del texto.

3. El intento, promovido por Hans Robert Jauss, de fundamentar una nueva estética de la recepción orientada hacia la historia literaria, que reconoce la verdadera fuerza formadora de la historia de la literatura en el proceso histórico permanente de la actualización de obras literarias por medio del lector.

4. Las teorías de la lectura, influidas por el estructuralismo, que con su concepto de obra literaria cuestionan la diferencia entre escribir y leer y que con la construcción de una lógica receptiva creen liberar al lector de toda presión manipuladora.

Acaramente -y, quisiéramos pensar, ingenuamente (pues los ideólogos socialistas proceden de la manera descrita, aunque con métodos aún más férreos)- procede a hablarnos de la utilización manipuladora de la conciencia por parte de los científicos literarios burgueses bajo la influencia de los medios masivos en interés de la conservación del dominio de clases. Habla de la formación de un comportamiento pasivo de consumo en los lectores y censura la complicidad de los teóricos. La teoría de la recepción, nos dice, es creada a causa del fracaso de todas las teorías literarias tradicionales e idealistas que se aferran a la autonomía de la creación literaria. Las nuevas teorías surgen del problema que existe entre la producción y la recepción literarias en la sociedad burguesa, pues las comunicaciones sociales poseen un carácter enajenado. Los ideólogos burgueses elaboran, así, el interés burgués de clase con respecto a la literatura en forma de teorías estéticas y en normas literarias de valores que determinan hasta la forma de

recepción literaria a través de las instituciones de enseñanza del Estado y a través del campo del llamado público literario.

Una observación muy atinada, podemos pensar muchos. De la misma manera, empero, proceden los ideólogos del bloque socialista y los exponentes intelectuales de todos los sistemas sociales.

En otro artículo, "Las subjetivizaciones relativistas de la obra", publicado en el mismo volumen, Barck pone en entredicho el hecho de que la teoría de la recepción, concebida como Ingarden e Iser, pueda significar una libertad absoluta para el lector, el desligamiento de todo lazo, y afirma que es, por mucho, lo contrario, un procedimiento más para maniatarlo.

Asegura que entre texto y lector ocurre más que "sólo la exigencia de una decisión por un sí o por un no". Ante el principio individualista de los significados de Iser, alega que ello no tiene ninguna obligatoriedad objetiva, sino sólo la ideología del autor; la comprensión misma del significado del texto, afirma, no puede de ninguna manera ser individual (debe, por el contrario, ser institucional, lo que no nos avanza en nada). En la referencia dialéctica entre la obra y el lector, por otro lado, la experiencia del lector no tiene prácticamente significado, porque la "pseudoactualización" del texto parte de una obra desligada de su contexto histórico, y ésta sólo funciona como materia prima. La recepción permanece completamente arbitraria y sin una relación de valor al estar basada en la experiencia personal. El texto y el autor no se comportan como objeto y sujeto, sino que el lector-sujeto elimina en sí la separación en la lectura (cosa indebida, al

parecer); habría que plantear, por lo tanto, una nueva "estética de la identificación", pues no se puede ya describir la diferencia entre autor-intención y entre obra-proceso literario, ni se puede ganar un criterio literario, histórico o social para orientar la relación obra-lector por medio de la literatura misma, de la crítica o de la ciencia. Se trata pues de nuevo, nos dice, de la deshistorización, característica que nace en la enajenada sociedad burguesa. La teoría fenomenológica de la recepción serviría pues de legitimación al carácter individualizador de la forma burguesa de recepción, que se basa en la determinación social de las funciones de la literatura por parte de un grupo.

Así, pues, mientras que en la concepción hermenéutica de la historia de los efectos, el lector está a merced "de la pesadilla de las tradiciones pasadas", aquí aparece, aparentemente, en posesión total de sus derechos, es decir, que su conciencia burguesa le es sugerida como la autorización para "dominar" la literatura y la historia; ahora se presenta como un sujeto libre de ideologías; es el individuo al que el crítico o teórico le imputa en silencio la propia forma de recepción como la forma natural; es el hombre emancipado de obligaciones de comunicación que se propagan -reacción comprensible en situaciones de manipulación general- en el trato con la obra literaria.

La falta de base social en los modelos de la Escuela de Konstanz es, pues, el punto central de sus críticas. Al igual que la democracia burguesa, esta corriente le concede al lector la pseudolibertad de la elección, ignorando las determinantes sociales

reales de la recepción. En la base de la teoría de Iser se encontraría la privatización del proceso de Lectura. Esta corriente permite "magnánimemente" al lector el derecho de constituir el sentido de los textos literarios, como si no fuera la ideología de la clase dominante y la manera social de recepción lo que lo constituyera.⁵⁰

Jauss e Iser responden a estos ataques sobre todo basándose en las inconsistencias de esas críticas. Iser les recuerda, por su lado, que la "libertad" que tiene el lector para construir el significado del texto parte de los elementos que están dados antes de que la interpretación se lleve a cabo. Ambos teóricos argumentan que con el concepto que manejan los germano orientales de las modalidades sociales de recepción (gesellschaftliche Rezeptionsweise) que determinan la respuesta del lector a través de un condicionamiento histórico, social y literario, "las premisas para la recepción", se tiende a aprisionar al lector, sin permitirle variedad de respuesta.

Alegan que la teoría de la recepción de los marxistas propaga un modelo conformista de lectura que efectivamente niega el papel emancipatorio genuino de la literatura. No hay nada más cierto. La función terapéuticamente liberadora de ésta, preconizada por Iser, que permite al lector "llevar a cabo otra vida" durante el proceso de lectura, se ve impedida en el esquema oriental. Con toda razón, a nuestro parecer, Iser los interpela así: "El problema sería por lo tanto el de decidir hasta qué punto una teoría de la lectura que tiene la intención de educar para conformar al individuo al sistema -

50 Barck, op. cit., p. 127 (de la edición mexicana).

sin importar qué tan plausible sea esta conformidad en caso de ser la correcta -debe interferir en un proceso tal. (...) La producción de una 'manera socialista de leer' exige la internalización de las normas socialmente correctas con el fin de que el sujeto pueda adaptarse a la sociedad".⁵¹ Al parecer los marxistas no pueden observar una zona en la que el individuo pueda tener la posibilidad de ejercer una libertad personal, por "desencaminada" (léase amarxista) que sea, sin que ellos hagan su aparición con el propósito de recuperar para el sistema al individuo y saneen el área con una rociada de materialismo histórico.

Por lo demás, la propuesta planteada por los germano orientales como alternativa a la teoría burguesa de la recepción se parece mucho al modelo de Iser; los cambios que se introducen son en muchas ocasiones sólo de terminología. Por otro lado, los aspectos ideológicos que se le imputan al modelo de Iser, tienen igualmente sus correspondencias en el modelo marxista: el concepto de indeterminación, que sirve sólo para ocultar formas de recepción practicadas por la clase dominante, serviría, en su modelo, para llevar a cabo el ejercicio de conformidad con el sistema e interpretarlo de acuerdo con los paradigmas sociales de un buen marxista. "La forma socialista de lectura", nos dice Iser, "funciona como norma para que se pueda asegurar, a través de ella, la claridad deseada de la recepción (...), se trata por ello de una lectura conforme con el sistema, para la que debe ser educado el lector".⁵²

51 Iser, "Im Lichte der Kritik", p. 332.

52 Loc. cit.

Responde así a la acusación de los marxistas sobre las propuestas antitransparentes de la recepción burguesa de una obra a través de aquellos actos constitutivos pedidos al lector, que aparecen tan alterados que no lo obligan "a la percepción correcta de las cosas".⁵³ Por esta razón, no debe llegarse a tales complicaciones en el acto de recepción, ya que esto es siempre sospechoso de manipulación.

Veamos, en resumen, cómo comprende Iser las cosas, en relación con la versión socialista de su modelo: cuando el lector se enfrenta a una obra literaria, se ve confrontado a una experiencia extraña. Al estructurarla, siguiendo las instrucciones del texto, produce un objeto imaginario, que sólo puede ser contrastado con el que debería producir una instancia más o menos definida, adivinada en el texto, que caracteriza al lector. Entre mayor coincidencia exista entre la "propuesta de recepción" y este objeto imaginario, habrá menos tensión en este estado. Pero entre más tensiones surjan -y éstas son producidas, en general, por la complicación de las "propuestas"- más claramente se llega a una eliminación del sujeto por sí mismo en el proceso de lectura. Esas eliminaciones movilizan la espontaneidad, que debe cerrar nuevamente la ruptura. Una espontaneidad así es formulada ahora respecto de las condiciones del texto; a través de ellas, se hace evidente una parte que había estado oculta hasta ese momento a la conciencia del sujeto. La teoría psicoanalítica habla de ellos igualmente. Una estética "burguesa" del efecto está más fuertemente interesada en la investigación de aquellas actividades

53 Palabras de Barck, citadas por Iser en su artículo, p. 333.

que transcurren y son liberadas en el proceso de lectura. El aclararlas activa el nivel de conciencia que permite una relación crítica respecto a las formas sociales, históricas, es decir, ideológicas internas del lector; se puede igualmente, si así se quiere, dar una explicación histórica sobre la temática actual de la subjetividad. La producción de una "manera socialista de lectura" exige la internalización de las normas sociales correctas, para que el sujeto pueda ser adaptado a la sociedad. La función mimética de la literatura, según Iser, no es conciliable con la tarea pedagógica que debe llevar a cabo, según los germano orientales: "Cuando el lector debe ser educado para ser alguien que todavía no es", argumenta Iser, "entonces el medio que puede promover este proceso no puede ser la representación de estas relaciones dadas. El individuo sólo puede ser educado cuando algo le sucede. Pero para desencadenar tal suceso, uno necesita algo más que la representación de sus relaciones verdaderas".⁵⁴

La producción de una forma burguesa de lectura, nos dice Iser, "permite vislumbrar cuán poco el sujeto es un hecho dado por sí mismo, ni siquiera como un hecho de la conciencia propia. Pero, agrega, cuando la certidumbre del sujeto ya no se funda solamente en su conciencia y ni siquiera en aquella condición cartesiana mínima, que es lo que se percibe en el espejo de la movilización de la espontaneidad, el "volverse-consciente" adquiere una función no poco importante. Dicha espontaneidad del sujeto aparece contra el fondo de una conciencia existente, cuya posición marginal en la lectura sólo

54 Iser, "Im Lichte der...", p. 334.

sirve para acoger en la conciencia esa espontaneidad formulada y despertada por otras condiciones que son las propias. Este proceso no puede dejar intacta la conciencia existente, concluye.⁵⁵

LOS INTENTOS PRAGMATICOS DE LA TEORIA DE LA RECEPCION.

Norbert Groeben ha propuesto un método de campo muy eficiente, basándose en la premisa de que el error hasta entonces ha sido el de confundir el sujeto y el objeto continuamente: el lector o receptor y el investigador o intérprete.⁵⁶ Tomando en cuenta que el proceso de comunicación por entero (emisor-mensaje-lector) es el objeto verdadero del estudio literario, el interpretar el texto nos lleva a la confusión del intérprete con el receptor del mensaje.

En el trabajo de campo se pueden mencionar igualmente los nombres de Heinz Hillmann y Werner Faulstich. Sus técnicas de rastreo son impecables, aunque sus metodologías están lejos de ser científicas, como lo pretenden. Los diferentes estudios no sólo nos muestran muy poco acerca de la relación del lector con el texto en tanto que un texto literario sino que ni siquiera llegan a analizar los aparentes prejuicios e impresiones de los lectores. Algunas preguntas se encuentran tan interrelacionadas con los hábitos de lectura, son tan inducentes, que se tiene la impresión de que las conclusiones han sido incluidas en la composición de las preguntas.⁵⁷

55 Ibid., p. 341.

56 Groeben, Norbert, Rezeptionsforschung als empirische Literaturwissenschaft: Paradigma durch Methodendiskussion an Untersuchungsbeispielen, Athenäum, Kronberg, 1977, p. 7.

57 Robert Holub, op. cit., p. 141.

LA OBRA "ABIERTA", UN RECLAMO DE NUESTROS TIEMPOS

Umberto Eco ha venido afinando un modelo teórico, que empieza a delinear en su Obra abierta y termina en Lector in fabula, basado en una apertura de la obra de arte. La obra de arte, nos dice en su Obra abierta,⁵⁸ es una forma completa y cerrada en su organismo perfectamente calibrado, pero se encuentra abierta, pues contiene en sí la invitación a ser interpretada de mil modos diversos sin que su irreducible singularidad resulte por ello alterada o lesionada. El lector, de manera inevitable, en el acto de reacción a la trama de los estímulos y de la comprensión de su relación, tiene una concreta situación existencial, una sensibilidad particularmente condicionada, determinada cultura, gustos, propensiones, prejuicios personales, de modo que la comprensión de la forma originaria de la obra se lleva a cabo según determinada perspectiva individual. El lector escogerá, así, la clave de lectura que más ejemplar o apropiada le resulte y usará la obra en el sentido en que lo quiera. Este modelo tiende a promover en el intérprete "actos de libertad consciente", a colocarlo en el centro de una red de relaciones inagotables entre las cuales él instauro la propia forma sin estar determinado por una necesidad institucional que prescriba los modos definitivos de organización de la obra (ahora sí:) disfrutada libremente. Considera que la obra de arte, aunque esté "materialmente completa", exige una respuesta libre e inventiva, simple y sencillamente porque, de lo contrario, la obra de arte no podría ser comprendida⁵⁹; el intérprete tiene que

58 Ed. Ariel, Barcelona, 1979, p. 73.

59 Ibid., p. 75.

reinventarla en un acto de congenialidad con el autor mismo. Eco puntualiza que la estética moderna ha llegado a este punto tras de haber adquirido una "madura conciencia crítica" (y política).

Menciona, asimismo, que el artista, de algún tiempo a la fecha, ha venido sistemáticamente promoviendo esta apertura, trabajando en los efectos que se pueden lograr ante esta nueva actitud frente a la lectura, logrando así crear, al asumir la existencia de diversas estructuras imprevistas físicamente irrealizadas, obras en movimiento.

El autor nos habla de la creciente libertad en la concepción de la obra de arte desde la Edad Media, en la que el artista reflejaba una concepción del cosmos como jerarquía de órdenes claros y prefijados, como estructuración monocéntrica y necesaria, pasando por el creciente dinamismo del barroco, y llegando a la gran apertura de los simbolistas "decadentes".

Afirma que en la obra en movimiento u obra abierta, al igual que en el mundo einsteiniano, negar que haya una única experiencia privilegiada, no implica el caos de las relaciones, sino la regla que permite la organización de estas relaciones. No sería ésta, sin embargo, una invitación "amorfa" a la intervención indiscriminada, sino la invitación no necesaria ni unívoca a la intervención orientada. Los límites se encontrarían en aquello que es "deseado" por el autor (?), nos dice, como si saberlo fuera posible. Habría que preguntarse, por otro lado, los privilegios de que goza un autor para que la proposición suya sea la más válida, si éste, como Eco mismo admite, nos entrega una obra por acabar, y el tema muchas veces

sobrepasa de largo al autor y sus -en múltiples ocasiones- estrechos límites, tanto más cuanto que el autor no siempre sabe a ciencia cierta "de qué modo la obra podrá ser llevada a término" y en ocasiones ni siquiera de qué se trata su creación bien a bien ni lo que realmente es transmisible en ella; el hecho de que "sea su obra" no le concede absolutamente ninguna prerrogativa sobre un lector cualquiera; no es fácil ver por qué, al finalizar ese diálogo interpretativo inevitable con la obra, se deberá forzosamente llegar a la concretización de "la (¿habrá concebido una única?) forma del escritor". Todo lector ha vivido la experiencia de encontrar en la obra de un autor la negación misma de su proposición, la invalidación de su proyecto, la desaparición de su "objeto".

EL ANARQUISMO

Roland Barthes se adentra un poco más allá de lo permitido al hablar de los textos sin significado explícito; nos confiesa que éstos no necesitan una hermenéutica que los limite, sino de una erótica que nos proporcionaría un placer hedónico, sin tener que pasar por los placeres funcionales que involucran la construcción de sistemas coherentes. De esta manera, el yo goza masoquistamente al encontrarse con un yo hecho pedazos y disperso entre las texturas del texto. En lugar de entregarle una identidad o una conciencia al lector, el texto lo hace estallar y perder esa unidad cultural. El lector encuentra así la felicidad perfecta en un tipo de orgasmo sexual.⁶⁰

60 El placer del texto, siglo XXI, México, 1974.

Stanley Fish preconiza al lector como el verdadero autor. Para él, la lectura no estaría buscando lo que el texto contiene o es; el lector se ocupa tan sólo de sentir lo que el texto le hace a él. El objeto de la atención crítica sería la estructura de la experiencia del lector, y no una estructura "objetiva" en el texto.

Harold Bloom va aún más lejos en el terreno de la liberación. Este autor nos habla de la lectura como de una lectura forzosamente mal entendida (misread) para ser creativa, de la interpretación como de una interpretación equivocada (misinterpretation), de la imperiosa necesidad de la interpretación equivocada que deberá de llevar a cabo el lector ideal.⁶¹ Bloom, para fundamentar su tesis, se basa en gran parte en los poetas que influyeron en otros poetas en el pasado. Asevera que todos los grandes vates han leído equivocadamente o mal leído a sus grandes precursores con el fin de seguir recreando una misma realidad con otros significados. La interpretación equivocada es el acto constitutivo de la lectura (que él equilata a la creación literaria). Afirma que es imposible replantear un poema o acercarse más a su significado, manifiesto o no, tal como lo afirman los críticos. Lo que se puede hacer en el mejor de los casos es componer otro "poema", que es una comprensión equivocada. La diferencia entre una interpretación o crítica literaria seria y un "poema" es que este último es más extremo en su equivocación, pero es sólo una diferencia de grado y no de tipo.

61 The Anxiety of Influence: a Theory of Poetry. Oxford University Press, Oxford, 1973.

Esto, por supuesto, involucra un cierto nivel de anarquismo, cosa un poco a contrapelo con la herencia crítico-literaria occidental, pero deja, no obstante, cierto regusto a apropiación completa, a usurpación impune.

Los terrenos "válidos", marcados por los severos críticos racionalistas quedan muy atrás. El resultado de una aproximación como la preconizada por Bloom, Hartman, de Man, entre otros, ¿será un ápice menos "válida" que cualquier otra lectura que se pretenda llevarse a cabo por un individuo? ¿Provocará una postura así, al fin y al cabo, el desmoronamiento de la férrea institución literaria?

No. La tradición "racional", con sus siglos a cuestas, respaldada por una posición monolítica de decenas de instancias institucionalizadas como la literatura en una civilización basada en la explotación y el sometimiento no perturbará el sano funcionamiento de este tipo de prácticas; tampoco podrá modificar sus estructuras ni poner en entredicho sus mecanismos, sus instrumentadores o alguno de sus postulados; a lo más, insistiendo, vendrá a ocupar algún lugar esta nueva posición en un rincón del sótano y, por supuesto, dicha institución se vanagloriará de ello; lo interpretará como una prueba más de su "liberalidad" y "apertura". Sin embargo, la culpa no debe buscarse en nuestra civilización, en sus instituciones y la manera que tiene de interpretarnos cada una de las facetas de la realidad, de domesticarnos cada resquicio de la vida, ellas llevan a cabo una consigna impecable, si no en el hombre mismo, que necesita precisamente de esto: SEGURIDAD ante todo, a costa de todo. Interpretará, por medio de sus cuerpos más especializados, de

irrefutables credenciales⁶² (antes eran las instituciones religiosas quienes lo hacían), cada aspecto de su incurable desamparo con el fin de satisfacer esa orfandad irredenta que no puede enfrentar directamente, adaptando, acolchonando, todo a su rededor, en lugar de adaptarse. De esta manera, los cuerpos teóricos más extraños, excluyentes por naturaleza, de una sumisión de esas dimensiones, aquéllos que preconizan una libertad sin límites, vendrán a servir de lo contrario, o serán desechados... Con el marxismo, ya hemos visto, se logró embalsamar a Lenin, rendirle veneración y lealtad en un pequeño gran templo, y reemplazar la religión ortodoxa por una más apropiada, más racional y congruente con los vientos que soplaban. Se adaptó el marxismo para satisfacer las mismas estructuras culturales anquilosadas, con todos los vicios y todas las necesidades de esa sociedad. Sólo así fue posible quitar los iconos de las miserables isbas en esa sociedad retrasada: colocando la imagen de los nuevos héroes en la pared, perssignándose bajo los nuevos disfraces, a reinstalarnos en esa Gloria nuevamente irrefutable que tanto echamos de menos.

Los nuevos tiempos han presentado sus exigencias particulares y ahora se invoca de nuevo al Dios de la libertad, con ropajes de apertura o democratización es cierto, pero ello se encuentra muy lejos de cambiar el viejo paisaje acostumbrado.

Los teóricos actuales han venido probando nuevas estrategias con la misma invencible fe en la esclavitud que antes. Para llegar a una

62 En el caso de la ciencia, se da lo que Ferruccio Rossi-Landi llama il complesso della scienza-buona-mamma, en Semiotica e Ideologia, Bompiani, Roma, 1972.

comprensión de la verdad que sea más llana y amplia. Los críticos literarios se han ocupado en incursionar en nuevas áreas teóricas con el fin de acercarse a un entendimiento e interpretación más cabales de su objeto de conocimiento.

Los teóricos empíricos de la recepción, con el fin de llegar a la interpretación, han utilizado un modelo en el que el sujeto produce una aserción escrita u oral que explica el significado del texto primario, procedimiento poco fértil y que, de nuevo, nos deja sin nada cierto. Los críticos llamados "posmodernistas", por el contrario, no tienen un cuadro de referencia basado en un acto interpretativo sino en un acto creativo. El énfasis aquí no se hace en un segundo aspecto de la interpretación sino en la producción de un nuevo texto; igual situación.

El desplazar el texto primario de su lugar central, estudiando otra entidad, lo que la teoría describe como "nuestra" lectura, lo que la teoría nos marca como válido y no válido, cómo debe ser la lectura o el lector, nos lleva de nuevo lejos, muy lejos, de lo que fascina a cada uno de los componentes del cuerpo literario desde su base: los efectos estéticos de la obra de arte sobre el individuo, por distinto que éste sea, y por equivocado que se encuentre.

Creemos, como lo expondremos en el siguiente apartado, que la respuesta se encuentra en el regreso al texto de manera inmediata, en un abandono a la actitud de intermediarismo autoritario, de intercepción inquisitiva, de intrusión pretenciosa y normativa. Los

cuerpos teóricos y críticos pueden auxiliar al lector, obedeciendo a un debido carácter heurístico, cumpliendo un modesto papel apendicular, de explicación externa y aledaña, que viene a arrojar luz no sobre la literatura en general o sobre la obra de arte en particular, sino sobre las mismas instancias críticas que los llevan a cabo, iluminando socialmente, así, su propia posición y su postura respecto a ese (esos) fenómeno(s) dado(s), cosa eventualmente interesante para una aproximación forzosamente interdisciplinaria.

IDEOLOGIA Y CULTURA.

EL PUNTO DE PARTIDA

Es éste el punto en donde nos encontramos. Hay que enfrentarnos al problema tal como es, encararlo de una vez por todas: el fenómeno literario, en tanto que entidad ideológica, es social, histórico, definible (asible) sólo en términos sociales, subjetivos o, si se quiere, intersubjetivos (insertos de cualquier manera en un mundo social como están).

En este lugar, podemos decir lo siguiente: 1) lo que se conoce globalmente como literatura es un amplio fenómeno producido socialmente, no es ni objeto real (concreto real) ni concepto producido (concreto pensado), 2) esta entidad, así como el conjunto de textos que la compone, no se presta a ningún estudio total ni riguroso, sino solamente a observaciones generales que implican múltiples y variados puntos de vista y 3) los estudios literarios, en caso imprescindible, deben realizar la disección con un bisturí menos pretensioso.

Si, tal como lo hemos mostrado, existe una incompatibilidad entre lo científico y lo literario -hecho que debió quedar ha tiempo asentado-, ¿por qué entonces se persiste en esos intentos de ajustar adecuadamente la literatura a parámetros inmóviles, "objetivos", sometiéndola a los continuos e interminables caprichos en boga? ¿por qué ese miedo social a los espacios abiertos? ¿por qué esa gran inquietud, esa necesidad impostergable de aherrojar con insulsos trazos matemáticos y patéticas coordenadas geográficas la libertad de

nuestra percepción, la localización de nuestro placer? ¿Es acaso por las prerrogativas que dicho fin nos aportaría? ¿O quizás tan sólo las prerrogativas que la empresa en sí misma conlleva, para críticos y teóricos, independientemente de sus resultados?¹. Tal vez sea tan sólo la enfermiza obsesión de aquel enamorado que, habiendo localizado el motivo de su profundo bienestar en la dilecta amiga, procede a abrirle las entrañas para descubrir el porqué de sus sensaciones, regoldando apasionado términos unívocos, objetivos, para denominar cada órgano que le va saliendo al paso, haciendo, *al fin*, a un lado la vaga terminología anacrónica que lo confundiera tanto: tristeza, esplín, intuición, descubrimiento, ritmo, celeridad, éxtasis.

Sin embargo, creo que deberíamos, a estas alturas, ser menos ingenuos, liberarnos de los perímetros marcados por la crítica "válida", y buscar la respuesta en el terreno ideológico. El ámbito trazado por críticos y teóricos literarios está enmarcado en un terreno más amplio: el de la "domesticación" y la "recuperación" de todo espacio de la cultura y la civilización en una sociedad por un grupo dominante.

1 El papel mefistofélico de los fracasados escritores, rapaces críticos, agresivos científicos literarios, es una obviedad en este terreno. Habiéndose malogrado, ¿querrán hacer lucir sus caprichos desde su imparcial adarve?

LA OBVIEDAD, RECURSO IDEOLOGICO.

France Vernier, tras observar el comportamiento de la teoría y la crítica literarias en las últimas décadas, en su libro "¿Es posible una ciencia de lo literario?", nos hace ver que: 1) la ideología tiene por misión substituir los intereses de la clase dominante por valores universales (morales, espirituales, estéticos), y justificarlos, 2) por otra parte, tiene que asegurar de manera permanente una difícil función: la de absorber (o dirigir, o recuperar, como se quiera) los elementos extraños a la ideología que amenazan constantemente con menoscabar su sistema ficticio. Debe integrarlos, en apariencia al menos, en un sistema que, por definición, debe "tener la respuesta para todos". Es decir que estos elementos son peligrosos desde dos puntos de vista: pretenden ser "obvios" y ser "universales".

También cada uno de los descubrimientos científicos debe, por una parte, ser utilizado directamente en provecho de la clase dominante, y por otra, ser "explicado", es decir, "neutralizado" "adaptado", para poder entrar en el sistema. Vernier nos hace notar desde un principio la dificultad mayor que debe resolver la ideología: debe necesariamente presentarse como proveedora del valor universal, tanto para quienes sirve como para quienes explota. Los sustentadores deben cumplir con la tarea de hacer de los valores (intereses enmascarados) una cosa obvia y defenderlos ante favorecidos y víctimas.

Los mecanismos de que se vale la ideología dominante son principalmente dos: presentar el cuerpo de estudio como un sistema

científico, capaz de dar cuenta de todos los fenómenos, y rechazar todas las cuestiones molestas hacia dos polos, opuestos sólo en apariencia: la evidencia y el misterio. Afirmaciones tan obvias como: "el objetivo de la teoría literaria es la reflexión sobre los principios generales de la literatura", o como ésta: "el objetivo de los estudios literarios es conocer las obras en si mismas, su estructura, así como lo que tienen de específico", están basadas en presupuestos y obviadas.

La ideología dominante prospera también, en muchos niveles y según diferentes modalidades, en el fenómeno literario.

La lucha ideológica en el terreno de las ciencias no es un secreto. Las dificultades se presentan también en las llamadas ciencias formales o naturales. Michel Lowy afirma que esta lucha quedó apenas "resuelta"² a mediados del siglo pasado. Las clases dominantes se oponían empeinadamente en la antigüedad al desarrollo de la ciencia y, más tarde, al desarrollo de los campos de investigación que socavaban la solidez de su estructuración ideológica. Giordano Bruno, Copérnico, Galileo fueron ridiculizados y perseguidos por sus coetáneos, ocupándose los irrecusables mandarines de la sociedad en la tarea de anatematizarlos. No fue sino al sucumbir el orden feudal y sus rígidas instituciones, cuando la clase ascendente empezó a tomar conciencia de la posibilidad de utilizar a su favor las prerrogativas que las ciencias nacientes podían aportar. Los resultados del quehacer científico fueron entonces incorporados en el proceso de producción. Desde aquel momento estuvo la ciencia al

2 Entrecorillado de Lowy.

servicio de los poderosos y se llevó entre sus engranajes no sólo a los estratos sociales inferiores sino, insospechadamente, a sus detentores mismos.

Sin embargo, la lucha no cesó: la nueva clase social en el poder siguió atacando a los grandes científicos y pensadores revolucionarios (mencionemos a Darwin, Marx, Freud, Reich³). La verdad es revolucionaria, suele decirse, y las ciencias, que la manejan todo el tiempo, deben ser mínimamente "explicadas", "neutralizadas" socialmente.

LA LUCHA IDEOLÓGICA "SUPERADA".

La institución científica, cuya supuesta función -suele decirse- es la de instrumentalizar una liberación irrestricta para el hombre, ha usado los avances logrados, desde sus principios -como una consecuencia de la recuperación por los engranajes de una sociedad inicua-, en contra de éste, utilizándolo -cuando las críticas y ataques arrecian- como su pretexto y único desvelo. Los prosélitos y apologistas -los científicos mismos-, serviles mozos de los grandes empresarios⁴ -víctimas a su vez de visiones apoteósicas y modernos

3 Los ideólogos de las distintas sociedades no siempre descubren a tiempo una manera de "domesticar" los nuevos sistemas y de utilizarlos como un arma a su favor. El caso de Darwin es ilustrativo: atacadas hasta el ridículo, sus teorías vinieron, una vez convertidas en ideología, a constituir los pilares centrales del positivismo, doctrina que afirma el orden natural de la sociedad capitalista, la sobrevivencia y el predominio del más fuerte.

4 Para un estudio sociológico del científico a través de la historia y sobre todo en la actualidad, ver el capítulo "La ciencia por la ciencia", en el libro de Barry Barnes, Sobre ciencia, Ed. Labor, Barcelona, 1987. "Los científicos tienden a ser más conservadores que otros grupos de la élite desde el punto de vista político e ideológico", nos dice Barnes en la página 36. El subrayado es mío.

males cardíacos-, de humildes sirvientes que morían en la pobreza⁵, se convirtieron en acomodados cómplices, en infalibles,⁶ en superespecializados científicos,⁷ pues para cumplir su creciente función en el sistema, llegó el momento en que se vieron forzados a hiperespecializarse, a encerrarse en laboratorios y talleres para construir alambicadas teorías esotéricas, protegiendo su saber, como cualquier brujo antediluviano, por medio del uso de grecismos y latinajos, de símbolos formularios apátridas y brevajes inverosímiles.⁸

La lucha ideológica no ha desaparecido en ninguno de los terrenos del saber y de la cultura, en ninguna sociedad. Los cuerpos ideológicos van cambiando, tornasolando a voluntad los visos de los nuevos descubrimientos, aprovechando las zonas de bloqueo social en las que puedan encubrirse cómodamente. El grado de compromiso

5 Illich, Ivan. *Némesis Médica*, Joaquín Mortiz, México, 1984, p.69.

6 La ciencia, como ninguna otra institución en la historia, "nunca se ha vuelto contra quienes la han alimentado, como es el caso del ejército", Barnes, *op. cit.*, p. 12.

7 "El sistema productivo más poderoso que haya existido (la sociedad industrial moderna) y el sistema de conocimiento instrumental más poderoso que jamás halla existido (la ciencia) no coincidieron por azar". Barnes, *ibid.*, p. 12.

8 Para ahondar en los profundos problemas psicológicos que sufre el científico -no sólo el artista los tiene- (necrofilia, escato- y necrofagia, masoquismo, sadismo, carácter anal acentuado, regresiones y fijaciones varias), cf. La formación del espíritu científico, contribución a un psicoanálisis del conocimiento objetivo, Bachelard, Gaston, siglo XXI, México, *passim* y especialmente en el capítulo "Libido y conocimiento objetivo". El autor llega a disculparse -recurso retórico tan sólo- por "la dificultad de una tarea" que consiste en analizar "un corazón -que pretende ser- de piedra", p. 216.

ideológico nunca es el mismo en todas las épocas⁹, de tal manera que la "neutralidad" ideológica en las ciencias naturales sufre los cambios necesarios para cada situación.

El problema de la determinación social del conocimiento, por otro lado, no puede seguir siendo ignorado. La posición social del sabio determina su perspectiva en todo momento, sin que nadie hable de las terribles consecuencias de ello. Lowy nos comenta:

*"Toda ciencia implica una elección (...). Las visiones del mundo de las clases sociales condicionan no sólo la última etapa de la investigación científica social, la interpretación de los hechos, la formulación de teorías -y su aplicación en los terrenos del saber, diría yo-, sino la elección misma del objeto de estudio, la definición de lo que es esencial y de lo que es accesorio, las preguntas que se plantean a la realidad; en pocas palabras, condicionan la problemática de la investigación"*¹⁰.

La relación de la ciencia y de la cultura con los estratos o entidades de poder no ha cambiado substancialmente desde el principio de la edad moderna: resultan los mejores socios en esta megaloempresa autónoma: la economía floreciendo radiante, sana, sobre los hombros de sus esclavos cada vez más deshumanizados. Los poderosos son los inevitables protectores de los diestros ingenieros científicos, sus únicos dueños; son quienes financian, casi invariablemente, la totalidad de sus proyectos y empresas. Tanto en el bloque capitalista

7 Lowy, op.cit., p. 19.

10 Ibid., p. 31.

como en el socialista, la ciencia y la cultura¹¹ son los pilares que sostienen, "directa" o "indirectamente", el statu quo. Los gobiernos la utilizan, en el mejor de los casos, como un medio de mantener una sociedad contenta, como se utiliza el deporte o la televisión.

No ha desaparecido la ideología del cuerpo científico en nuestros días, como no desapareció en el momento en que Hitler tomó el poder por el hecho de acallar violentamente a los disidentes, convirtiendo el aparato científico de su tiempo en una institución que respondía a las necesidades de ese momento -¿puede, en realidad, ser esto de otro modo?-, una sociedad bélica e injusta, utilizando las más puras de las ciencias para transformar en jabones y telas los cuerpos humanos de razas "inferiores". No desaparece en la Unión Soviética del terreno de la filosofía, del arte y de la ciencia por el hecho de que se arguya el "beneficio de la gran mayoría trabajadora". La ciencia oficial (¿habrá alguna rama de ella que, en la actualidad, no lo sea?) sostiene, como uno de los pilares centrales, la situación jerárquica. Se puede argüir que no es posible deducir un juicio de valor de un juicio fáctico. Pero recuérdese que no vamos a ser ingenuos: aquí estamos hablando de la relación inversa entre la ciencia y lo normativo, los valores que orientan, influyen y condicionan los valores de hecho. Es en este terreno donde se define el campo de visibilidad de una teoría social, lo que debe ver y lo que no debe ver, lo que no puede ver, su miopía y su hipermetropía, sus fobias y sus compulsiones. De aquí que se haya llegado a decir

11 Es decir la Cultura Alineada, hecha toda una nueva y pujante religión, la intocable e invulnerable Cultura Institucionalizada (a la que se opondrían las culturas marginales y los movimientos de contracultura).

que la ciencia es una ideología históricamente relativa. La ciencia "no se da cuenta de que es un producto del tiempo y del lugar, de que no es una verdad eterna, inmutable y que progresa en forma inexorable. No sólo es relativa al tiempo, al lugar y a la cultura locales, sino también caracterológicamente relativa, porque es un reflejo mucho más estrecho de la visión del mundo, cauta y obsesivamente, centrada más en la necesidad de seguridad que en un concepto de la vida amplio, más maduro y generalmente más humano".¹² Lenin mismo comenta que pedir una ciencia imparcial en una sociedad fundada en la esclavitud asalariada es de una ingenuidad pueril, es como pedir a los fabricantes mostrarse imparciales en la cuestión de saber si conviene disminuir las ganancias del capital, para aumentar el salario del obrero.

Los excesos ideológicos cometidos por el positivismo, de una parte, y por el stalinismo-lysenkismo, de la otra, son extremos. Mientras que el primero pretende "naturalizar" las ciencias sociales, el segundo pretende "ideologizar" las ciencias de la naturaleza y, así, llega a hablar de una biología "proletaria" y cree levantar los fundamentos de una química, de una física y de una astronomía "proletarias". Se trata de proporcionar un aparato científico que responda a las necesidades ideológicas (=de sujeción) de un estrato social en una comunidad dada.

Este fenómeno ha tomado dimensiones universales en los últimos años, como consecuencia de la predilección (=buen negocio) de los

¹² La Psicología de la ciencia, Abraham Maslow, Edamex, México, 1979, p. 9. El subrayado es nuestro.

gobiernos y de las clases superiores por la Ciencia y la Cultura modernas: éstas se han convertido en entidades inatacables, en nuestras forzadas benefactoras, en las indiscutibles madres reencontradas de todos los pueblos. Ahora ya no se habla del criado alquimista ni del pobre doctor, sino del iluminado empresario científico¹³, los escritores y los artistas reconocidos aparecen en la televisión y hacen las veces de vedettes intelectuales, dejando tras de sí una estela de salivantes idólatras. Los débiles y escasos gritos inconformes que se levantan, apenas audibles, en contra de la enorme presencia y el indiscutible bienestar que nos satura (para qué hablar de la creciente ansiedad y de la violencia del hombre moderno, de la grave resistencia de nuevas y terribles cepas a los antibióticos, de la combustión de gases, de la destrucción de la capa de ozono, etc., hechos que son "explicados" así: no nos sobra, nos falta ciencia), fueron -y son- acallados por los medios masivos de difusión, por el Estado, por las instituciones científicas y por el incesante rumor animalesco de millones de seres ahitos, convencidos de que la ciencia no puede equivocarse, de que es nuestra única salida y de que hace falta producir aún más dinero para especializar aún más a la gente,¹⁴ para financiar multimillonarios proyectos aún más específicos, para realizar pruebas cuyo fin es ya extraño al bienestar del Hombre y evitar que la gente muera, evitar que los descerebrados dejen de respirar, que los "idealistas" dementes dejen

13 Attali, Jacques. El Orden Canibal, editorial Planeta, Barcelona, 1981, p. 157.

14 "El desarrollo de la ciencia ha desbordado permanentemente el de los recursos y la infraestructura necesarios para soportarla y sostenerla", Barry Barnes, op. cit., p. 4.

de golpear los muros y de suicidarse, a como dé lugar (la muerte es, de manera indudable, una de las *bêtes noires* -junto con las felizmente descubiertas, sensacionales enfermedades sexuales nuevas-, uno de los chivos expiatorios que la humanidad enfrenta con la misma encarnizada ingenuidad con que combatió cristianos, judíos y rojillos en el pasado; en realidad constituyen un espantajo de cartón que habrá de mantenernos ovillados al pie de nuestras instituciones sociales). A un mismo tiempo, es necesario construir más escuelas para difundir por doquier ese saber religiosamente logrado. Todo es válido para sostener a ese monstruo que se alimenta con nuestra sangre y con nuestra humanidad: las estructuras económicas de la civilización moderna. ¿Cómo, si no sirviendo de lazarillo a ese gigante, de alimento a cada una de sus células, hubieran podido prosperar hasta tal punto estas astutas cómplices: la respetable Ciencia y la noble Cultura Universal?

Habiendo destronado un dios mítico e impotente, ahora hemos dado vida a uno mecanizado, eficaz y racional, ante quien se puede doblar la cerviz y ofrendar la vida sin remordimientos: la fría racionalidad y la sensibilidad anatomizada. Es cierto, nos dice Abraham Maslow, que "fue necesario y provechoso deshumanizar planetas, piedras y animales, pero hoy en día estamos percibiendo cada vez con mayor fuerza que no es necesario deshumanizar al ser humano y negarle propósitos humanos.¹⁵ Y nos advierte más adelante: "Es peligroso ver

15 Maslow, *op. cit.*, p. 10.

en el mundo lo que hemos puesto en él y no lo que en verdad está allí".¹⁶

LA CIENCIA, ¿UNA NUEVA RELIGIÓN DOGMÁTICA?

Detengámonos un momento, entremos en el terreno de la ciencia y veamos qué ocurre allí. En qué nos avanzaría tener una ciencia literaria pura, por ejemplo? ¿Se resolverían automáticamente nuestros problemas, o los de ellos? ¿Estaríamos ya en un terreno seguro?, ¿lo necesitamos? Paul Feyerabend asegura que, lejos de ello, la ciencia es por completo un terreno escabroso, una empresa anárquica.¹⁷ Asegura que la historia de la ciencia lejos de consistir en hechos y conclusiones a partir de éstos, contiene ideas, interpretaciones y problemas creados por interpretaciones no coincidentes, errores y aberraciones. Se llega, en un examen más cercano, a percibir que la ciencia no conoce en realidad hechos desnudos, sino que los hechos que entran en nuestro conocimiento son vistos de una manera dada y, por lo tanto, son ideacionales (ideational), es decir, "desobjetivados". La historia de la ciencia es tan compleja, caótica, tan subjetiva y llena de errores como las ideas que contiene; estas ideas, por su parte, son también complejas, caóticas, subjetivas y llenas de errores, como lo son las mentes que las crearon. Sin embargo, el que cada uno de nosotros tengamos la idea contraria se debe a un "pequeño lavado cerebral" al que se está sometido y que hace de la ciencia y su historia algo más simple y uniforme, más

¹⁶ *Ibid.*, p. 13.

¹⁷ *Against Method*, Verso Editions, London, 1980, p. 17.

"objetivo" y más accesible a un tratamiento por medio de reglas estrictas e invariables.¹⁸ Según Feyerabend, las ciencias no poseen una estructura común, no hay elementos que se den en toda investigación científica y que no aparezcan en otros terrenos (al igual que en el caso de la literatura). Un científico verdadero no es el sumiso trabajador que obedece piadosamente las leyes básicas, sino, en el mejor de los casos, un oportunista que va adaptando cualquier conocimiento que posea y cualquier instrumento (físico, psicológico, etc.) a las ideas y exigencias de un particular estadio histórico. Considera imposible una teoría de la ciencia puesto que a su parecer sólo existen procesos de investigación y todo tipo de reglas empíricas que nos ayudan a avanzar, pero que deben ser examinados en cada nuevo proceso para asegurarse de que aún sean útiles. Sonia y Maurice Dayan opinan que la ciencia no existe, que sólo existen las ciencias (sistemas no definitivos de saber). Si se puede hablar de una verdad científica, opinan, es únicamente en el sentido de una convención entre los modelos y predicciones autorizadas, por una parte, y los hechos pertinentes que se predicen, por otra. La objetividad sería, pues, un valor de naturaleza ideológica.¹⁹ La metodología estaría, así, muy lejos de garantizar una excelencia científica. Feyerabend afirma con una paradoja que la ciencia, a fin de cuentas, "tal como es practicada por nuestros grandes científicos es una habilidad, o un arte, pero no una ciencia en el sentido de una empresa "racional" que obedece estándares

18 Ibid., p. 20.

19 J. M. Lévi-Leblond, A. Jaubert, "Pour une analyse critique de la science et de ses fonctions", en (Auto) critique de la science, Seuil, Paris, 1975, p. 35.

inalterables de la razón y que usa conceptos bien definidos estables, 'objetivos'".²⁰

La educación "científica", tal como la conocemos en nuestros días, tiene como propósito simplificar la "ciencia" al simplificar sus componentes: primero, se define el terreno de la investigación. El terreno es separado del resto de su historia y se le da una "lógica" propia. Un entrenamiento riguroso en dicha "lógica" condiciona entonces a los sujetos que trabajan en dicho terreno: hace sus acciones más uniformes y congela igualmente grandes trozos de su proceso histórico. Los hechos "estables" surgen y perseveran a pesar de las vicisitudes históricas. Parte del entrenamiento es inhibir cualquier tipo de intuición que lleve a una observación objetiva del terreno. La imaginación del sujeto es restringida, a lo más, a un par de áreas muy especializadas e incluso su lenguaje deja de ser el propio. Los hechos científicos, así, son sentidos como independientes de cualquier opinión, creencia y contexto cultural.

El autor de Against Method se pregunta si conservar una tradición tal de exclusión es deseable. Los elementos "excluidos" formalmente, están sin embargo caracterizando, de todo a todo, el cuerpo de investigación y sus resultados.

Por otro lado, Feyerabend encuentra difícil sostener la idea de un método que contenga principios firmes e inmutables para conducir a la ciencia hacia la descripción de fenómenos incontestables; esto es evidente sobre todo al confrontar los resultados de la investigación en un plano histórico, y comenta: "Ni Galileo ni Kepler ni Newton utilizaban métodos específicos bien definidos. Son más bien

20 Feyerabend, Adiós a la razón, Ed. Tecnos, Madrid, 1984, p. 32.

eccléticos, oportunistas".²¹ Así, es difícil encontrar una simple regla, por más firme que se arraigue en la epistemología, que no sea violada tarde o temprano. Le parece incluso evidente que tales violaciones no son accidentales, no son el resultado de un conocimiento inconcluso o de una falta de atención. Por el contrario, es una de las condiciones necesarias para el progreso. Uno de los descubrimientos de recientes discusiones en la historia y la filosofía de la ciencia es el descubrimiento de que los eventos y desarrollos (tales como la invención del atomismo en la antigüedad, la revolución copernicana, el atomismo moderno, la teoría de la onda de la luz) ocurrieron sólo porque algunos pensadores o bien decidieron no constreñirse a unas reglas metodológicas "obvias", o porque accidentalmente las rompieron.

Esta práctica liberal, arguye Paul Feyerabend, no sólo es un hecho confirmado por la ciencia, sino que es razonable y absolutamente necesario para el crecimiento del conocimiento. Así, dada una regla, tan "fundamental" o "necesaria" como se la considere científicamente, siempre habrá circunstancias en las que es aconsejable no sólo ignorar dicha regla, sino adoptar la contraria, en las que es oportuno introducir, elaborar y defender hipótesis ad hoc, o hipótesis que contradicen resultados experimentales aceptados y establecidos generalmente, o hipotéticamente inconsistentes y poco elaborados. A pesar de los problemas que surgen continuamente, se sigue creyendo en el proceso progresivo de la ciencia. Así, llega el

21 Feyerabend, ¿Por qué no Platón?, Editorial Tecnos, Madrid, 1985, p. 49.

momento en que el científico, como esquizofrénico, hace y dice una cosa, mientras que cree en otra.²²

Por otro lado, hay eventos -no necesariamente argumentos- que nos compelen a adoptar nuevos criterios. ¿No deben entonces proveer los defensores del statu quo no sólo argumentos en contra sino causas contrarias? Y, en caso de que las viejas formas de argumentación resulten demasiado débiles, los defensores deben renunciar o recurrir a medios más fuertes e irracionales. Es muy difícil, incluso enteramente imposible, combatir los efectos de un lavado de cerebro con argumentos. De igual manera, el racionalista más ortodoxo se verá forzado a detener su razonamiento y usará la propaganda y la coacción, no porque sus razones hayan cesado de ser válidas, sino porque las condiciones psicológicas que las hacen efectivas, y capaces de influir en otros, han desaparecido.

El problema, por supuesto, nos dice Feyerabend, nunca surge en estos términos. La enseñanza de criterios válidos sólo debe ser clara para los estudiantes. Los criterios deben tener igualmente un máximo de eficacia causal, de manera que sea difícil distinguir entre la fuerza lógica y el efecto material de un argumento; así, un racionalista bien entrenado obedecerá la imagen mental de su amo, se conformará a los lineamientos de la argumentación que ha aprendido; se adherirá a estos lineamientos no importa cuán grande sea la confusión en la que se encuentre, y será incapaz de darse cuenta de que lo que considera "la voz de la razón" no es sino un efecto secundario causal (causal after-effect) del entrenamiento que ha recibido. Será incapaz de descubrir que el llamado a la razón ante el

22 Feyerabend, ibid., p. 51.

que sucumbe tan prestamente no es otra cosa que una maniobra política.

El hecho de que tanto las técnicas de intereses, propaganda y lavado cerebral jueguen un papel mayor del que comúnmente se cree en la ampliación de nuestro conocimiento y en el de la ciencia puede ser visto desde el análisis de la relación entre *idea* y *acción*. Se tiene por asentado que una comprensión clara de las nuevas ideas procede -y debe proceder su expresión institucional (una investigación empieza con un "problema" que socialmente se plantea como tal). Primero tenemos una idea, luego actuamos, es decir, hablamos, construimos o destruimos. Los niños, por el contrario, usan palabras, las combinan, juegan con ellas, hasta captar un significado que estaba fuera de su alcance. A opinión de Feyerabend, no hay razón por la cual este proceder deba ser cambiado.

Sí la hay, en verdad, y muy poderosa: la monopolización de la inteligencia humana por los aparatos ideológicos vigentes.²³

En el desarrollo del punto de vista de Copérnico, desde Galileo hasta nuestro siglo, ve el autor una buena ilustración del rejuego entre la ciencia y la ideología. Todo se inició con una fuerte creencia que fluye en oposición a la razón y la experiencia contemporáneas. La creencia se desarrolla y encuentra apoyo en otras creencias que son igualmente irracionales, si no más (la ley de la inercia, la idea del telescopio). La investigación es llevada en nuevas direcciones, se construyen nuevos instrumentos, la "evidencia"

23 "En estos momentos, la ciencia está sólidamente asentada como forma dominante de autoridad cognitiva en todas la sociedades modernas", nos dice Barnes, *op. cit.*, p. 84. Y nos muestra numerosos ejemplos de cómo los científicos intentan extender el alcance legítimo de sus conocimientos y técnicas (*loc. cit.* y ss).

es relacionada con teorías en nuevas combinaciones hasta que surge una ideología que es lo suficientemente rica para proveer con argumentos independientes cualquier parte de ella y lo suficientemente móvil para encontrar tales argumentos cuando sean necesarios. Las teorías sólo llegan a ser claras y "razonables" después de que las partes incoherentes han sido usadas largo tiempo. El juego previo, poco razonable, sin método, resulta ser la precondition de claridad inevitable para el éxito empírico.

La liberalidad que se requiere no se detiene aquí. Al tratar de describir y entender los nuevos desarrollos científicos se está, por supuesto, obligado a recurrir a las formas de lenguaje existentes que deben, así, ser distorsionadas, usadas equívocamente, medidas en nuevos moldes, con el fin de adaptarse a las nuevas situaciones. De esta manera, sin el continuo "abuso" del lenguaje, no puede haber ningún descubrimiento, ningún progreso).

Por otro lado, el uso de palabras-cliché debe hacerse con cuidado. El vocablo "progreso" puede significar los conceptos más opuestos. Para un empírico, se trata de una transición a una teoría que provee pruebas empíricas directas para la mayoría de sus supuestos básicos. Para otros, la unificación y la armonía, incluso a pesar de su adecuación empírica. La tesis que sostiene Feyerabend es la siguiente: el anarquismo ayuda a lograr un progreso en cualquiera de los sentidos que uno decida escoger.

Como consecuencia, se puede afirmar que la idea de un método fijo o de una teoría fija de racionalidad descansa en una postura demasiado ingenua con respecto al hombre y su ambiente social. Entonces: mirando el rico material provisto por la historia y sin

ceder a esa sed de seguridad social, compulsiva en ciertos periodos, es claro que sólo un principio puede ser defendido bajo cualquier circunstancia y todos los estadios del desarrollo humano: todo se vale (anything goes).

Un científico, amén de un crítico literario, debe maximizar los contenidos empíricos de la óptica que mantiene con el fin de entender ese ámbito claramente e introducir otros enfoques, para adoptar una metodología plural.

La tarea del científico ya no puede ser, como lo "era" antes, la de "buscar la verdad" o la de sistematizar observaciones o la de mejorar predicciones. Estos son en realidad efectos laterales de una actividad que mantiene.

El solucionar el problema creando nuevas teorías de carácter igualmente insatisfactorio no va a mejorar nuestra situación, ni se trata de intentar reemplazar las teorías aceptadas por posibles alternativas. Se pueden observar los libros de texto, se interpretarán los experimentos y sus resultados, pero esto ¿qué nos proporcionará? Otra teoría que, desde el punto de vista empírico no tiene ninguna ventaja sobre la anterior -ideológicamente sí, en veredad-. La única mejoría podría provenir de la adición de nuevos hechos, que respaldarían o modificarían teorías anteriores. De lo que se trata entonces es de promover tantos hechos relevantes como sea posible. No hay una idea, por más antigua o absurda, que no sea capaz de ampliar nuestro conocimiento. La historia del pensamiento es absorbida en la ciencia y es usada, en cada ocasión, para respaldar mejor las nuevas teorías.

De esta manera, la ciencia debe dejar de ser una entidad más cercana al mito de lo que la filosofía científica admite; es simplemente una de las formas de pensamiento que han sido desarrolladas por el hombre, pero no necesariamente la mejor. Es conspicua, ruidosa e insolente;²⁴ sin embargo, sólo es inherentemente superior para aquéllos que ya han elegido una cierta ideología (o que la han aceptado sin haber jamás examinado sus ventajas y sus límites -que es la mayoría). Y como la aceptación y el rechazo de ideologías debiera ser dejado al individuo, se infiere que la separación de Estado e Iglesia debe seguirse de la separación de Estado y Ciencia, esta última siendo la más reciente, agresiva y dogmática institución religiosa. Esta separación, concluye el autor, puede ser nuestra única posibilidad de alcanzar una humanidad que nunca se ha logrado completamente.

Incluso los pensadores más osados y revolucionarios se han inclinado respetuosamente ante la ciencia, Kropotkin quiso acabar con las instituciones establecidas, pero nunca tocó a la ciencia. Lévi-Strauss excluye del relativismo propio de las ideologías a la ciencia. Marx y Engels creían en ella como instrumento de liberación en sus días.

Este punto de vista era válido en los siglos XVII y XVIII, cuando la ciencia era aún una de las múltiples ideologías concurrentes, cuando aún el Estado no se había pronunciado a su favor y la adhesión a ella era un intento libertario. En nuestros días una actitud tal es inconcebible. Por aquel entonces, la ciencia era un

24 Feyerabend, ¿Por qué...?, p. 160.

poder liberador, no porque hubiera encontrado la verdad o el método correcto aunque sus defensores pensarán que éste era el motivo, sino porque se oponía a las ideologías imperantes, institucionalizadas, y así, permitía al individuo pensar. En nuestros días no existe ese vínculo entre ciencia y libertad. Las ideologías, al ser tomadas por el sistema social gobernante, degeneran y se convierten en "religiones dogmáticas".²⁵ La degeneración comienza en el instante mismo en que tienen éxito: se convierten en dogmas al aplastar a la oposición. Su triunfo es el inicio de su decadencia.

La historia de la ciencia en el siglo XIX es la historia de su exitosa decadencia. Habiendo proporcionado al hombre ideas para liberarse de su miedo y de una serie de añosas religiones tiránicas, ahora es una esclavizadora férrea. Ahora, en simbiosis con el Estado, resulta muy difícil ponerla en duda siquiera. Feyerabend opina que, sin embargo, los racionalistas y científicos no pueden argüir racionalmente (científicamente, agrega -?!-) en favor de esa postura ideológica única. "Al reemplazar la religión, el racionalismo y la ciencia no crearon el paraíso -con mucho-, pero tampoco crearon el caos",²⁶ puesto que se trata de filosofías del orden. De esta manera, un orden viene a ocupar el lugar de otro orden. La excelencia de la ciencia se asume, no se arguye. Los científicos y filósofos de la ciencia actúan como los defensores de la Iglesia Romana lo hicieron con anterioridad: la doctrina de la Iglesia es verdadera, todo lo demás es necesidad pagana. Incluso algunos métodos de discusión e

25 Ibid, p. 61.

26 Feyerabend, Science in a free Society, Verso Ed., London, 1978, p. 79.

insinuación que formaron parte de la retórica teológica han encontrado un nuevo hogar en la ciencia moderna.²⁷ Este fenómeno, empero, en el caso de la ciencia, ha llegado a los límites más extremos, puesto que su influencia en las sociedades "libres" de nuestros días no admite ninguna voz disidente. El supuesto de una inherente superioridad de la ciencia ha llegado más allá de la ciencia misma y se ha convertido en un artículo de fe para casi todos. Esto lleva a Feyerabend a afirmar que la ciencia ya no es una institución particular, sino que es parte básica de la sociedad moderna; mientras que el Estado y la Iglesia están cuidadosamente separados, el Estado y la Ciencia trabajan conjuntamente.

La nueva religión podría ser, así, denominada cientificismo (scientisme), una religión como todas, irracional, emocional, intolerante. La redacción de la revista Survivre afirma que la ideología más peligrosa y poderosa mundialmente en nuestros días es ésta. Es un sólido fondo común tanto para la ideología capitalista como para la ideología comunista bajo la forma en vigor en la mayoría de los países denominados socialistas. La única (y debilísima), desacreditadísima reacción contra esta ideología científicista sería el movimiento mundial de contra-cultura, que pone de relieve los aspectos místicos, mágicos o religiosos de la experiencia humana de la naturaleza.²⁸

27 Ibid., p. 73.

28 "La nouvelle église universelle", en (Auto) critique de la science. Por algo Mario Bunge, epistemólogo reaccionario, no le da cabida a la contra-cultura en ningún espacio contemporáneo de la sociedad, bajo el pretexto de que es destructiva y violenta (Pseudociencia e ideología, Alianza Editorial, Madrid, 1985, p. 138).

LA ESCOLARIZACION DE LA SOCIEDAD.

Por medio de la monopolización de la enseñanza, llevada a cabo por la institución llamada escuela, la sociedad reproduce el orden establecido en todos sus aspectos, llámese éste revolucionario, conservador, evolucionista, racionalista, etc. La imposición de la injusticia como orden natural se va instrumentando con métodos arteros que van desde el refinado acondicionamiento de una sociedad con el fin de confundir el fenómeno enseñanza con el de aprendizaje, hasta la aceptación de la inicua y brutal situación imperante en el salón de clases -sobre la que se ha hablado mucho como para abordarla en este espacio-. La escuela se ha establecido como la religión mundial de nuestra era. El mundo oriental y el tercer mundo, que se habían mantenido al margen, decidieron al cabo ingresar a la era de la civilización iluminada, siguiendo los patrones occidentales de desarrollo: ciencia, escuela y consumismo. No sólo la educación, sino la realidad social entera ha sido escolarizada. Ahora se ha llegado a los extremos de acudir a una institución de enseñanza con el fin de aprender a comer y a masticar la comida "saludable", a nadar y a practicar toda suerte de deportes, a estar sano, a pensar y meditar, a seguir "correctamente" un embarazo, a parir e, incluso, a respirar de manera apropiada. Los creadores de las necesidades de valor institucionales se aseguran de que todas las inquietudes personales -físicas, psicológicas, intelectuales, emotivas, etc.) sean transformadas en demanda de bienes y servicios.

Se decide, igualmente, que los niños -cada vez a más temprana edad, por cierto- deben ir a la escuela a aprender (a hacer lo que les ordenan), se les enseña un comportamiento infantil que deben adoptar por un tiempo determinado, impuesto por la sociedad de acuerdo a sus necesidades (se los condena, así, a ser niños). Los infantes son considerados altamente vulnerables y dependientes (sumisión forzada); se los priva de la posibilidad de decidir, de obtener ingresos -el trabajo infantil es una atrocidad perteneciente a la barbarie (contrástese esto con los últimos rincones olvidados del tercer mundo, en donde los niños comparten una realidad adulta con los mayores)-. Dicha etapa se va haciendo cada vez más prolongada -pues ahora ya no se está suficientemente capacitado con una simple licenciatura para hacer frente, al lado de los competidores hiperescolarizados, a la pujanza en el mercado de trabajo²⁹-. Este hecho provoca muy graves problemas en el individuo, que debe permanecer dependiendo de (sometiéndose a) su familia (=estructuras sociales) -o a subempleos, en el caso de los países llamados desarrollados- por un periodo más y más amplio de tiempo. No se es un individuo independiente, socialmente hablando, hasta no haber cumplido con las condiciones de escolaridad impuestas por la colectividad. Así, se divide en "castas" a los sujetos, cuya dignidad educacional es determinada por el promedio de años de escolaridad de los mismos. La escuela vende currículum, bajo el presupuesto de que

29 En algunos países avanzados, Canadá por ejemplo, esto representa ya un serio problema pues, al contratar como secretaria a una maestra en asuntos bibliotecarios y archivología, que con el tiempo será doctora en Relaciones Internacionales, el sector público y privado tienen que respetar un salario estipulado de acuerdo con la preparación del sujeto.

el valor del aprendizaje puede ser medido y documentado por grados y certificados. Y lo vende caro: el precio es el sometimiento a sus reglas. Quien no se encadena, es marcado indefectiblemente sobre la frente con el estigma de la incompetencia, de la impericia. La escala actual de destreza, de competitividad y confiabilidad para la asignatura de un puesto se calibra por la tolerancia a las altas dosis de escolaridad. El contratante, en el mercado de trabajo, sabe muy bien que la escuela es el modelo ejemplar burocrático aplicado al adoctrinamiento de consumidores de escolaridad (léase *sometimiento*), dóciles y manipulables, adaptados. "La escuela es el lugar equivocado para aprender una habilidad", nos dice Illich³⁰, pues es evidente que el aprendizaje de habilidades y la educación para lograr un comportamiento creativo, inventivo, son frecuentemente de naturaleza opuesta. Las escuelas han enajenado al hombre de su aprendizaje, mediatizando este último. De allí que se haya llegado a afirmar que el alumno aprende a pesar del maestro³¹. En todo el mundo, la escuela tiene un efecto antieducacional en la sociedad: la escuela es una institución que se especializa en el espejismo de la enseñanza. Las fallas enormes de dicha institución son tomadas como prueba de que la educación es una tarea compleja, muy amplia, casi imposible. Los programas escolares hacen las veces de un catequismo racionalista

30 Illich, *op. cit.*, p. 15.

31 Illich, *ibid.*, p. 11. Illich ha sensibilizado a un importante sector de la sociedad norteamericana, poniendo el dedo en la llaga. Su gran error, sin embargo, es situar el problema escolar en un *comportamiento* social, en la superficie, en vez de insertarlo en las estructuras económicas e, incluso más profundamente, en los modelos occidentales de civilización, basados en la explotación del hombre por el hombre. Irónico, además, que Illich haya puesto una "escuela" más en Cuernavaca.

compulsivo. Casi todas las materias científicas son obligatorias. Mientras que los padres pueden escoger entre educar a su pequeño hijo en la doctrina protestante, en la fe judía u omitir una instrucción religiosa del todo, esta libertad no la tienen respecto de las ciencias. La física, la astronomía, la química deben ser aprendidas, no pueden ser sustituidas por astrología, magia o libre expresión de protesta. Una vez en el salón de clases, no suele decirse: "alguna gente cree que la tierra se mueve alrededor del sol", sino "la tierra se mueve alrededor del sol. Los hechos científicos se aceptan, se enseñan, son la base de importantes decisiones políticas, sin haber sido nunca examinadas, sin haber sido votadas.³²

El relativismo y el anarquismo son rechazados porque ponen en entredicho los pilares de la sociedad.

Es importante subrayar que la ciencia es tan sólo una ideología más entre otras y que debe dejar de ser adorada ciegamente.

Suprimir las escuelas, los maestros y a aquellos críticos anodinos -que ayudan a fortificar el sistema-, sería contribuir a la tarea de exterminar discriminaciones y estructuras jerárquicas.

Huelga decir que la ideología marxista, opresiva como toda ideología institucionalizada, no ha modificado la explotación impune de este aparato de Estado en ningún país, pues sirve muy adecuadamente a sus fines. Recuérdese que, después de todo, la educación es parte de la sociedad, no la solución de sus problemas.

32 Feyerabend, Science in a free..., p. 74.

LA LITERATURA EN ESTE CONTEXTO

Pues bien, sucede que los estudios literarios no fueron de ninguna manera remanso que escapara a la infición creciente. No es mera coincidencia el hecho de que la legitimización de la institución literaria en el siglo XIX -ahora científica- se logre también puntualmente, en el momento en que las disciplinas sociales toman posición respecto al sistema de producción floreciente que, por injusto y -en esta ocasión, especialmente- "civilizado", no puede permitirse ningún gran error. "Con este carácter legitimado científicamente se logra la fundación propiamente dicha de esta institución", nos dice ingenuamente Dubois³³. Y agrega que el deber de esta corporación consiste en "mitificar las prácticas que ella consagra"; su base "consiste en la aparición de un aparato crítico susceptible de enunciar leyes y sanciones"³⁴, elaboradas (por supuesto) en el interior del ámbito de las letras, por los respetables representantes de la sapiencia en este campo. La institución literaria se instaura en este sistema, una vez más, como un aparato crítico capaz de enunciar leyes y sanciones, volviéndose especialmente rígido al valerse de nuevas estrategias, con el derecho que le confiere el manejo de un cuerpo teórico y, en este caso, científico, inatacable.

33 Dubois, Jacques. L'Institution de la littérature, Labor, Bruxelles, 1978, p. 119. El subrayado es nuestro. Seguramente el autor olvida los criterios que dicha institución imponía en siglos pasados, por medio de sus monstruos sagrados, en la forma de poéticas y retóricas prescriptivas.

34 Loc. cit. El subrayado es nuestro.

El papel que deben cumplir las ideologías literarias es de dos tipos: 1) organizar discursos (teorías, críticas, comentarios) con pretensiones metodológicas sobre el legajo de textos proclamados literarios, y 2) hacer de estos discursos un instrumento de control sobre la producción y aceptación de textos futuros, así como de los nuevos discursos sobre estos textos; es decir, dictar lo que es literatura y lo que no lo es.

Dicha institución, aún en nuestros días y con insistencia sorprendente, por lo general vuelve una y otra vez a presentar lo literario, con sus ajustes necesarios, como una instancia más o menos objetiva, con alguna coloración, es verdad, histórica o social. Si bien es cierto que algunos autores nos previenen contra ello, no varían en gran cosa su postura hacia lo literario, nos proponen un cuerpo teórico más que dé cuenta del nuevo objeto de estudio literario, así venga a ser la respuesta (científicamente asentada, estadísticamente, todo) de un grupo de lectores sobre lo que han creído percibir en un texto; descubre de nuevo objetivamente que la literatura es una entidad abstracta, una serie de prácticas que operan tanto sobre el lenguaje como sobre lo imaginario, y que, por lo tanto, es asible, aunque con ayuda de otro instrumental.

Ahora es tiempo de desalojar lo evidente, lo místico y lo dogmático de los pies de esta molesta dama científica, sui géneris, y sus pretensiones fuera de los ámbitos que le deben ser extraños, que le son opuestos por naturaleza. La crítica literaria, derivada de cualquier cuerpo teórico, no puede ser sino una práctica ideológica, un discurso que dobla a otro discurso (el texto). La teoría literaria

viene, así, a ser un cuerpo ideológico cuyo objeto es una práctica ideológica: es el discurso metodológicamente bien estructurado que observa un discurso que dobla a otro discurso.

En este punto, habrá que hacer la salvedad de que no se trata de establecer una relación mecanicista. No se puede reducir a la literatura a la(s) ideología(s) bajo la correspondencia siguiente: literatura=forma, ideología=contenido. La producción literaria, no sólo por la interpretación de su contenido³⁵, sino por la función que se le asigna en el mundo actual, está condenada -contrariamente a su supuesta naturaleza- a servir como un instrumento más de sometimiento, como una región más en la que se prueba que los valores impuestos son los verdaderos, como una más de las herramientas ideológicas eficaces para sostener el orden establecido.³⁶

LA ESCUELA Y LA FE.

En la escuela aprendemos a adorar a Shakespeare porque Shakespeare debe ser adorado; así se ha decidido desde siglos atrás en Europa y la Cultura Europea no puede equivocarse (son las culturas africanas, americanas y orientales las que, frente al modelo europeo, son bárbaras, infrahumanas o primitivas). Se ha decidido igualmente

35 Las obras literarias son acreditadas de acuerdo a sus formas también por los mandarines de la cultura en un régimen dado. En la Unión soviética, bajo el crimen de decadentistas, eran prohibidas la obras que no pudieran ser clasificadas formalmente bajo el título de realismo socialista. Los seguidores soviéticos de las corrientes francesas de vanguardia de este siglo eran perseguidos y proscritos.

36 Véanse algunos ejemplos en el libro de Eagleton, op. cit., p. 30 y ss.

que la literatura del Tercer Mundo es una literatura de segundo orden, así como se decidió, en un momento en la Historia, que el indio americano no alcanzaba el rango de ser humano. Si, tras la lectura y exégesis de una de las obras del mencionado autor inglés, la insolencia del enseñando llega hasta el punto de continuar preguntando por qué se lo considera un gran escritor e insistiendo que a él no le gusta, el instructor alzará las cejas, mirará el cielo, pensará que se trata de nuevo de un rebelde sujeto refractario a la Cultura, sin analizar la pregunta en su fuero interno, y reaccionará con la actitud propia del sacerdote al que se le cuestiona la existencia de Dios. Afrontemos la realidad: no existe una sola razón inherente en la obra de Shakespeare, o de cualquier otro autor extraordinario, por la que éste deba ser destacado entre otros y ocupar un lugar preeminente en la pirámide del legajo literario.

Las comparaciones entre literatura y religión, por lo demás, han sido numerosas a lo largo del tiempo. Martha Robert nos dice:

"La literatura(...) puede reclamar, si no la paridad legal con la religión, al menos unos derechos especiales en la esfera de lo sagrado. Estos derechos(...) se manifiestan incluso en el vocabulario con el que la poesía define sus objetivos y sus operaciones técnicas: habla de inspiración, de elección, de vocación, de misión e incluso(...) de maldición. Posee sus capillas, sus profetas, sus

ascetas, sus magos. Tiene también su parte oscura, sus ocultismos, su alquimia, sus heréticos y, por supuesto, sus mártires."³⁷

Eagleton, a lo largo del capítulo "El ascenso de las letras inglesas", nos muestra convincente y largamente cómo el éxito de la literatura en siglos anteriores en Inglaterra se debió al fracaso de la religión para seguir sirviendo de aglutinante social. Las bellas letras toman el relevo "a medida que la religión deja de proporcionar el 'cemento' social, los valores afectivos y las mitologías básicas que sirven de soldadura en medio de la turbulencia social de una sociedad dividida en diversas clases". Lo hace con mayor ahínco a partir de la época victoriana, momento en que viene a servir aún más como "vehículo destinado a transportar esa carga ideológica".³⁸ El problema de pérdida de fe en la religión preocupaba hondamente a la clase dirigente victoriana, ya que la religión ofrece una forma supremamente eficaz de control ideológico. Los grandes cuerpos ideológicos eficaces no recurren a conceptos explícitos o a formulaciones doctrinales, sino a la imagen, al símbolo, a la costumbre, al rito y a la mitología. La religión es afectiva y "experiencial". "Por fortuna", nos dice Eagleton, "se tenía a la mano otra estructura de tipo parecido: la literatura inglesa (...). Si no se arrojan a las masas unas cuantas novelas, quizás acaben por reaccionar erigiendo unas cuantas barricadas".³⁹ y nos relata cómo

37 Martha Robert, Acerca de Kafka, acerca de Freud, Ed. Anagrama, Barcelona, 1970, p.52.

38 Op. cit., pp. 36-7.

39 Ibid., p. 36.

"la literatura se convierte en algo más que la criada de la ideología moral: es la ideología moral de los tiempos modernos".⁴⁰

Que terrible golpe para la visión romántica que tiene a la literatura como el quehacer más noble y la práctica que más nos concientiza y libera, la más indomable y pura... Visión compartida por Marx, marxistas y un sinnúmero de críticos y teóricos sociales. Este, debe mencionarse, no es, con mucho, el único caso en la historia.

Por supuesto, en los estudios de las letras inglesas "importaba menos la literatura inglesa que la literatura inglesa".⁴¹ Shakespeare y Milton en tanto que ingleses y no en tanto que escritores universales.

Así, la literatura se convirtió en "una nueva religión, un refugio nostálgico frente al enajenante capitalismo industrial. Un poema resultaba tan impenetrable como el mismo Dios Todopoderoso a los esfuerzos de la investigación racional".⁴² De ahí que la Nueva Crítica fuera un irracionalismo sin atenuantes, íntimamente

40 Ibid., p. 41.

41 Op. cit., p. 42.

42 Ibid., p. 64.

relacionado con el dogma religioso⁴³ (la mayoría de sus representantes eran, por cierto, cristianos).

Los nuevos sacerdotes de este siglo, más severos y racionales en la liturgia que compone su rito de adoración, cayeron en el mismo error que los chinos, los liberales mexicanos y los revolucionarios soviéticos quienes, habiendo clausurado iglesias y monasterios, se vieron obligados a abrir escuelas, inventar una caterva de héroes nacionales, construir estatuas y mausoleos, embalsamar gente, pintarla y exhibirla ante la ociosa, huérfana religiosidad general. Todo por sostener los modelos de civilización convenientes, las estructuras jerárquicas (en cuya alta punta se encuentran ellos sentados), la explotación del hombre por el hombre.

Los campesinos en el terreno literario, habiendo perdido la seguridad de su fe en la lluvia de las ideas espontáneas, de la sensibilidad cultivada, extrajeron de su vernáculo nicho al milagroso santo científico, lo pasearon por sus campos desamparados, esperando un milagro. Cubrieron con los pliegues de la nueva túnica santa el inmenso erial, y esperaron que por contaminación sufriera algún cambio, contando con la fe y buena voluntad de los miles de fieles que esperaban el milagro. Y el "milagro" ocurrió: cerrando los ojos,

43 John M. Ellis nos dice que los críticos literarios, en lugar de ayudar a un mejor aprecio y comprensión de la literatura, por lo general han tenido un efecto destructor, haciendo las veces de "una gran barrera" entre lectores y textos literarios ofreciéndoles un escape fácil de las complejidades del texto. El primer paso, no dice, sería que el crítico se viera a sí mismo como un analista de una situación "y no como sacerdote que inicia a otra persona en unos hechos que de otro modo serían inaccesibles (...). Los principales argumentos del crítico equivalen siempre a buscar el papel de sumo pontífice" (en Teoría de la crítica literaria, análisis lógico, Taurus, Madrid, 1988).

la literatura recobró sus antiguas glorias y frutos, fue el precario paraíso sagrado de nuevo: un irrefutable objeto científico.

Es completamente inútil que nuestra vilipendiada sensibilidad poética trate de asirse racionalmente, terqueando en su postura, con las anclas en boga, que merecen todo el respeto de la sociedad de hombrechicos, tales como la formalización, la cuantificación, la estadística, la computación, la cibernética, las matemáticas: no estamos -o no deberíamos estar- engañando a nadie: seguimos llevando a cabo una simple racionalización de nuestro sentir, de nuestra sensibilidad, de nuestras preferencias, con intenciones -por supuesto- extraliterarias. Por otro lado, es claro que estamos actuando como los especializados tornillos de una maquinaria en movimiento, ayudando a su perpetuación con nuestro cielo.

Schmidt, van Dijk e Ihwe, conscientes del complejo fenómeno social que dicta los textos que deben de ser considerados como literarios, proponen que se estudie la función que cumplen en la reproducción (y/o transformación) de las relaciones que constituyen una sociedad. Así, proponen el estudio de las relaciones sociales ideológicas de una estructura en interacción. En una palabra, no el texto literario sino su funcionamiento, con lo que, finalmente dejamos de lado lo que nos produce placer, para analizar al microscopio sólo situaciones externas e incidentales, aledañas.

¿EXISTE UN LENGUAJE LITERARIO?

Algunos teóricos insisten en que no sólo se debe de tomar en cuenta la función de los textos, sino que existen aspectos formales y estructurales propios de los productos literarios.

Sin embargo, esta postura es en la actualidad insostenible. No existe absolutamente nada, en el discurso literario, que no pertenezca a otras disciplinas y lo haga exclusivo de este terreno. Ni siquiera el orden o la coexistencia en una disposición "especial" de estos códigos llega a formar un código literario. Lo que hace a un texto un texto literario no es lo que se encuentra en él, sino el tipo de lectura que se aplique sobre el mismo, la actitud con la que se aproxima a ese discurso el sujeto. Texto literario es, en fin, lo que en la escuela se enseña que es texto literario.

Veamos el famoso poema surrealista de Louis Aragon, que hizo furor en Francia en los años veinte y que se encuentra casi indefectiblemente en las antologías de la poesía francesa moderna:

PERSIENNES

Persiennes?
 Persiennes Persiennes Persiennes nes
 persiennes persiennes persiennes persiennes persiennes persien-
 persiennes persiennes persiennes persiennes persiennes
 persiennes persiennes persiennes persiennes persiennes
 Persiennes persiennes persiennes persiennes
 Persiennes?

o el siguiente, llamado Suicide:

A b c d e f
 g h i j k l
 m n o p q r
 s t u v w
 x y z

recuérdese, asimismo, Le Poème chimique, Le Poème statique, Le Poème optique, publicados en lengua "zaoum". O el ensayo de poesía pura, Poème à crier et à danser, de Pierre Albert Birot:

an an an an an an an an
 an an an
 iii i
 pouh pouh pouh pouh
 se se se se
 drrrr oin ourn
 an an an an
 aaa aaa aaa tzinn
 iii iiiiii
 ha ha ha ha ha ha ha
 rrrrrrrrrrrrr

Probablemente se piense que estamos presentando casos extremos como ejemplos. Sin embargo, no hay nada en sí que diferencie alguno de los poemas anteriores de un soneto del siglo XVI: el arte es una nueva ordenación de los elementos lingüísticos que los distintos grupos manejan en la realidad cotidiana de una sociedad dada. Pues bien, sólo fue suficiente, tras la publicación de dichos poemas, que los críticos de arte de moda en aquel momento suscribieran el trabajo mencionado como poesía, y Poesía con mayúscula, para que el desconcertado, expectante público, se dispusiera a aceptar estos loables intentos de crear al fin una poesía pura.

Si encontráramos los poemas anteriores como parte de un texto de economía o en un libro escolar infantil, con nuestro cambio de actitud, con nuestra lectura sin los aprendidos elementos de apreciación estética en movimiento, dichos poemas no serían nada más que un juego infantil de, tal vez, bastante mal gusto.

Así, se enseña lo que es literatura y lo que es gran literatura. Para que un público lego entienda, y eventualmente goce, una obra dramática que presenta gente con aires ampulosos y lenguaje elegante, alrevesado y versificado, es necesario que Las Autoridades (investidas de todo el poder de Institución Ideológica, contando con la inconsciente supinación mental del público literario) "encuentran" elementos para probar que se trata de una gran obra europea, escrita por un gran Shakespeare, en inglés, en un gran siglo XVI, para que el sujeto se disponga a ser invadido por el placer inherente a esa obra o se declare inapto, ignorante. Terry Eagleton nos dice al respecto⁴⁴ que cualquier cosa puede ser literatura, y que cualquier cosa que inalterable e incuestionablemente se considere literatura, "Shakespeare, por ejemplo", puede dejar de ser literatura. Nos advierte asimismo que no hay ni obras ni tradiciones literarias valederas, por sí mismas, independientemente de lo que sobre ellas se haya dicho o se vaya a decir. Estas son productos de un juicio de valor, de un juicio transitorio, que significa lo que algunas personas aprecian en circunstancias específicas, basándose en determinados criterios y a la luz de fines preestablecidos. Es por ello que considera muy posible que si se realizara en nuestra historia una transformación lo suficientemente profunda, podría surgir en el futuro una sociedad incapaz de obtener el menor placer de la lectura de Shakespeare. Quizá sus obras le resultasen desesperadamente extrañas, plenas de formas de pensar y sentir que en la sociedad en cuestión se considerarían estrechas o carentes de significado. "En esas circunstancias, Shakespeare no valdría más que

44 Ibid., p. 22.

los letreros murales -graffiti- que hoy se estilan". Puntualiza que si bien muchos considerarían que se habría descendido a condiciones sociales trágicamente indigentes, se pecaría de dogmatismo si se rechazara la posibilidad de que esa situación pudiera provenir más bien de un enriquecimiento humano generalizado.⁴⁵

Cuando un autor "permanece" en el tiempo, no sucede así por cuestiones que un idealista señalaría como resultado de una inextricable "genialidad" o de un enigmático "valor universal" inherente en su obra sino, a decir de Eagleton (y haciendo a un lado parte de la enorme carga ideológica por un momento) porque compartimos aún ciertas "inquietudes" con la obra en cuestión y, sobre todo, porque no hemos estado evaluando "la misma obra", no hemos estado leyendo a un "mismo" Shakespeare. Cada época (y cada individuo), por el contrario, "reescribe", de acuerdo con sus propios fines, "todas las obras literarias que lee". La permanencia no tiene en absoluto nada que ver con el "valor intrínseco" de una obra.⁴⁶

Por otro lado, los juicios de valor son siempre relativos, y se encuentran en afirmaciones tan aparentemente objetivas como la siguiente: "Esta catedral es una muestra clásica de la arquitectura barroca", y aún en la siguiente: "Esta catedral fue construida en 1612". Un visitante extranjero podría con razón replicarnos, cansado: "¿Por qué tanta insistencia en las fechas de construcción en estos países? En la sociedad en que vivo no conservamos datos de esta naturaleza. Clasificamos nuestros edificios en los que miran hacia el

45 Ibid., p. 23.

46 Ibid., p. 24.

noreste y al sureste". Las afirmaciones "objetivas" de la catedral ponen en evidencia una parte del sistema inconsciente basada en juicios de valor subyacentes en los datos descriptivos. "Todas las declaraciones descriptivas se mueven dentro de una red (a menudo invisible) de categorías de valor", afirma Eagleton.⁴⁷ En el caso de la oración de la catedral, se da por asentado cierto número de juicios cuestionables: que esas enunciaciones valen la pena más que otras; que estoy capacitado para formularlas y garantizar su verdad; que no carece de utilidad formularlas; que el interlocutor las entenderá, etcétera. Eagleton manifiesta que el afirmar que "el conocimiento debe ser 'ajeno a los valores' es, en sí, un juicio de valor".⁴⁸

Este autor menciona un experimento que se llevó a cabo con alumnos de la universidad. Se les presentaron poemas sin el nombre del autor ni referencias. Al hacer una evaluación de éstos, los alumnos, como regla, se equivocaron y dieron una escala menor a renombrados poetas y calificaron de excelentes a otros por completo desconocidos.

Para gustar de los "versos" infantiles de un tlamatinime nahua, como los siguientes:

"Muy cierto es: de verdad nos vamos, de verdad nos vamos;
dejamós las flores y los cantos y la tierra.
¡Es verdad que nos vamos, es verdad que nos vamos!

47 *Ibid.*, p. 25.

48 *Ibid.*, p. 26. Recuérdese que la ciencia no escapa a este tipo de subjetividad, según hemos visto con anterioridad.

sólo necesitamos hacer, de nuevo, una adaptación de nuestro concepto de poesía.

Pensemos ahora en la literatura epistolar o en el lenguaje puramente jurídico, histórico o coloquial de tantos y tantos textos literarios. ¿Dónde podremos localizar siquiera los indicios de lo literario?

No son pocos los autores que no admiten la existencia de un código literario o de supuestas cualidades específicas, como tampoco unidades "mínimas" de lo literario, puesto que no hay signos. Los estudios literarios podrían rendir cuenta de los códigos que se encuentran en un texto; por desgracia, empero, cada código lleva en sí los caracteres físicos de la materia de la que es expresión. Así, estos caracteres no pueden ser específicos de un discurso, ni siquiera alegando que la combinación de estos códigos forma lo literario, puesto que esta combinación es única en cada texto. La literatura, argumentan, es el resultado de una actitud particular de parte del individuo que se acerca al texto.

En dónde podrían encontrarse las estructuras internas, intrínsecas que son la condición necesaria. Suponer que estos bellos productos del ingenio humano tienen una característica que no sea definida y valorada socialmente (es decir, que un grupo la designe -la imponga- como literatura), es afirmar que la belleza es inmanente a los objetos, que se encuentra fuera de la determinación humana y que la más elaborada muestra de cerámica azteca será bella, un objeto artístico, en cualquier otro planeta. Ninguna apreciación artística puede existir independientemente de un ámbito social

determinado y, más exactamente, a la vera de la intervención y dictamen de sus autoridades reconocidas en el campo correspondiente.

Con ese mismo razonamiento, se puede rebatir también la visión igualmente romántica de que el tiempo es lo que reconoce y templea los productos artísticos y dicta lo que será *lo clásico*. Quién si no esas mismas instituciones sociales, de acuerdo con las necesidades sociales de los intereses en el poder.

Francamente es difícil ver más razones de inmortalidad en una obra de Shakespeare que en una serie de "versos" nahuas, si no es, entre otras cosas, la de perpetuar la colonización cultural europea por medio de su sobreposición a la cultura de los otros mundos.

Las novelas *Cómo se templó el acero* y *La madre*, no pasarán probablemente, en otra época, de ser literatura panfletaria del pasado. ¿Cuánto tiempo se aplazó la designación del premio Nobel a Gide por su preferencias íntimas en favor de las filas masculinas? ¿Y la negación de dicho premio a Borges por su ideología reaccionaria? ¿Quién dice que en Irán, en Vietnam y en Los Estados Unidos no se lleve a cabo un cuidadoso, aunque inconsciente, escrutinio de las lecturas que deben ser publicadas y distinguidas con el favor del público?⁴⁹ ¿Y quién que se encuentran equivocados en su elección o, más aún, en los criterios que prevalecen tras ésta? ¿Quién que los nuestros son mejores? ¿Será acaso una coincidencia que los grandes premios internacionales se entreguen a hombres de edad ya avanzada (de una ideología ya cuajada) o a aquéllos altamente comprometidos

49 Los criterios pueden ser, por supuesto, religiosos, políticos o "simplemente" de mercado.

con una causa "justa", y que los clásicos sean tales, canonizados, una vez que ya han muerto?

Si nuestra sociedad, cada vez más tecnocratizada, llega a desterrar de la crítica literaria el funesto sentimiento y la deplorable impresión -proyecto al que se prestan un gran número de estudiosos en el campo literario- por medio de sus seguidores, si llega a instaurar, bajo el rubro de "la poesía perfecta", "el arte perfecto del nuevo siglo científico", una extraña mezcla de ecuaciones y frases matemáticas, en algún preciso orden prescrito como computacionalmente perfecto, esa nueva corriente será aceptada y adorada como la culminación de tantos intentos infructuosos en ese pasado de acuciosidad troglodita.

LA INSTITUCIONALIZACION DE LOS VALORES.

El campo de la literatura es tan extenso (sólo multidisciplinario, dicen algunos) que la totalidad de sus discursos abarca áreas que pertenecen prácticamente a todos los campos del saber. No puede afirmarse en ningún momento, como se ha hecho, que existe una cualidad diferencial específica en los textos que pertenecen a este terreno, como no se puede afirmar que exista un sistema único o un código único que puede dar razón por sí solo de todas las significaciones producidas por todos los textos que comparten esta "especificidad".

Mientras que, por un lado, los discursos institucionales de la literatura describen lo literario como una esencia, un análisis más

detenido nos presenta a "la literatura" como una entidad abstracta, nos hace ver que lo que existe concretamente son cierto tipo de prácticas que operan sobre lo imaginario, cuya unidad sólo se realiza en ciertos niveles de funcionamiento y de inserción en la estructura social.

Lo artístico, al igual que cualquier práctica social, está sujeto, entre otras cosas, al papel de la historia, la presencia de lo ideológico y lo institucional, y el problema subjetivo de todo a todo del sujeto que observa el fenómeno.

Una ideología no es el conjunto de ideas dotadas de una existencia limitada en sí misma. Por el contrario, su existencia está condicionada a su interacción en el complejo de las prácticas sociales: el vehículo de existencia de una ideología es su intervención en una práctica.

Cada institución cubre un sector específico de la práctica social, organizándola de una manera específica. Su eficacia se encuentra en que asegura la "socialización" de los parroquianos por medio de la imposición de sistemas y valores. Estos dictámenes irrefutables y este sometimiento promoverán la reproducción de las relaciones sociales. Las instituciones aparecen como lugares de dominación no sólo por la manera de presentar el material que manejan, sino por el tipo de estructura que utiliza, la jerarquización. Es difícil oponerse a los grandes preconizadores sin ser acusado, de entrada, de hereje, de renegado, y ser excomulgado.

La institucionalización de los valores lleva irremediablemente a la contaminación física, a la polarización social, a la impotencia psicológica, que son las tres dimensiones en el proceso de la degradación global y de la miseria modernizada⁵⁰. Y, sin embargo, en la sociedad actual, ¿qué ámbito queda a salvo de la irrupción de los sistemas enajenantes que andan en busca de un objeto más para alimentar su poder con él? El arte, ese último resguardo de creatividad, libertad e interpretación individual ha sido invadido por la institucionalización de la interpretación: ya debe bastarle, a esa necesidad de libertad del individuo, con poder decidir qué texto va a querer "interpretar" institucionalmente.

Me parece que la gran mayoría de estudios que se llevan a cabo en el campo literario incrementan la institucionalización de la literatura, mientras que debiéramos, creo, estar trabajando precisamente en la dirección contraria.

En este punto me pregunto: ¿qué es lo que deben estudiar la disciplinas literarias? Si no la literariedad, por razones expuestas anteriormente, ¿las sociedades y sus imposiciones? (Fowler, van Dijk y Schmidt⁵¹). ¿Es eso lo que queremos estudiar? ¿Y el placer del texto, ese placer que es lo que nos ha acercado al terreno literario?

Schmidt sostiene que el conocimiento de los contextos socio-cultural, socio-económico y político es indispensable para el

50 Ivan Illich, *Deschooling Society*.

51 Estos autores, como dignos representantes de su papel atribuyen una gran importancia a la comunidad literaria que decide el lugar que el texto debe ocupar en el corpus.

análisis de los textos literarios. Fowler opina que sin la previa determinación de las posibilidades dentro del contexto amplio de la cultura en su totalidad ningún significado es posible⁵². Van Dijk, por su parte, dice que ninguna teoría literaria puede ser adecuada sin un número de teorías acerca del contexto. Sólo entonces, cuando se tomen en cuenta todos los niveles de análisis estructural y todos los contextos del uso, nos dice, podrá darse cuenta más o menos empíricamente de lo que la gente llama literatura⁵³.

Una vez insertado en el marco que hemos esbozado, el mejor de los estudios del contexto estaría arrojándonos, en el mejor de los casos, un estudio de las manipulaciones e imposiciones de una sociedad, que es estudiar aspectos completamente externos, a mi parecer, laterales y, prácticamente, irrelevantes si lo que conduce a un estudioso de la literatura al escrutinio de este quehacer es la relación de placer que se establece entre el relato leído y la sensibilidad de éste.

Así, podemos afirmar, los textos literarios no pueden poseer sino el valor y la interpretación que necesiten tener para funcionar en la institución que los enmarca -la cual, a su vez, sólo podrá marchar en una sociedad si lleva a cabo su labor de una manera atinada-. La sociedad, por su lado, sólo existirá el tiempo que pueda mantener sus valores en la cúspide de sus instancias.

52 Schmidt, "Empirische Literaturwissenschaft as Perspective", p. 542.

53 T. A. van Dijk, "Advice on Theoretical Poetics", Poetics 8, no. 6, p. 602.

Así las cosas, no es fácil destruir la visión religiosa que afirma que la literatura es un enigmático culto pagano, en donde el texto es el dios preso; el poeta, el sacerdote fanático; el crítico, el profeta endemoniado, tratando de establecerse en el factótum de una pirámide terrenal, en el constructor de su propio cielo en la tierra; un culto con su consabido número de mártires y condenas, destierros y anatemas y, por supuesto, el elemento más importante, sin el cual nada, el idólatra, asistiendo a los cultos, recibiendo instrucciones, aprendiendo a adorar y a temer, a sostener con su creencia y su contribución de consumo a toda la institución, los ojos enormes, la boca abierta.

Quede pues asentado que la literatura es un amplio y complejo fenómeno ideológico que no puede ser analizado sino en tanto que tal o, como hemos ido insinuando, particularmente, en una relación íntima, personal, con el sujeto que la consume, cosa que, hasta ahora ha hecho todo lector, incluso todos los críticos y teóricos literarios sin excepción alguna, antes de levantar el dedo para "defender" un punto de vista; eso sí, todos de manera oculta, en una etapa primaria, lavándose del pecado posteriormente con un análisis casi irreprochable. Nosotros, los inconformes: un caso de subjetividad inflamada, fácilmente refutable, minucias...

TRAS EL ALUVION, LA VUELTA AL CAUCE.

La crítica y la teoría literarias, desde la antigüedad, han tratado de aherrojar a la obra de arte por medio de poéticas preceptivas o "descriptivas"; al lector por medio de instrucciones o interpretaciones "válidas". Esto es enteramente explicable en términos históricos y sociales, ideológicos, según hemos visto. El apremio es explicable por factores extrínsecos a la obra de arte. Difícilmente, pensamos, podrá librarse en el futuro este campo de la creación de cuadros teóricos pretensiosos, adecuantes, domesticadores.

Creemos que la existencia y el florecimiento de la crítica y la teoría literarias son un resultado que no debe ser lamentado en sí; de ellas han resultado hermosos estudios críticos y descubrimientos pasmosos tras la superficie intrincada de la obra de arte, maravillosos ejercicios intelectuales y analíticos que, a decir verdad, poco tienen que ver con la naturaleza de aquélla y se llevan a cabo en otro terreno. Lo que a nuestro parecer resulta excesivo y probablemente evitable es la importancia y el lugar que, por cuestiones ideológicas, de poder, se han venido arrogando en el seno de las distintas sociedades. Esto, según hemos visto, no es de ninguna manera una mera casualidad; todo se lleva a cabo en un terreno propicio, que traiga provecho a un grupo o entidad social; incluso el público participa activamente al bloquear con tanto celo las áreas convenientes en sí y culparse de un lirismo supino en caso de transgredir las convicciones de la institución correspondiente. En

todos los terrenos de las ciencias sociales y el arte se ha venido fortaleciendo esta postura hasta nuestros días, producto de una directriz muy clara de las sociedades modernas hacia la sujeción, la mecanización y la automatización, hacia el rigorismo y la "exactitud" de sus saberes, incluso de aquéllos que, por esencia, son irracionales (racionalizables -recuperables-, replicarían prestamente otros); ante ellos ceden los hombres todo resquicio de espontaneidad y desahogo. La liberación de la racionalidad, nueva tirana de los pueblos, debe ser llevada a cabo.

Quisiéramos ilustrar la postura que hemos venido sosteniendo con un artículo del Dr. Suzuki, un aparente correligionario a quien, a pesar de su radicalismo blanco, podríamos tal vez incluir en las filas extremas de nuestro parecer.¹ Este menciona dos maneras de relacionarse con la realidad: la actitud occidental, una actitud analítica, inductiva, individualista, objetiva, generalizada, científica, organizadora, impositiva, y la actitud oriental, una actitud sintética, integradora, deductiva, intuitiva, subjetiva.

Para esclarecer estas actitudes, el autor toma dos poemas, uno proveniente del mundo occidental y otro del oriental. El primero pertenece a Tennyson:

Flower in the crannied wall,
 I plug you out of the crannies;
 Hold you here, root and all, in my hand,
 Little flower -but if I could understand
 What you are, root and all, and all in all,
 I should know what God and man is.

1 Véase "Conferencias sobre budismo Zen", en Budismo Zen y psicoanálisis, Dr. Suzuki y E. Fromm. F.C.E., México, 1970.

Sobre el cual comenta:

1.-El poeta arranca la flor y la sostiene en sus manos, "con todo y raíces" y la mira, quizá intensamente. El occidental no se conforta sólo con mirar la flor, así, naturalmente, sino que tiene que arrancarla. Es activo y analítico, no puede dejarla en el lugar en que crece, sino que tiene que apoderarse de ella, con todo y raíces, lo que significa que la planta tiene que morir; esto, sin embargo, no le importa, ni le importa el destino de la flor; su propia curiosidad es la que tiene que quedar satisfecha. Al igual que algunos científicos quiere hacer la disección de la planta. "El Occidente es estridente, verboroso. El Occidente transforma la palabra en carne y hace que esta encarnación se muestre en ocasiones demasiado burda y voluptuosamente".²

2.- Mirando la flor arrancada, que comienza probablemente a marchitarse, el poeta se formula la siguiente pregunta: ¿te entiendo? No, no te entiendo, no entiendo tu belleza ni entiendo ese sentimiento que provocas en mí, se responde. ¡No te entiendo! Si supiera qué es este sentimiento, qué eres, sabría qué es Dios y el hombre. No se identifica, así, ni con Dios ni con la naturaleza. Permanece siempre apartado de ellos, solitario. Su actitud es lo que suele llamarse "científicamente objetiva".

En Tennyson, opina Suzuki, no parece haber una profundidad de sentimiento; es todo intelecto, lo que es típico de la mentalidad occidental. Es un partidario del logos. Tiene que tener algo que

² Ibid., p. 9.

decir sobre su sentimiento, tiene que abstraer o intelectualizar su experiencia subjetiva. Tiene que salir del campo de los sentimientos al campo del entendimiento con el fin de asir lo que siente, descuartizando a la causa; debe sujetar la vida y el sentimiento a una serie de análisis para satisfacer ese espíritu occidental de investigación intelectual, objetiva, conceptual, esquemática, impersonal, legalista, autoafirmativa, dispuesta a imponer su voluntad y su opinión sobre todos los demás en cuanto encuentre Las Razones...

Por otro lado, Suzuki contrapone a Basho, un poeta japonés que compuso el siguiente poema Haiki:

Quando miro con cuidado
¡Veo florecer la nazuna
Junto al seto!

Basho va caminando, absorto en los problemas y la rutina, por el campo, y observa algo junto al seto. Se acerca, mira detenidamente, y descubre nada menos que una planta silvestre, insignificante y generalmente inadvertida por los caminantes. Basho es un poeta de la naturaleza, como lo son la mayoría de los poetas orientales. Estos la aman tanto, nos dice el autor, que se sienten parte de ella, uno con ella. La mayoría de los occidentales tienden a separarse de la naturaleza. Piensan que ésta y el hombre no tienen nada en común y que la naturaleza sólo existe para ser utilizada por el hombre. El sentimiento del poeta japonés surge al descubrir una planta "sin pretensiones". Su belleza provoca su admiración sincera; éste "puede leer en cada pétalo el más profundo misterio de la vida y el ser", se integra a ella, sobrepasa su individualidad y encuentra la paz y la

armonía. Cuando la propia mente se abre poética, mística o religiosamente, el hombre siente, afirma Suzuki, al igual que Basho, que en cualquier tallo de hierba silvestre hay algo que trasciende de verdad todos los sentimientos humanos venales y bajos, que nos eleva a un nivel de esplendor. El poeta japonés, opina igualmente, tiene ese don específico que permite descubrir algo grande en las cosas pequeñas (y no como el occidental, quien descubre cosas pequeñas en las grandes), algo que trasciende todas las medidas cuantitativas y todos los análisis objetivos. Tennyson probablemente experimenta una sensación parecida a la de Basho; la diferencia es que este último no arranca la flor. La mira solamente. Está absorto en sus pensamientos; siente algo en el espíritu, sin expresarlo, y se integra a ella. Deja que los signos de admiración digan lo que él siente; no tiene palabras para expresarlo, ni las busca, no las necesita; su sentimiento es completo, pleno, demasiado profundo y no tiene por qué ser conceptualizado (=encerrado en conceptos y palabras; las palabras lo alienarían de sí mismo tan sólo). El Oriente es silencioso, nos dice el autor (tal vez debiéramos decir era, pues el Oriente se ha occidentalizado en gran medida). Su silencio, sin embargo, no es un silencio mudo; es un silencio tan elocuente como la verborrea de Occidente. No tiene que desgarrar con la palabra ninguna emoción. Mientras que Tennyson se vuelve "objetivo", Basho permanece en la más absoluta subjetividad, en la más completa y sublime subjetividad. Sea cual sea su sentimiento y su profundidad, éste es comprensible para aquéllos que ya lo hayan experimentado realmente con anterioridad; para los otros no. En muchos aspectos Oriente puede parecer tonto,

nos dice, porque no es tan analítico ni tan expresivo, es caótico y aparentemente indiferente.³

Este mismo es el caso que nos ocupa. La obra de arte es desmembrada con el fin de intentar comprender los sentires que despierta, la manera en que lo hace, para comprenderla en sí; con el fin de entender la fascinación que ejerce sobre nosotros, se piden prestados bisturíes y hachas à double tranchant, todo, con tal de comprender qué es el arte, qué la literatura y qué despierta el efecto estético, qué hay detrás de ese cuerpo -sea éste una tela, un texto o una estatua-, qué nos provoca ese embelezamiento.⁴

No digo que no se deban desarrollar maquinarias ni cuerpos intelectualizadores, sino más bien que, puesto que éstos son inevitables y necesarios de acuerdo al tipo de desarrollo y cultura que nos ha venido conformando, deben funcionar en un nivel mucho más modesto, artesanal, doméstico (-cado?), deben ser despojados de sus pretensiones de universalidad e infalibilidad y, sobre todo, de su carácter justificador de movimientos de sometimiento. Debemos nosotros, prosélitos de la cultura, tener siempre en mientes su carácter relativo y funcional, sobre todo precisamente porque, de cualquier modo, a un nivel formal, a un nivel histórico y a un nivel ideológico, todos estos cuerpos están indefectiblemente destinados a

3 Debemos añadir que, en la actualidad, en el Oriente se encuentran igualmente casos sorprendentes de enajenación y males modernos.

4 En el caso de la ciencia, para evitar esa violenta ansia de conocimiento, entre otras cosas, Maslow nos propone en el capítulo "Ciencia taoísta y ciencia controladora" una ciencia menos agresiva y enajenante, que camine a nuestro lado, más holística e integrada. La psicología de la ciencia..., pp. 101-107.

desembocar en el fracaso (¿Será cierto? ¿Acaso no logran siempre lo que quieren, en el momento en que les es necesario?), indefectiblemente en el fracaso (¡No logran, empero, nada más!?).

¿Debemos acaso renunciar entonces al racionalismo y al modelo de civilización que nos ha traído hasta este lugar y nos ha hecho nosotros, quienes somos? ¿Debemos renunciar a nosotros, a lo que somos, en una palabra? ¿Para hacernos quiénes? ¿Hacernos mejores? ¿Nos estará quizás reclamando la realidad contemporánea una actitud completamente distinta para poder permitirnos el acceso a un estadio de mayor (o menor) dinámica que nos espera allí, en ese tramo de Historia que son los años por venir?

Tal vez.

Tal vez analizar, intelectualizar una obra de arte deberá muy pronto significar matar a la obra de arte misma para venir a encontrarse con un cadáver putrefacto: el nuestro.

Tal vez.

BIBLIOGRAFIA

- Attali, Jacques. El Orden Canibal, Editorial Planeta, Barcelona, 1981.
- Bachelard, Gaston. La formación del espíritu científico, contribución a un psicoanálisis del conocimiento objetivo, siglo XXI, México, 1990.
- Barck, Karlheinz. "Crítica del problema de la recepción en las concepciones burguesas de la literatura", En busca del texto, (comp.) Dietrich Rall, UNAM, México, 1987.
- Barnes, Barry. Sobre ciencia, Ed. Labor, Barcelona, 1987.
- Barthes, Roland. Crítica y verdad, Siglo XXI, Buenos aires, 1972.
- Barthes, Roland. El placer del texto, siglo XXI, México, 1974.
- Barthes, Roland, Tzvetan Todorov y otros. Análisis estructural del relato, Premia Editora, México, 1982.
- Bekle, Herbert. Sémantique, A. Colin, Paris.
- Bloom, Harold. The Anxiety of Influence: a Theory of Poetry. Oxford University Press, Oxford, 1973.
- Bloom, Harold. A Map of Misreading, Oxford University Press, New York, 1975.
- Bunge, Mario. Pseudociencia e ideología, Alianza Editorial, Madrid, 1985.
- Bürger, Peter. Theorie der Avantgarde, Suhrkamp, Frankfurt, 1974.
- Buxó, Pascual José. Introducción a la poética de Román Jakobson, UNAM, México, 1978.
- Desanti, Stephen. La philosophie silencieuse ou critique des philosophies de la science, Seuil, Paris, 1975.
- Dolezel, Lubomir. "In Defense of Structural Poetics", Poetics (Holland), 8, 1979: no. 6.
- Dubois, Jacques. L'Institution de la littérature, Labor, Bruxelles, 1978.
- Durand, Gilbert. "Los gatos, las ratas y los estructuralistas", en Posibilidades y límites del análisis estructural, Editora Nacional, Madrid, 1981
- Eagleton, Terry, Una introducción a la teoría literaria, F. C. E., México, 1988.

Eijebaum, Boris. "La teoría del método formal", en Teoría de la literatura de los formalistas rusos, (ed.) Tzvetan Todorov, Siglo XXI, México, 1978.

Ellis, John M. Teoría de la crítica literaria, análisis lógico, Taurus, Madrid, 1988.

Erlich, Víctor. El formalismo ruso, Seix Barral, Barcelona, 1974.

Fekete, John. The Critical Twilight, Routledge and Kegan Paul, London, 1977.

Feyerabend, Paul. Adiós a la razón, Ed. Tecnos, Madrid, 1984.

Feyerabend, Paul. Against Method, Verso Editions, London, 1980.

Feyerabend, Paul. ¿Por qué no Platón?, Editorial Tecnos, Madrid, 1985.

Feyerabend, Paul. Science in a free Society, Verso Ed., London, 1978.

Fish, Stanley. "Why no one's afraid of Wolfgang Iser", Diacritics, (USA), vol. 11, 1981: no. 1.

Fokkema, D.W. Teorías de la literatura en el siglo XX, Cátedra, Madrid, 1984.

Fowler, R. "Preliminaries to a Sociolinguistic Theory of Literary Discourse", Poetics, (Holland), 8, 1979: no. 6.

Gadamer, Georg-Hans. Philosophical Hermeneutics, University of California Press, Berkeley, 1976.

Gadamer, Hans-Georg. "Hermeneutik als praktische Philosophie", en Zur Rehabilitierung der praktischen Philosophie, Vol. I, (ed.) M. Riedel, Freiburg, 1972.

Gadamer, Georg-Hans. Wahrheit und Methode, Ed. Mohr, Tübingen, 1972.

Genette, Gérard. Figures III, Editions du Seuil, Paris, 1972.

González, César. Función de la teoría en los estudios literarios, UNAM, México, 1982.

Groeben, Norbert. Rezeptionsforschung als empirische Literaturwissenschaft: Paradigma durch Methodendiskussion an Untersuchungsbeispielen, Athenäum, Kronberg, 1977.

Grimm, Günter. Rezeptionsgeschichte: Grundlegung einer theorie, Fink, München, 1977.

Hirsch, E. D. Validity in Interpretation, Yale University Press, New Haven, 1967.

Hirsch, Julian. Die Genesis des Ruhmes. Ein Beitrag zur Methodenlehre der Geschichte, Barth, Leipzig, 1963.

Hohendahl, Peter. Sozialgeschichte und Wirkungsästhetik, Athenäum, Frankfurt, 1974.

Holub, Robert C., Reception Theory, Methuen, London, 1984.

Hoy, David C. The Critical Circle, University of California Press, Berkeley, 1978.

Ihwe, Jens. "Linguistics and the Theory of Literature", en Linguistics and Neighboring Disciplines, (ed.) R. Bartsch y T. Venneman, North Holland, Amsterdam, 1975.

Ihwe, Jens. "On the Validation of Text-grammars in the 'Study of Literature'", en Studies in Text Grammars, (ed.) H. Rieser, Reidel, Dordrecht.

Illich, Ivan. Deschooling Society, Harper and Row, New York, 1972.

Illich, Ivan. Némesis Médica, Joaquín Mortiz, México, 1984.

Iser, Wolfgang. "Die Appellstruktur der Texte", en Rezeptionsästhetik, (ed.) Rainer Warning, Fink, München, 1975.

Iser, Wolfgang. "Im Lichte der Kritik", en Rezeptionsästhetik: Theorie und Praxis, (ed.) Rainer Warning, Fink, München, 1977.

Iser, Wolfgang. Der Akt des Lesens. Theorie ästhetischer Wirkung. Fink, München 1976.

Jameson, F. The Political Unconscious, Ithaca, Cornell University Press, 1982.

Kristeva, Julia. Recherches pour une sémanalyse, Ed. Seuil, Paris, 1969.

Lefevère, André. Literary Knowledge, van Gorcum, Amsterdam, 1977.

Lévi-Leblond, J. M., A. Jaubert. "Pour une analyse critique de la science et de ses fonctions", en (Auto) critique de la science, Seuil, Paris, 1975.

Link, Hannelore. Rezeptionsforschung: Eine Einführung in Methoden und Probleme, Kohlhammer, Stuttgart, 1977.

Lowy, Michel. Sobre el método marxista, Grijalvo, México, 1974.

Maslow, Abraham. La Psicología de la ciencia, Edamex, México, 1979.

Medvedev, P.N., M.M. Bajtin. A Critical Introduction to Sociological Poetics, The Johns Hopkins University Press, Washington, 1978.

- Mignolo, Walter. Elementos para una teoría del texto literario, Ed. Crítica, Barcelona, 1978
- Mignolo, Walter. Teoría del texto e interpretación de textos, UNAM, México, 1986.
- Mounin, George. La literatura y sus tecnocracias, F.C.E., México, 1983.
- Mulkay, Michael. Science and the Sociology of Knowledge, Allen and Unwin, London, 1979.
- Naumann, Manfred, et al. Gesellschaft, Literatur, Lesen, Aufbau-Verlag, Berlin, 1976.
- Popper, Karl. Objective Knowledge, Clarendon Press, Oxford, 1971.
- Pratt, Mary Louise. Toward a Speech Act Theory of Literary Discourse, Indiana University Press, Bloomington, 1977.
- Reis, Carlos. Para una semiótica de la ideología, Taurus Ediciones, Madrid, 1987.
- Robert, Martha. Acerca de Kafka, acerca de Freud, Ed. Anagrama, Barcelona, 1970.
- Rossi-Landi, F. La ideología, Ed. Labor, Barcelona, 1980.
- Rossi-Landi, Ferruccio. Semiotica e Ideologia, Bompiani, Roma, 1972.
- Schmidt, Siegfried J. "Empirische Literaturwissenschaft as Perspective", Poetics, (Holland), 8, 1979: no. 6.
- Schücking, Levin. The Sociology of Literary Taste, Routledge and Kegan Paul, London, 1966.
- Searle, John. "The Logical Status of Fictional Discourse", New Literary History, (USA), vol. IV.
- Serrano, Jorge. La objetividad y las ciencias, ed. Trillas, México, 1981.
- Shukman, Ann. Literature and Semiotics. A Study of the Writings of Yuri M. Lotman, North Holland, Amsterdam, 1976.
- Suzuki, Dr. "Conferencias sobre budismo Zen", en Budismo Zen y psicoanálisis, E. Fromm et al, F.C.E., México, 1970.
- Todorov, Tzvetan, (ed). Teoría de la literatura de los formalistas rusos, Siglo XXI, México, 1978.
- Todorov, Tzvetan. Les genres du discours, Seuil, Paris, 1978.
- Todorov, Tzvetan. Poética, Losada, Buenos Aires, 1975.

- Todorov, Tzvetan. "La notion de littérature", en Langue, discours, société, Seuil, Paris, 1975.
- Van Dijk, Teun A., "Advice on Theoretical Poetics", Poetics, (Holland), 8, 1979: no. 6.
- Van Dijk et al., Pragmatics of Language and Literature, North Holland, Amsterdam, 1976.
- Vernier, France. ¿Es posible una ciencia de lo literario?, Akal editor, Madrid 1975.
- Vernier, France. L'écriture et les textes, Ed. Sociales. Paris, 1974.
- Wellek, R. "Literary Theory, Criticism and History", en Concepts of Criticism, (ed.) S. Nichols, Jr., New Haven, Yale University Press, 1963.
- Wimsatt, W. K., Jr. The Verbal Icon: Studies in the Meaning of Poetry, Noonday Press, New York, 1966.
- Wohlfarth, Irving. "Sobre algunos motivos judíos en Benjamin", en Acta Poetica, núm. 9-10, México, 1989.
- Zima, Pierre V. "Du discours idéologique au discours théorique: dualisme, ambivalence et indifférence", en Degrés, (Francia), 1984: no. 37.
- Zimmermann, Bernhard. Literaturrezeption im historischen Prozess: Zur Theorie einer Rezeptionsgeschichte der Literatur, Beck, München, 1977.

INDICE

1. Introducción. - - - - -	3
2. Las pretensiones científicas de la crítica y de la teoría literarias - - - - -	13
2. 1. Los que estudian el texto - - - - -	18
2. 1. 1. Los formalistas - - - - -	18
2. 1. 2. Los estructuralistas - - - - -	25
2. 2. Los que estudian el contexto - - - - -	32
2. 3. Los que estudian el texto y el contexto - - - - -	38
3. Otros intentos: la hermenéutica - - - - -	50
3. 1. El término de ciencia y el término de teoría - - - - -	50
3. 2. Nuestro problema - - - - -	54
3. 3. Ideología y literatura - - - - -	56
3. 4. Unidades ideológicas o ideologemas - - - - -	59
3. 5. El tecnologismo literario - - - - -	61
3. 6. La teoría interpretativa de Gadamer - - - - -	67
3. 7. La hegemonía de la ciencia - - - - -	70
3. 8. La historia de la hermenéutica - - - - -	72
3. 9 Historia efectiva y horizonte de entendimiento - - - - -	74
3. 10. Aplicación - - - - -	75
3. 11. Validez de la interpretación. La hermenéutica de E. D. Hirsch - - - - -	81
4. Una nueva aproximación: la teoría de la recepción literaria - 94	
4. 1. Los precursores - - - - -	96
4. 2. Los principales teóricos de la teoría de la recepción -102	
4. 2. 1. Hans robert Jauss - - - - -	102
4. 2. 2. Reinhold Viehoff - - - - -	105

4. 2. 3. Wolfgang Iser - - - - -	-106
4. 2. 3. 1. Iser y su aproximación fenomenológica a la lectura - - - - -	112
4. 3. Objeciones principales a la teoría de la recepción - -	125
4. 4. Los intentos pragmáticos de la teoría de la recepción-	134
4. 5. La Obra "abierta", un reclamo de nuestros tiempos - -	135
4. 6. El anarquismo - - - - -	137
5. Ideología y cultura - - - - -	143
5. 1. El punto de partida - - - - -	143
5. 2. La obviedad, recurso ideológico - - - - -	145
5. 3. La lucha ideológica "superada" - - - - -	147
5. 4. La ciencia ¿una nueva religión dogmática? - - - - -	154
5. 5. La escolarización de la sociedad - - - - -	165
5. 6. La literatura en este contexto - - - - -	169
5. 7. La escuela y la fe - - - - -	171
5. 8. ¿Existe un lenguaje literario? - - - - -	177
5. 9. La institucionalización de los valores - - - - -	184
6. Tras el aluvión, la vuelta al cauce - - - - -	189
7.- Bibliografía - - - - -	196
8.- Índice - - - - -	201